

México
E.U. y Puerto
U.S.
Argentina $1.50

"Serás esclava de mi sexualidad...", había dicho Christian Malraux.

Emily debió poner pies en polvorosa en el instante en que oyó esas palabras; sin embargo, la chica descubrió que empezaba a enamorarse de su nuevo jefe. Pero había un oscuro y misterioso secreto en el pasado de Christian, que había marcado su alma, al igual que su rostro...

Novelas con corazón

0 10722 83266 7

IMPRESO EN MEXICO

ESCLAVA DEL PASADO

Rosalie Ash

Esclava del pasado

Rosalie Ash

2º Serie Multiautor Secretos

Esclava del pasado (1995)
Título Original: Original sin (1993)
Serie: 2º Multiautor Secretos
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1067
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Christian Malraux y Emily Gainsborough
Argumento:

"Serás esclava de mi sexualidad…", había dicho Christian Malraux. Emily debió poner pies en polvorosa en el instante en que oyó esas palabras; sin embargo, la chica descubrió que empezaba a enamorarse de su nuevo jefe. Pero había un oscuro y misterioso secreto en el pasado de Christian, que había marcado su alma, al igual que su rostro….

Capítulo 1

Al escuchar el sonido de la grava, en el estacionamiento de la planta baja; Emily saltó de la tina, con el cabello rubio rojizo, todavía húmedo, para correr a espiar por la ventana abierta de su dormitorio.

Aspiró el aire tibio de julio, impregnado del rico aroma de las retamas doradas, los pinos y otra intensa y huidiza fragancia, en una mezcla de olores que evocaba a los musgos, característica de los veranos de Francia. El movimiento de unas alas negras en el cielo de la tarde, alrededor del techo de tejas rojas y las altas chimeneas del otro costado del castillo, apenas la distrajo. Murciélagos, quizá, se dijo, pensando en que ese antiguo edificio, de atmósfera sombría, se prestaba a que lo habitaran ese tipo de criaturas, y en especial, en el campanario…

Tomando las puntas de la bata de color marfil, con que se cubría, retrocedió para esconderse detrás de la pesada cortina, apenas vio un Mercedes deportivo, que entró como una exhalación al patio, antes de detenerse ante la puerta principal del castillo.

Todavía no oscurecía por completo. Apenas caía la tarde. El arco de luz amarilla con que se despedía el sol mostró a un hombre alto, de hombros amplios, quien abandonó el asiento del conductor con movimientos atléticos. Tomó de la parte interior del auto un maletín bastante destartalado, se peinó con los dedos los cabellos que caían sobre su frente y se dirigió con pasos enérgicos, hacia los escalones de la mansión, a pesar de un extraño aire de preocupación. Había algo en esos ademanes violentos, que a Emily le recordó a un león al acecho…

¿Acaso ese era su nuevo jefe? Su instinto le contestó con una afirmación, a pesar de que Lisette Duvert, a quien esa mañana tomó por sorpresa la llegada de Emily, pues se había adelantado un día a la fecha fijada, le aseguró que *monsieur* Malraux no regresaría de su viaje de negocios hasta veinticuatro horas después.

El recién llegado tenía un aspecto autoritario, se dijo Emily, sofocando una sonrisa. Parecía exudar ese aire divino de persona indispensable, como si el universo entero no supiera enfrentarse a la lucha por seguir funcionando si faltaba él…

Mejor se secaría el cabello, se vestiría y de alguna manera encontraría el camino, entre el laberinto de corredores del castillo, para anunciarle su presencia. Lisette Duvert, la joven, elegante e inútil ama de llaves, le mostró su habitación, anunció que esa era su noche libre y escapó de inmediato. Dejó a Emily con informaciones vagas acerca de cómo llegar al restaurante más cercano para cenar, y la sensación incómoda de que quizá fuera la única empleada del Castillo de Mordin, que pasaría la noche allí. Por lo general no la dominaban las fantasías provocadas por los nervios; pero consideró con toda seriedad meterse en el Renault 5 que acababa de alquilar y conducir

hasta Saintes para visitar a su vieja amiga Marianne, con quien se carteaba desde hacía años, para rogarle que ella y su familia la hospedaran por una noche…

Sin embargo, antes de que pudiera tomar los pasos necesarios para secarse el cabello y vestirse, escuchó que unas pisadas se detenían ante su puerta y, sin ningún aviso, ésta se abrió. Un hombre de su misma edad, más o menos, altura normal y cuerpo sólido, con cabello castaño rizado… en definitiva, no el recién llegado del Mercedes, irrumpió en el cuarto, colocó su maleta sobre la cama y empezó a quitarse la camisa roja de mangas cortas, mientras se dirigía al baño.

—¡Eh!… —Su exclamación indignada paró en seco al intruso, quien con un bufido encendió la luz, para luego soltar una risita lujuriosa, al contemplar a Emily convulsa, agarrando la toalla que le cubría el delgado cuerpo, pálida de ira.

—¡Vaya, vaya! Confieso que no esperaba esta sorpresa —la voz inglesa contenía un leve acento regional. Los ojos de un tono avellana brillaron con sincera admiración—. ¿Habla francés, inglés o alemán?

—Quienquiera que sea, ¿me haría el favor de salir de mi habitación?

—Ah, inglés. Lisette no me dijo que compartiríamos el cuarto, pero no pongo ninguna objeción, si estás de acuerdo. Me llamo Greg Vernon. Vago por Europa, trabajando de vez en cuando si se presenta la ocasión. ¿Y tú?

Emily fulminó al hombre con sus pupilas, ansiando arrojarle a la cabeza algún objeto.

—Emily Gainsborough. También vine a trabajar aquí durante el verano. Me fascina conocerte, pero quizá podríamos continuar con esta plática amigable en otro momento. ¡Este es mi cuarto!

Los ojos de Greg se abrieron con franca curiosidad, al examinar las largas y torneadas piernas, la línea de las caderas y los senos cubiertos por la toalla, destacando la suave redondez de estos, que rozaban los rizos dorados y húmedos…

—Lisette me indicó que entrara en la tercera puerta a la derecha.

—Quizá no eres muy bueno para contar —sugirió ella, cortante.

—¿Y qué se supone que harás aquí? ¿Tareas imprevistas, como yo? —Él ignoró el sarcasmo de la joven y, cruzando los brazos, se dedico a estudiar las curvas de los muslos.

Darle por su lado a ese hombre le pareció la única opción por el momento. Agarró la toalla con más fuerza y controló su enojo.

—No, me contrataron como secretaria del dueño del castillo, hasta que empiece a trabajar en mi empleo de tiempo completo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en septiembre. Ahora, si no te importa…

—¿En el Ministerio de Relaciones Exteriores?

—Sí, en la oficina de París —sola, en ese castillo desierto en apariencia, empezaba a sentirse vulnerable en extremo. Aun sabiendo que quizá podía cuidarse de sí misma, eso no despejaba la sensación de vulnerabilidad femenina que la acosaba. No le gustaba que la examinaran con mirada de halcón. Si sacaba la cabeza por la ventana, ¿alguien le prestaría ayuda?

—¿Inteligente, además de bonita? —Parecía impresionado—. ¿Cuántos años tienes, caramelo?

—No soy un caramelo y menos el tuyo. Además, tengo la edad suficiente para cuidarme; así que, ¿quieres ir a buscar otro cuarto para hospedarte y de preferencia vacío?

—Eres un bocado para un cardenal —persistió, ampliando su sonrisa—. ¿Lo sabías? Y siento una tremenda inclinación por las rubias con lucecitas rojizas en el cabello.

—¿Quieres largarte de aquí?

—En especial, por esas rubias pelirrojas que se ven tan frágiles, que apostaría que un soplo de viento se las lleva —reflexionó, sin afectarle la furia que brillaba en los ojos de la chica. Avanzó unos pasos hacia ella, apoyándose en sus musculosas y fuertes piernas, con convenientes balanceos de macho—. ¿Qué dirías si te pido que me frotes la espalda mientras me baño en la tina, amorcito? Te recompensaré como te mereces…

—Te lo advierto —siseó en voz baja y temblorosa—. Si no sales de mi cuarto en cinco segundos, yo…

—¿Tú qué, corazón?

La insolencia masculina, la insultante confianza con que esa mano se le acercaba, decidieron lo que haría. El miedo la abandonó de golpe. Con una calma perfecta, nacida de prácticas semanales en un centro deportivo, y varias competencias nacionales en que obtuvo su victoria, pescó el antebrazo de su agresor empleando una llave clásica de judo. Antes de que supiera qué sucedía, Greg Vernon voló por los aires para aterrizar sobre su espalda, en el corredor, justo afuera del cuarto de Emily.

Sofocado, se quedó allí, contemplándola. El gesto de atónita sorpresa en su rostro, resultaba tan cómico que la chica tuvo que contener una carcajada al cerrarle la puerta en las narices.

La toalla, que se aflojó durante la lucha de repente cayó al suelo. Durante unos inevitables segundos, Emily se quedó desnuda, temblando de la cabeza a los pies. Sus muslos se agitaron y los senos, pequeños y erguidos, subieron y bajaron con rapidez, al unísono. Justo cuando iba a agarrar su bata de satén, de color salmón que estaba sobre la cama, escuchó otra voz que provenía de la puerta, recién cerrada. Una voz profunda, sarcástica y quemante que la obligó a girar en redondo, azorada.

—¿Señorita Gainsborough?

Debajo de una mata de cabello lacio, negro y despeinado, unas pupilas intensas, de un azul humoso, se enfrentaron a las cafés de Emily. Una ola de calor le bañó el cuerpo al contemplar a ese hombre alto y moreno. Era el dueño del Mercedes, vestido con un traje gris, camisa de seda blanca y una corbata con un diseño discreto que absorbía la escena de la desnudez total de la joven, con una expresión severa. Una cicatriz le corría a todo lo largo de la mejilla izquierda. Líneas de cinismo y amargura se marcaban a los lados de su boca, pero de alguna manera la chica lo siguió considerando el hombre más atractivo que jamás había visto.

Sólo transcurrieron unos segundos entre la aparición de su jefe y la reacción instintiva de Emily de cubrirse; sin embargo, parecieron prolongarse de manera extraordinaria, como si el tiempo avanzara lentamente.

Al abrir la boca para hablar, la muchacha descubrió que no podía pronunciar ni una palabra. Así que se contentó con asentir antes de rescatar la bata, ponérsela y amarrarse el cinturón con dedos temblorosos.

Sintió escalofríos y gimió en su interior. El incidente con Greg Vernon le pareció bastante desagradable y ahora debía enfrentarse a su nuevo jefe, desnuda, con un macho desconocido tirado en el suelo a unos metros de distancia… una manera poco propicia de iniciar una relación…

—¿Le importaría explicarme qué sucede aquí?

—Este hombre irrumpió en mi cuarto y trató de… de molestarme. Así que me defendí instintivamente…

—Tuve el placer de presenciarlo hace unos segundos. Me parece extraño, *mademoiselle*, pero no recuerdo que mencionara en su currículum vitae, que practicaba las artes marciales al desnudo.

Poseía un acento inglés casi perfecto, con ciertas cadencias norteamericanas, como si lo hubiera aprendido en Estados Unidos y no en Inglaterra. Un brillo de alguna emoción indescifrable surgió en sus ojos. Emily pensó que detectaba una ligera sugerencia de buen humor, pero luego decidió que se había equivocado. Ese hombre no se divertía en lo más mínimo.

Greg Vernon empezó a ponerse en pie, frotándose los huesos de las caderas con gesto travieso.

—Es dinamita pura. Lo siento, compañero —parecía sorprendido y hasta un poco irritado. Se aventuró a tomar su maleta, ansioso por desaparecer—. ¿Es usted el dueño de este lugar?

El hombre moreno asintió con sequedad.

—Christian Malraux y, de acuerdo con la nota que me dejó mi ama de llaves, supongo que usted debe de ser Greg Vernon.

—El mismo. Habitación equivocada. Una equivocación inocente…

—Salga de aquí, en este instante —la voz helada y profunda envió un estremecimiento a la espalda de Emily. Tuvo razón: su anfitrión no se divertía en lo más mínimo.

—Oiga, espere un minuto…

—Fuera… o lo despediré —la orden carecía de emoción, del más leve titubeo. Sólo contenía un juicio final, sin apelación.

—¿Despedirme? ¡Ni siquiera he empezado! Pero puede meterse su flamante trabajo en el…

Con un reflejo rapidísimo, el alto y atlético francés se apartó del picaporte de la puerta y, tomando a su adversario por un brazo se lo dobló por atrás de la espalda, inmovilizándolo.

—Cuidado con lo que dice —le advirtió en voz baja—. Y salga de mi propiedad ahora mismo.

Con un empujón lo soltó. Greg Vernon agachó furioso los hombros y la espalda, pero se abstuvo de seguir retando a su jefe. Christian Malraux poseía un aire indefinible de dureza y la cicatriz agregaba un carácter siniestro a su apariencia. Retrocedió un poco para permitirle pasar a Greg Vernon, pero en ese momento Emily, por alguna razón perversa, se sintió obligada a hablar en favor de su compatriota.

—No hay necesidad de que lo despida por mi culpa —protestó con rapidez, apretando la bata contra su cuerpo, cuando los humosos ojos azules se volvieron para helarla con su intensidad.

—¿En serio? —La retó con su voz. Hipnotizada, contempló el rostro moreno, tratando de analizar por qué la agitaba a tal grado. Si se estudiaban por separado cada una de las facciones, resultaban fuertes pero poco impresionantes. Tenía nariz recta, ojos azules, engañosamente adormilados, y boca dura y ancha, sobre una barbilla partida. La sombra azulada de su mandíbula proclamaba su necesidad de rasurarse, por lo menos dos veces al día.

—¿Este hombre es su amigo, *mademoiselle*?

—No, pero creo que sólo se trata de un malentendido absurdo… Apuesto a que el señor Vernon y yo nos llevaremos a las mil maravillas de ahora en adelante.

—Estoy seguro de que no se equivoca —el timbre seco y ronco de esa voz le erizó a Emily la piel—. No obstante, yo tomo todas las decisiones aquí. La veré en la planta baja, *mademoiselle* Gainsborough y, en el futuro, mantenga su puerta cerrada con llave; en particular, si está a punto de darse un baño.

Con un examen penetrante y final de la apariencia de la joven, que la dejó sintiéndose desnuda de nuevo, se retiró del cuarto cerrando la puerta con un decidido *clic*.

Emily se apoyó contra la madera, apretando los dientes.

Arrogante, desagradable, patán, murmuró en voz alta. Temblaba

con tanta violencia que apenas pudo darle vuelta a la llave en la cerradura.

¿Por qué estaba tan enojada con Christian Malraux?, se preguntó, mientras efectuaba los movimientos que necesitaba para vestirse. Más bien debería enojarse con el inglés, ¿no? Y agradecer la oportuna intervención de su jefe. Pero en lugar de ello, casi sentía pena por su infantil atacante y una furia implacable contra la actitud autoritaria y paternalista de Christian Malraux…

Se pasó el cepillo por sus cortos y dorados rizos, fulminando su propio reflejo en el espejo. Juzgándose elegante ahora, con su falda estilo "sarong" y una camisola de seda de color chocolate, se puso sus pendientes de perlas, un pálido toque de lápiz labial y una sombra café sobre los párpados. Con ese atuendo quizá podría recobrar su pose y su confianza en sí misma.

Bajó por la escalera, reacia, para buscar a su nuevo jefe, al mismo tiempo que llegaba a una conclusión sobre sus confusas emociones: Había logrado someter a Greg Vernon. En el pasado conoció a hombres como él y siempre los manejó con relativa facilidad. De algún modo, ese tipo ya no representaba una amenaza para ella. No pasaba lo mismo con Christian Malraux. Presentía que pertenecía a la clase de "machos" a los que resulta muy difícil doblegar. Y parecía representar la mayor de las amenazas…

—¿Ya comió? —inquirió sin preámbulos.

La chica parpadeó por la sorpresa.

—No…

—*Bon. Ça c'est la première chose á faire*… entonces, primero comeremos.

Sin consultarla y sin perder tiempo, Christian Malraux, frío e imperturbable, controlaba la situación con indiferencia. De repente, la joven descubrió que la guiaba con firmeza hasta el Mercedes gris para luego conducir a toda velocidad hacia la salida del castillo. Los faros del auto, iluminaron los masivos cedros del jardín que formaban un arco encima del sendero. Un conejo se quedó helado contemplando la luz brillante, para luego saltar desesperado por entre los arbustos.

—Así que llegó antes de lo esperado —comentó, sin expresión en la voz—. Lisette no la esperaba sino hasta mañana.

—Debió haber una confusión. Tenía la impresión de que debía empezar a trabajar hoy.

El rostro en sombras se volvió hacia ella, después se concentró en conducir, con la rapidez de un experto, por las curvas de la carretera.

—Lisette también pensó que usted no regresaría de su viaje de negocios sino hasta mañana —agregó la chica con calma,

maravillándose de la compostura de sus palabras, cuando en realidad temblaba como una gelatina por la reacción tardía de sus nervios.

Sentada allí, en ese Mercedes deportivo, al lado de Christian Malraux, experimentaba la sensación de haber vivido esa escena. Como si lo hubiera acompañado antes, como si lo conociera desde hacía tiempo y fuera alguien importante en su vida, alguien con quien tenía una conexión profunda en otro nivel, en el subconsciente.

Desde que apareció en la puerta de su cuarto, el francés se había cambiado de traje, poniéndose pantalón de fina gabardina, camisa negra de algodón y chaqueta suelta. El atuendo le daba una apariencia informal, de un modelo europeo de firmas exclusivas. Y lo volvía tan atractivo que hubiera provocado un desmayo. En su interior, la chica decidió que Christian Malraux podía vestirse con un batón de encajitos rosa y aun así acelerar el ritmo de cualquier corazón femenino que se encontrara a dos kilómetros a la redonda, hasta alcanzar el éxtasis.

—Mis reuniones terminaron antes de lo que calculé —le informó, seco—. Lo cual me agrada, después de lo que vi esta noche en mi casa.

—Si se refiere a Greg Vernon, le aseguro que soy capaz de dominarlo sin ayuda.

—Lo comprobé. Pero sospecho que la suerte estuvo de su lado, *mademoiselle* Gainsborough. Nunca menosprecie a su adversario. Una vez que el elemento sorpresa desaparece, haría bien en recordarlo.

—Obtuve una cinta café en judo —le informó con sencillo orgullo —. Un amigo de mi padre me enseñó… Competí en concursos nacionales.

—Admirable —no parecía muy impresionado. Volvió su rostro moreno en dirección de la joven y ella captó una sonrisa burlona—. Yo también conozco algo de artes marciales. Su actuación me divirtió mucho, pero consideraré más útiles sus habilidades lingüísticas y secretariales.

—Oh, le aseguró que soy muy versátil…

Le lanzó una mirada sarcástica y ella deseó al instante no haberlo molestado con ese comentario superficial. Se ruborizó al máximo al revivir la escena de su habitación y de pronto intentó cambiar de tema, eligiendo algo menos personal.

—Tengo la impresión de que acaba de adquirir el castillo, *monsieur* Malraux.

—Una impresión acertada. Lo habito desde hace tres meses —afirmó en la oscuridad del vehículo. Ahora se aproximaban a unas luces a la izquierda del camino, para estacionarse junto a un restaurante instalado en un viejo molino.

—¿Se lo compró al antiguo dueño?

—Hace años viví en el castillo con mis tíos —le aclaró—. Pero escogí una carrera que me obligó a viajar al extranjero así que me

ausenté del *Château* de Mordin durante cinco años. Después mi tío enfermó y murió.

Emily tuvo la impresión de que Christian Malraux estaba muy lejos de querer residir en el castillo en ese momento. Un frío cinismo subrayaba las palabras que acababa de pronunciar.

Cinismo que ella encontraba difícil de digerir. Pero a pesar de que hacía a un lado su vergüenza, sus propias emociones aumentaban. Descubrió que le costaba trabajo explicar lo que experimentaba, aun a sí misma. Todo lo que sabía era que, desde el momento en que él apareció en la puerta de su habitación, sintió como si un órgano desconocido de su cuerpo se derritiera poco a poco. Combinadas la vergüenza cuando Malraux interrumpió y el rencor que experimentaba ante esos modales autoritarios, la confundían sus propias reacciones. Le faltaba el aliento, temblaba y hasta estaba mareada.

Por concentrarse en sus emociones, tal vez juzgaba con injusticia a Christian Malraux. No podía creer que cumplía con agrado su deber de anfitrión, invitando a cenar a su nueva secretaria. El pensamiento y el corazón de su hombre se hallaban muy lejos de allí, quizá en otra vida más interesante que se vio obligado a abandonar…

De repente, Emily se paró en seco. ¿Qué idiotas fantasías inventaba? ¿Cómo se atrevía a permitir que su cerebro se desbocara con esos melodramas de adolescente? Tenía veintidós años, y un empleo donde pondría en práctica la lengua extranjera que aprendió, antes de empezar a trabajar en la embajada. Hasta el momento, había salido con varios noviecitos sin importancia y también compartió su tiempo libre con innumerables amigos platónicos del sexo opuesto. Entonces… ¿por qué sentía ese caleidoscopio de emociones ilógicas desde hacía media hora, cuando conoció a Christian Malraux?

Resolvió controlarse con mano férrea.

Sin embargo, una vez dentro del restaurante, sentada frente a su nuevo jefe, contempló los ojos humosos, adormilados, acaso un poco aburridos, y sintió que el aliento se le atoraba en la garganta por segunda ocasión.

—Los mariscos son excelentes en Charente Maritime —observó él con frialdad, estudiando el leve rubor de las mejillas de la joven, con total indiferencia—. En esta región cocinan con salsas exquisitas todos los peces que se obtienen en el mar.

—Sí… estoy familiarizada con la zona. Por tal motivo escogí este trabajo en particular. Tengo una amiga con la que me carteo, que vive muy cerca de su castillo. Solía pasar los veranos con ella y su familia tiempo atrás.

—¿Dónde viven? —preguntó sin interés.

—En Saintes.

—Una hermosa ciudad. El anfiteatro romano me parece

extraordinario.

—Sí… —estudió la minuta sin verla. Esa plática intrascendente resultaba perturbadora al extremo—. Yo… creo que pediré el raie.

—¿Le gustaría acompañarlo con un vino?

La joven asintió.

—En el *Château* de Mordin se produce el Sauvignon, ¿verdad?

Una sonrisa lenta alteró la expresión sombría del rostro que la contemplaba. Los largos dedos, con forma de espátula, acomodaron el mechón de cabellos negros que caía con persistencia sobre la frente. Entrecerró los ojos azules, especulativo.

—¿Así que hizo su tarea, *mademoiselle*?

—Soy una persona inquisitiva. El *Château* de Mordin organizó una cooperativa con ciento cuarenta y cinco agricultores, cuyas viñas cubren setecientas hectáreas. En primer lugar, fabrican *pineau cognac*, un aguardiente que contiene tres partes de jugo de uva de segunda calidad. También producen tres vinos blancos, incluyendo uno *cuvée speciale* además de un rosado y un rojo.

Él rió, demoliendo la frágil compostura femenina. Christian Malraux poseía una risa profunda, ronca y contagiosa, y perfecta dentadura. Ese brillo en contraste con el bronceado de su piel, hizo que Emily lo relacionara, de manera irracional, con un pirata.

—¡La "señorita eficiencia" en persona! El amigo que la recomendó y la trató en su universidad tenía razón: me dará tristeza perderla.

La chica se horrorizó al descubrir que se sonrojaba. La mortificó todavía más, darse cuenta de que Christian Malraux observaba sus mejillas arreboladas.

—Me intriga la mezcla de sus cualidades, *mademoiselle*…

—Por favor, llámeme Emily —lo cortó, apretando las manos por debajo de la servilleta, ordenándose conservar una fría indiferencia.

—Emily —lo consideró con calma, saboreando las sílabas con toda intención, jugando con ellas con la lengua, agregando su acento francés para que resultara más bello el nombre—. *Oui, d'accord*. Emily. Y tú debes llamarme Christian.

Hubo una pausa momentánea, perdida en las profundidades de los ojos azules, bordeados por espesas pestañas negras, se dio cuenta de que contenía el aliento.

—Sí… Gracias… Christian —sólo había pronunciado el nombre de pila de ese hombre, ¡por el amor del cielo! Y se sentía como si le hubiera confesado el más íntimo de los secretos.

El camarero se les acercó. Christian le dictó la orden y luego centró su atención en la cara sonrojada de su invitada.

—Como te decía —continuó en voz baja, fingiendo que nadie los había interrumpido—. Te considero una mezcla muy atrayente, Emily. Lo bastante agresiva como para usar el judo contra un hombre,

defendiéndote con éxito y lo bastante profesional como para llevar a cabo una labor de investigación para un empleo eventual. Sin embargo, te ves tan frágil, que parece que te desbaratarías si alguien te abraza con fuerza.

—Yo…

—Y lo bastante tímida para sonrojarte, igual que una colegiala, cuando recibes un cumplido.

—¡Por lo general no me sonrojo! —Protestó con suave vehemencia, que lo divirtió todavía más—. Así que deberás disculparme. Esta noche me siento un poco desconcertada… por razones obvias.

—Ah, ¿te refieres a la encantadora… desnudez… de nuestro primer encuentro? —La retó, con voz más suave que la de la chica. La sonrisa que le envió, la mareó por completo—. ¿O acaso te refieres a que aún no te repones del desagradable incidente con Vernon?

—Por ambas cosas —aceptó de prisa, contemplando con alivio al empleado que les llevaba el vino—. Sabes, vine aquí este verano para practicar mi francés comercial —continuó sin detenerse, desesperada por cambiar de tema y ya no ser el centro de atracción—. Sin embargo, lo único que hablo es inglés.

—No hablábamos de negocios, Emily.

¡Maldito! ¡Le encantaba verla sufrir y retorcerse como un gusano!

—No…

—Pero podemos proponernos hablar francés en la oficina del viñedo.

—De acuerdo.

Le daba por su lado, reconoció la chica frustrada. ¡Su nuevo jefe la consideraba divertidísima! Sorbió un poco de vino fresco, de transparencia dorada. Sabía a duraznos y hierbas silvestres que le recordaban el campo. Una canasta llena de pan aromático fue puesta sobre la mesa. Entonces se percató de que sentía mucha hambre. Con o sin tensión, con o sin las burlas ca*bal*lerosas de Christian Malraux, iba a deleitarse con esa comida.

Para no prestarle atención a sus burlones ojos, inspeccionó los alrededores con el mayor detalle. El restaurante estaba lleno, zumbando con las pláticas y las risas de los comensales. Varias familias francesas convivían con otras alemanas e inglesas. A sus espaldas podía oír voces que pronunciaban su lengua materna, descifrando los misterios del menú con la ayuda de un diccionario.

—Me gusta este sitio —murmuró con educación, cambiando al francés con toda intención—. ¿Todavía funciona la rueda del molino?

—Sí. Hubiéramos podido sentarnos en el pasto, cerca del arroyo —confirmó Christian, contestando en el mismo idioma—. Pero algunas veces los mosquitos te echan a perder la fiesta.

—En la próxima ocasión usaré un repelente. Me encanta comer al

aire libre. En Inglaterra lo consideramos un lujo, por el mal clima.

—Mañana vendremos de nuevo y podrás cubrirte con repelente de insectos para sentarte al lado del arroyo, Emily.

—¡Oh!, no estaba sugiriendo que me invitaras otra vez…

—No empieces a sonrojarte —le aconsejó con una sonrisa perezosa y especulativa.

—¡No me sonrojaba!

Pero la piel le ardió cuando la mirada de ese hombre se movió despacio, evaluándola, de lo alto de su cabeza rubia, descendiendo por los *grand*es ojos cafés, hasta las curvas pequeñas de los senos, bajo la camisola de seda. Como no usaba sostén, sintió para su extrema desesperación, que los pezones se le endurecían en contra de su voluntad respondiendo al reto de esa apreciación.

—Hablas un francés excelente, Emily —la alabó en un susurro, apoyándose en el respaldo de la silla y metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta—. ¿Tu español es igual de bueno?

—Casi. El francés me cuesta menos trabajo porque viví en este país con la familia de mi amiga, durante mi adolescencia. Así que… —buscó, una vez más, cambiar de tema y alejarse del centro de atracción—… ¿qué carrera te obligó a ausentarte de tu patria?

—El periodismo.

¿Se imaginó que las líneas de la comisura de la boca de Christian se endurecían? ¿O ese leve retroceso era para refugiarse en el hermetismo?

—¿Qué clase de periodismo practicabas?

—Empecé como corresponsal de un periódico nacional. Después reporteaba las noticias del extranjero por la televisión.

—Entiendo —lo observó con una curiosidad que iba en aumento.

Cuando llegó el primer platillo: una bandeja con langostinos frescos, tomó uno, pensativa, y lo sostuvo por la concha, contemplando los ojillos de cuenta del crustáceo, con un estremecimiento de compasión.

¿Por qué motivo tenía Christian Malraux ese aire de amargo cinismo? ¿Quizá porque reportear las noticias de guerras, hambrunas y atrocidades mata el optimismo de cualquiera?

—¿Echaste todo por la borda debido a la enfermedad de tu tío?

—No todo. Planeaba modificar mis actividades, encontrar la manera de regresar a la tierra, tanto en el plano literal como en el metafórico. Reportear por televisión puede volverse una droga peligrosa, peor que la gran cantidad de *bal*as que tiran al azar o los boletines que se envían desde el frente de batalla…

Se dio cuenta que ella observaba la cicatriz de la mejilla, imaginándose un incidente que pondría los pelos de punta al más osado, involucrando guerrillas y ametralladoras. Ella frunció el ceño

de modo involuntario y él vio esa reacción. Se tocó la cicatriz con una sonrisa seca.

—Esta marca no tiene ninguna conexión con mis reportajes televisivos. ¿Te da asco, Emily? —Parecía divertido, de una manera extraña.

—¡*No*! —Negó enérgica con la cabeza—. No, no me da asco. ¡Qué ridícula sugerencia!

Christian entrecerró los ojos ante esa negativa vehemente. Hubo un breve silencio y luego encogió los hombros, sonriendo levemente.

—No necesitas explotar de indignación, Emily. Te creo.

Una pausa más larga se extendió entre ambos, luego, con reflexiva premeditación, Christian se estiró sobre la mesa, le tomó la mano izquierda para ponerla entre las suyas y voltearla, inspeccionando la estrecha palma y los delgados y gráciles dedos, sin sortijas.

El contacto fue impersonal, exploratorio. La piel de él, cálida y seca con sus dedos fuertes y ágiles, reflejaban una fuerza latente, una amenaza mantenida bajo cuidadoso control.

Emily apenas podía respirar. Sentía que algo le obstruía la garganta. Contempló las manos unidas; la palma velluda de la diestra de Christian cubría la suya. ¿Por qué algo tan simple e inocente como tocarse las manos se volvía tan íntimo, tan intenso… tan aniquilador para sus sentidos?

El corazón de la chica empezó a latir, chocando contra las paredes de su pecho. Trató de sofocar esa agobiante emoción, esa tibia y estremecedora sensación que aumentaba la presión de su sangre, acelerándole el pulso; pero falló de manera espectacular.

—¿No usas sortijas? —Christian descartó ese detalle, soltándole la mano con una compostura que ella ansió emular.

—No… —resistió la urgencia de esconder su mano, a la defensiva, y prefirió beber su copa de vino, orgullosa del perfecto control de sí misma. Sorbió con cuidado el licor.

—¿Ninguna atadura, ningún compromiso? —persistió él, frío.

—Ninguno. Y así intento conservar la situación.

—¿Por tal motivo aceptaste el trabajo en el Ministerio de Asuntos Extranjeros?

Asintió, satisfecha de su impresionante muestra de indiferencia… aunque tenía el estómago hecho nudo y el corazón le latía al doble de su ritmo normal.

—Demasiados amigos míos terminaron su carrera para olvidarla y casarse. En cambio, yo poseo una visión muy clara de la meta a la cual me dirijo… ¡y *no* es camino al altar!

Aun mientras hablaba se sumía en la imaginación de la cálida y oscura marea que provocaba Christian con su contacto, su voz, todo lo que lo caracterizaba…

—Una chica inteligente —aprobó en voz baja—. Concéntrate en tu carrera, no te fijes en nada más. El amor es una emoción destructiva.

Asintiendo con una sonrisa, lo contempló en silencio. La garganta se le cerró de un modo extraño. La había sorprendió de nuevo con la guardia baja… como si le hubiera dado un golpe en el plexo solar.

La llegada de la comida causó una distracción agradable. La joven atacó el delicioso filete de pescado cubierto de salsa, con el tenedor, separando la carne blanca del hueso sin prestar mucha atención a lo que hacía.

—¿El amor es una emoción *destructiva*? Me parece que exageras —bromeó con ligereza, mirándolo cuando adivinó que mantendría sus sentimientos bajo severo control—. ¿Quién te amargó a tal grado?

Christian optó por un *filet mignon*, casi crudo, que despedía un jugo rosado y un rico y sabroso aroma, lo paladeaba con un gusto sin inhibiciones que Emily decidió era otra de las características de su anfitrión.

—La vida me ha enseñado el valor de la independencia. Acepta mis consejos; no entregues tu corazón, Emily.

Pronunció esas palabras sin emoción y ella se quedó quieta, observando su mirada profunda.

De pronto, sin ningún aviso, sintió que caía en la mitad de un nuevo escenario repleto de emociones. En un momento, quizá, despertaría para descubrir que había caminado en sueños…

Era horrible, espantoso. Primero ese desagradable encuentro, ahora esa especie de humillación al leerle Christian la mente. ¿Le había abierto la cabeza para espiarla, interpretando su fingida compostura como un mito? ¿Descubrió que se enamoraba por primera vez, dé un modo total, sin aliento, sin esperanza, con una pasión incontrolable? ¿Cómo calificaría Ben, su hermano, el comportamiento de esa noche?, se preguntó, distraída. ¿Creería en sus propios ojos si viera a su inteligente hermanita, fría y pragmática, independiente y llena de recursos, enamorándose como una loca de un hombre al que apenas había conocido, hora y media antes?

Capítulo 2

Emily apartó los cubiertos, dejándolos sobre el plato.

—¿Perdiste el apetito? —indagó la voz profunda, sin expresión.

—Más o menos.

—¿Te gustaría pedir un postre? ¿Café?

—No, nada. Tengo sueño. Viajar me afecta de esa manera.

—Entonces, te llevaré a la cama, Emily.

Sus palabras flotaron entre ambos, igual que un reto bromista. ¿Intentó darles ese doble sentido?

—Sí… —su rubor se intensificó y sintió que las llamas la consumían.

El aire de la noche, tibio y perfumado, refrescó su piel ardorosa durante el trayecto de regreso al castillo.

—Te mudarás a una habitación cercana a la mía.

La orden seca, sin modulaciones de Christian, la sobresaltó, haciéndola volver la cabeza, alarmada. Acababan de detenerse en el patio, para bajar del Mercedes en medio de esa oscuridad iluminada por la luna. Ella estaba nerviosa.

—¿Para qué?

—Para que estés segura, Emily.

—¡Oh…! —Confundida, intentó reunir sus pensamientos desordenados—. ¿Crees que Greg Vernon se atreva a tenderme una emboscada, para terminar lo que empezó? —Bromeaba, pero de alguna manera sus palabras revelaron más temor del que planeó.

—Quizá —repuso, en un tono más duro que el acero.

—Oh, no creo que lo tome en *serio*… —se detuvo, sintiendo de repente frío en su interior.

Contempló la masa negra del edificio. Un temblor de aprensión le recorrió la espina. El *Château* de Mordin, una mansión de dos pisos, fue construido, rodeado de un patio amurallado. Las paredes, que podían verse debajo de una enredadera densa, y las interminables filas de ventanas arqueadas, con sus contraventanas de madera, le causaban inquietud. Sólo se oía el sonido agudo de los grillos…

Por su propia tranquilidad, no le dio importancia al episodio de Greg Vernon. Ahora, parada allí, en el centro de ese silencio tenebroso, sintió que su imaginación se desbocaba. Un búho cantó desde el espeso follaje de uno de los cedros y la joven saltó sin querer.

¿Greg Vernon *realmente* se propuso seducirla? ¿Si ella no hubiera usado su llave de judo para sorprenderlo, si Christian no aparece en ese momento, la situación se habría vuelto muy desagradable, casi peligrosa?

Al principio descartó al inglés, catalogando el episodio de un coqueteo sin importancia, porque ese fatuo se consideraba irresistible. Ahora, una reacción tardía empezaba a incomodarla.

Christian fijó su mirada en el patio. Le volvió la espalda, con las manos en los bolsillos del pantalón y ella lo evaluó. Alto, de más de uno ochenta de estatura, con amplios hombros y el físico de un atleta. Proyectaba su poder en el rostro de facciones sombrías. El problema era, reconoció Emily con travesura, que Christian Malraux representaba un peligro mucho mayor que Greg Vernon… Le causaba emoción el saberlo.

—No me pasará nada —le prometió de prisa—. Cerraré mi puerta con llave. No te preocupes…

—Te mudarás al cuarto contiguo al mío. Esta noche —su anfitrión se movió para observarla con expresión dura—. No deseo pensar que el robo y la violación tiene lugar en mi castillo, a varios metros de distancia de donde duermo.

—¡Por el amor del cielo, no hay motivo para tanto enredo! Estaré a salvo, te lo aseguró. ¡Puedo cuidarme sola!

—Harás lo que digo —la voz profunda contenía una nota implacable, que le erizaron los vellos de la nunca. Christian Malraux podía ser encantador si quería, pero también poseía una vena tiránica muy desagradable, decidió Emily enojada. Y recordó la frialdad con que despidió a Greg Vernon. En realidad se enfrentaban a un hombre que estaba acostumbrado a hacerse obedecer.

—Prefiero quedarme donde estoy.

—¿En serio?—Elevó irónico una ceja, al estudiar la rebeldía de su empleada—. Quizá malinterpreté la situación. Si no hubiera intervenido, el resultado de ese altercado habría sido diferente.

Lo contempló en silencio.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Las cosas no son siempre lo que parecen —murmuró pensativo —. ¿Gozabas tu pelea con Greg Vernon, Emily? ¿Mi aparición echó a perder tus planes?

La ira la sacudió.

—Si intentas sugerir lo que creo… ¡me das asco!

—¿En serio? —repitió, imperturbable, ante esa ola de indignación femenina—. En tal caso, te encantará mudarte de cuarto. Ven, te ayudaré a recoger tu ropa.

“No me queda otra opción”, decidió Emily furiosa, “sino obedecerlo”. Ceder ante su jefe le pareció diplomático cuando pudo controlar su mal humor lo bastante, como para examinar la situación con calma.

—¿Nadie más vive en el castillo? —preguntó, esforzándose por reparar la deteriorada cordialidad que debía reinar entre ellos, mientras atravesaban el patio en sombras, cargados con sus maletas—. Tengo la impresión de que lo construyeron para que más de dos personas lo habitaran.

Ya había soportado su escrutinio al volver a preparar su equipaje. Ahora, al mirar su sonrisa helada, sintió que lo irritaba.

—Antes de que mi tía muriera, este lugar estaba lleno de empleados, huéspedes y fiestas cada fin de semana. Imagino que la vida social desapareció en años pasados. Pero por tradición, todavía se celebra aquí la *fête champêtre* lo mismo que un *grand bal*, en dos semanas. Entonces habrá más vida en el castillo… dependiendo del número de personas que asista.

Otra vez se filtró un pesado cinismo en su voz, mismo que surgía en cada una de las ocasiones que mencionaba al castillo…

—Pero, desde un punto de vista práctico… ¿no vive aquí nadie más que tu ama de llaves, Lisette Duvert, y un empleado temporal, como Greg Vernon?

—Así lo ordenó mi tío. He tratado de renovar un ala del edificio, pero no he podido prestarle toda mi atención. Todavía quedan cosas por resolver de mi antigua profesión… y aún no decido qué hacer con el *Château* de Mordin.

Emily se detuvo frente a la puerta de la habitación que le indicaba, contemplando sorprendida a su anfitrión.

—¿Insinúas que podrías venderlo?

—Es posible —encogió los hombros—. No lo he decidido. Hace seis años no deseaba vegetar en la provincia francesa, administrando el negocio de la familia. No estoy muy seguro de que las cosas hayan cambiado en ese aspecto.

Por alguna razón se sintió sobresaltada, aunque se cuidó de no demostrarlo, pues apenas conocía a ese hombre. No tenía derecho de asombrarse por su falta de entusiasmo o lo que ella consideraba un lugar idílico para explotar; una mina de oro.

—El castillo tiene un potencial enorme —declaró sin apresurarse —. Lo pensé desde el primer momento en que lo vi…

—¡No me digas! Me interesaría oír tus comentarios al respecto —afirmó en tono seco, y nada sincero pensó ella con rencor.

—Seguro. Platicaremos cuando quieras —de repente se sintió muy cansada y se llevó una mano a la frente, temblando.

—¿Qué te pasa, Emily? —Detrás de la implacable lejanía de su expresión, la humosa mirada azul contenía un rayo de preocupación.

—Nada. Ha sido un día larguísimo…

Era cierto. Se levantó al amanecer en su casa de Gloucestershire, voló de Birmingham a Bordeaux, condujo por las congestionadas carreteras francesas en un día de vacaciones de julio… Así que la vista de ese cuarto cuadrado, justo frente a los apartamentos de Christian, al otro lado del pasillo, la conquistó. La puerta entreabierta le dio la bienvenida con su decoración en azul y oro, invitándola a entrar.

De pronto, Emily observó que la ventana daba al patio, frente a la

habitación que le asignó Lisette. Por lo tanto, ya no la maravillaba que Christian hubiera detectado el problema, apenas llegó al castillo. Una vez que Greg Vernon encendió la luz, el espectáculo del dormitorio iluminado resultaba evidente.

—Palideciste.

—Una reacción tardía por el ridículo episodio de esta tarde… —la breve sonrisa que le ofreció a su jefe contenía la tensión de la emoción sofocada. Acababa de comprender lo cerca que estuvo de sufrir un ataque violento… ¡y ese arrogante individuo que pretendía protegerla, se atrevía a sugerir que le *encantó* esa experiencia!

Para su mortificación, descubrió que estaba al borde del llanto.

Separándose de él con desesperación y maldiciendo su cansancio, su estado emocional, el vino y la velada cargada de tensión, se concentró en desear que ese tipo desapareciera y la dejara en paz para echarse sobre la cama y derramar unas cuantas lágrimas.

En lugar de ello, sus manos fuertes la tomaron por los hombros, mientras ella se retorcía, cercada por la tibieza del abrazo de Christian, quien la mantenía apretada con firmeza, contra la pared musculosa de su pecho.

—Tiemblas, Emily. Me disculpo si te ofendí. Aquí estás a salvo y cerca de mí, por si algo se ofrece.

La voz profunda y fría, contenía una nota de ira bajo la superficie. ¿Estaba enojado con ella? ¿O con él mismo, por insinuar el lado desagradable de lo que pudo suceder?

Se puso tensa y la invadió el pánico, al sentir que le acariciaba la base de la nuca, acomodándole los cabellos con indiferencia. Le masajeó el cuello de manera fraternal, indiferente. Hubiera podido ser Ben, consolándola después de un incidente sin importancia en su casa. Sintió que se relajaba apoyándose en ese hombre, al mismo tiempo que el calor del cuerpo viril se transmitía al suyo.

Y después, sin ninguna advertencia, esa tibieza sutil cambió. Se desvaneció la seguridad fraternal. Estuvo ardientemente consciente de cada detalle íntimo de ese hombre duro, pegado a ella, que olía a limpio.

Cuando Christian lanzó una abrupta y perpleja exclamación, apretándola todavía más, la joven alzó la cabeza a ciegas, entregando sus labios para que él los explorara, exigiendo poseer su boca. La entreabrió, impulsada por una especie de curiosidad incontrolable. Sensaciones exquisitas le cosquillaron todos los nervios del cuerpo. Su lengua luchó contra la de él para después entrelazarse con ansiedad. Christian le pasó las manos por la espalda acunándole la cabeza, jugando con el corto cabello de rizos dorados de color rojizo.

Emily le tocó las costillas extendiendo sus dedos a lo ancho del pecho, tratando de empujarlo sin mucho empeño. Su falta de

convicción resultaba obvia, decidió de manera vaga mientras temblaba al tentar los músculos del pectoral. Apretó las manos luchando contra sus propios sentimientos con cada gramo de voluntad; pero después, sus propias manos se posaron en los hombros de Christian, midiendo la firme columna del cuello, buscando el fuerte pulso de la garganta, la textura de los vellos de la nuca…

Tenía una mata de cabello negro, espesa y limpia. Su cuerpo debajo de la ropa de algodón se sentía delgado, lleno de energía. Una ola de fuego la bañó cuando él trazó con dedos firmes, las leves cavidades de su espina dorsal. La acariciaba con suavidad, hasta bajar a las pequeñas caderas; entonces, la impactó el percatarse de la dura lanza de su sexo, confinada por la ropa y sin embargo, mostrando una excitación poderosa, de macho dominante que se apretaba contra su plano estómago, cubierto por la falda de seda. La pasión la estremeció, resonó dentro de ella en el mismo instante en que recobraba un poco de cordura.

Ese estremecimiento se propagó conmocionando a Christian, quien con una maldición, se separó de la chica. Mantuvo una mano sobre su hombro y con la otra le alzó la barbilla para examinar el rostro sonrojado. Los ojos de un azul humoso parecían más oscuros. La mirada adormilada, impenetrable, resultaba imposible de interpretar.

—*Je m' excuse,* Emily. No planeaba que esto sucediera. No busqué iniciar un incendio… —respiraba de manera entrecortada, con el tono de voz más duro, pero el gesto divertido… como si realmente su actitud lo hubiera tomado por sorpresa.

—No… no lo hiciste… —parecía que sus palabras flotaban, alejadas de su cuerpo. Temblaba de la cabeza a los pies.

—Creo que te asusté más que Greg Vernon.

Se esforzó por reír, retrocediendo, para librarse de esos dedos tibios que la perturbaban.

—No te preocupes; no creo que tenga pesadillas.

—Perfecto —ahora sonreía con sequedad, con una luz cautelosa en los ojos—. No queremos que ciertas complicaciones echen a perder nuestra relación laboral, ¿verdad?

—Me aseguraré de cerrar la puerta con llave —le prometió, petulante.

—Una medida razonable —los ojos de él reflejaban tal caudal de buen humor, que embrollaron las emociones de la chica causándole dolor. Hasta ese momento desconocía la existencia de ciertas partes de su cuerpo que ahora ardían, temblaban y se derretían, comportándose de una manera muy poco elegante—. Eres una sirena sexual, ¿eh, Emily?

—Te aseguro que no —replicó indignada por ese tipo de broma—. ¡Qué estúpido comentario de macho! ¿Culpas a la mujer por tu falta

de control?

—Y me considero afortunado. ¡Al menos no me inmovilizaste con una de tus terribles llaves de judo! *Bonne nuit*, Emily. *Dors bien*.

Apretó las manos, abrió la boca para hablar, pero le resultó imposible. Estaba demasiado impactada por la ira.

Cuando él se volvió y ella cerró la puerta; se quedó contemplando la madera, llena de una reacción tan salvaje e intensa que sintió ganas de gritar, de sollozar o de golpear la pared con sus puños.

Lisette Duvert la despertó al colocar la bandeja del desayuno sobre la mesita de noche, sin ningún cuidado.

—Christian me indicó que te encontraría aquí —anunció de inmediato—. ¿Qué sucedió entre tú y Greg anoche? —hablaba en francés, empleando un tono agresivo.

Emily parpadeó, se frotó los ojos y se esforzó por sentarse, contemplando a la intrusa. Lisette era una muchacha muy bonita, de rostro ovalado y una palidez etérea que los hombres juzgaban fascinante, sin duda. Tenía pupilas tan verdes como los prados que se veían por la ventana, cabello negro que le llegaba a los hombros, y usaba un vestido oscuro que le daba un aire de bruja.

—¿No te lo contó Christian… digo, el señor Malraux? —Logró musitar, con educación.

—Me describió una historia increíble sobre Greg, tratando de entrar en tu cuarto para violarte.

Parecía que Lisette estaba segurísima de que Emily había inventado esa escena. La aludida bajó los pies de la cama y tomó asiento para enfrentarse a la francesa, contenta de usar un camisón modesto, es decir, una enorme sudadera con un sol pintado en el frente. Y también le agradó que, aun descalza, le sacaba tres centímetros de estatura a su rival.

—Supongo que tú contrataste a Greg Vernon —afirmó con calma Emily—. Así que siento que te molestaras porque perdió su trabajo de inmediato. Pero te juro que no exageré al…

—¿No? Quizá sólo modificaste un poco los hechos, a tu conveniencia —el antagonismo brilló en las pupilas verdes de Lisette.

Emily parpadeó de manera involuntaria debido a la violencia del mal humor de la otra muchacha.

—¿A qué demonios, te refieres con eso?

—Me refiero a que acaso Christian regresó y los encontró en una situación embarazosa y tú le echaste la culpa a Greg para quedar cual blanca paloma.

Eso se igualaba a la deducción cínica de Christian la noche anterior. Por lo tanto, Emily sintió que de nuevo se le anudaba el

estómago.

—No es cierto —se defendió, furiosa.

—Al contrario —la voz profunda y divertida del anfitrión les llegó desde la puerta, haciéndolas girar en redondo—… Emily no culpó a Greg, sólo lo lanzó por los aires. ¡Por encima de su hombro! Emily es una experta en artes marciales, Lisette. Así que tendremos que andarnos con cautela mientras trabaje aquí.

Agitando su cabellera negra, Lisette le lanzó una sonrisa lenta y provocativa a Christian, para luego fulminar a la secretaria con una mirada.

—¿Artes marciales? —Se mofó, incrédula—. Greg es mi amigo. Yo jamás lo atacaría—. Apuesto a que esta descarada lo incitó.

—*Ça suffit,* Lisette —la voz de Christian contenía el filo de navaja que Emily empezaba a reconocer—. Si quieres seguir trabajando para mí, te aconsejo que sólo te ocupes de aquellos asuntos que te incumben.

La advertencia fue humillante y devastadora. La chica encogió los hombros, lanzándole a Christian un reproche tan hiriente con la mirada, que Emily tuvo que sofocar una sonrisa. Después de un molesto Silencio, la francesa giró sobre sus talones y salió de la habitación.

"Me hice de un enemigo en diez segundos", reflexionó Emily, enfrentándose a Christian con un cúmulo de emociones contradictorias. Bajo el escrutinio intenso de su anfitrión se sintió agitada, torpe. De pronto, no tuvo la menor idea de qué hacer con sus manos. Creyó que la sudadera se transparentaba…

—No empleas una gran delicadeza en tus relaciones con la servidumbre, ¿verdad? —No pudo evitarlo, la acusación se le escapó de la boca.

—Mi tío me heredó a Lisette —replicó, sombrío—. Su eficiencia deja mucho qué desear.

—¿A qué te refieres con eso de que te la "heredó"? —No la ayudó poner las manos detrás de la espalda. Eso sólo enfatizó el contorno de los senos contra la fina tela del *jersey*. Así que adoptó una posición agresiva, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me refiero a que yo no la contraté. Y que, sí me quedo aquí por largo tiempo, quizá me vea obligado a reemplazarla.

A través de la niebla de sueño que desaparecía y el efecto perturbador de la presencia de Christian, Emily entendió cada vez menos lo ocurrido la noche anterior. ¿Christian Malraux vivía en el castillo en contra de su voluntad, como administrador, reacio al negocio de la familia a causa de la muerte de su tío?

Sin embargo, durante la cena habló de su necesidad de encontrar una carrera alternativa, algo que le "pusiera los pies sobre la tierra".

¿Qué solución podía ser más conveniente que cultivar viñas y producir vino? ¿Más creativa, más satisfactoria? Entonces, ¿por qué no se mostraba entusiasta con el papel que desempeñaba en ese momento? Se proponía descubrirlo. No parecía de la clase de hombres que se conforman con hacer las cosas a medias. Si hablaba con indiferencia de su presente situación, debía existir una razón que explicara esa apatía.

—Come tu desayuno. No creo que Lisette lo haya envenenado —le aconsejó Christian, con una nota divertida en su profunda voz.

Lo miró tranquila, captando su apariencia musculosa que destacaban las botas de gamuza, el pantalón de pana y la sudadera blanca.

—Acabo de salir de la universidad —replicó, sucinta— espero no tener muchos trabajos que empiecen de una manera tan extraña como este.

—Las cosas mejorarán —le prometió lacónico, volviéndose con un brillo risueño en las mejillas—. Te veré en la oficina en media hora. D'accord?

—Allí estaré.

Cuando terminó su café fuerte, con olor a chicoria, así como con los panecillos embarrados de mantequilla, se bañó y vistió. Al ir a buscar a su jefe, se dio cuenta una vez más, del potencial turístico que encerraba el viejo y destartalado castillo. La mayoría de las habitaciones no se usaban, pensó, mientras su mente giraba evaluando la deteriorada área de la recepción, los sótanos que nadie visitaba, las cavas vacías. Sí, hubiera podido sugerir mil innovaciones y modificar…

La oficina, sin embargo, no era la celda polvorosa que imaginó. Además, parecía bien equipada. Tenía muebles antiguos que contrastaban con computadoras ultramodernas y el cuarto lleno de sol daba a los jardines posteriores de la mansión.

Christian estaba apoyado en uno de los escritorios, disparando oraciones en francés por el teléfono.

—Ah, Emily… —acunó el auricular por un momento, clavando su vista en la joven—. Ahora te atiendo.

Ella titubeó y después tomó asiento detrás del otro escritorio, estudiando con interés el procesador de palabras, comprobando su propia habilidad para dominar de inmediato el uso del aparato. El teléfono emitió un ruidito cuando Christian colgó. Emily alzó la cabeza sobresaltada para toparse con la mirada azul, fija en su persona. La piel le cosquilleó; de pronto estuvo consciente de su cuerpo. El traje que usaba, la falda corta, elegante, de mujer de negocios, le pareció que apenas la cubría.

—¿Y bien? —inquirió su anfitrión, observando que la chica bajaba

los ojos, fingiendo examinar el teclado de la computadora—. ¿Crees que serás feliz trabajando aquí?

—¿Feliz? —repitió, parpadeando de manera involuntaria; después asintió de prisa. No emplearía la palabra "feliz" para describir sus confusas emociones; pero, de cualquier modo, ya era tiempo de que las dominara—. Sí, estoy segura de que seré feliz —confirmó sin alterarse—. La oficina es más moderna de lo que esperaba…

—¿Esperabas una celda sin aire, llena de telarañas y murciélagos?

—Más o menos —sonrió, pero si suponía que Christian correspondería a su gesto, se equivocó. El telefonema, o cualquier otra razón lo había puesto más tenso y preocupado que de costumbre. El compañero relajado, aunque cínico, que animó la cena de la noche anterior, se había desvanecido por completo y un tirano ocupaba su lugar en ese momento.

—Los tres meses que he pasado aquí han dado sus frutos —repuso, abrupto—. A pesar de que la enfermedad de mi tío implicó que el castillo estuviera descuidado por largo tiempo.

—Yo… siento lo de tu tío…

—Yo también. ¡Con él murió mi último pariente!—Había una árida superficialidad en la voz de Christian, que hizo que Emily, deseara como una idiota estirar la mano para ponérsela en el hombro y consolarlo. Dominó esa urgencia.

—¿Viviste aquí con tus tíos, de niño? ¿Qué le pasó a tus padres?

—Murieron —le informó, breve.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —persistió suave, azorada por su propia osadía.

—Juntos, por asfixia. Visitaron la India y ocurrió un incendio en uno de los hoteles.

—¿Cuántos años tenías? —Emily descubrió que no podía evitarlo; las preguntas brotaban de su boca dé modo irresistible.

—Siete —contestó, apenas sofocando su impaciencia—. Me enviaron al *Château* de Mordin mientras viajaban. Así que en vez de regresar a mi hogar, en la Avenida Foch, en París, me quedé con mis tíos. Y ahora, Emily, basta ya de preguntas —le advirtió con tono cínico—. Tenías razón, posees una curiosidad muy elogiable, aunque bastante molesta cuando se vuelve personal. Dirígela a tu trabajo. ¿Te parece bien?

—De acuerdo. Siento haber hablado —repuso con una sonrisa constreñida—. ¡Emily Gainsborough, a sus órdenes! Empezaremos cuando quieras —y para acentuar su rebeldía, se llevó la mano a la sien para saludarlo.

Alejándose del escritorio, la contempló pensativo. Una expresión inquisitiva se dibujó en su moreno y duro rostro.

—Una recomendación, Emily…—declaró en voz baja, mientras una

sonrisa curvaba al fin, las comisuras de su boca.

—¿Acerca de algún asunto sentimental? —indagó, con los ojos muy abiertos.

—No. Una recomendación para evitar que te despidan el primer día que trabajes en el Ministerio, en septiembre —elaboró con paciencia.

—Correcto. Permíteme adivinar… Número uno: no debo permitir que mi nuevo jefe me descubra desnuda practicando judo. Número dos: no debo permitir que mi nuevo jefe practique sus ardientes besos a la francesa conmigo, dos horas después.

El silencio que siguió a ese sentido del humor desafiante, pareció eterno. Dispuesta a enfrentarse a una erupción de enojo, Emily se quedó inmóvil, derecha y frágil, con sus enormes ojos clavados en el rostro sombrío. Al fin para su gran alivio, Christian alzó las manos y luego las dejó caer a los costados, con un gesto gálico de desesperación.

—De hecho, iba a aconsejarte que evites tus sarcasmos y te pases de lista —le informó riéndose—. Pero presiento que perdería el tiempo. Vamos, Emily, te enseñaré el castillo —y señaló la puerta.

Aceptó el regaño y lo siguió en silencio. Sus intentos por romper el hielo no resultaron como planeaba.

La expedición para conocer el castillo le pareció insoportable. Una parte de su mente se concentraba en aprender dónde se localizaban las áreas de trabajo, las bodegas y los sótanos. Otra, luchaba por aplastar la atracción que Christian Malraux ejercía sobre ella y que aumentaba cada vez que estaban juntos. "Piensa en el peligro de comprometerte", se dijo, "en perder tu independencia y las oportunidades de desarrollar tu carrera…"

—Y ya regresamos al punto en donde empezamos. ¿Qué opinas de mis ideas, Emily? —indagó Christian, esperando una respuesta.

—Lo siento —musitó, ruborizándose un poco—. Me distraje.

—¿Te distrajiste? ¿Uno de tus cursos no incluía cómo combatir las distracciones, Emily? —inquirió, divertido.

Estaban parados muy juntos, demasiado juntos para la paz espiritual de la chica. Con la garganta seca lo contempló llena de pánico. La presencia física de ese hombre influía de un modo inexplicable en la confianza en sí misma.

—No, no lo incluía —se oyó responder—. Como tampoco la manera de reprimir los efectos del beso de un nuevo jefe, a las tres horas de conocerlo…

Se extendió entre ambos un silencio pesado. El corazón de la chica latió incontrolable cuando Christian la contempló, seco.

—¿Tanto te… perturbé anoche? —preguntó al fin, con fingida indiferencia. La leve tensión de un músculo de la mandíbula traicionó

su súbita irritación.

—¡De varias maneras! —Invadida por la confusión no pudo, sin embargo, dejar de fijarse en las líneas de la boca masculina y la barbilla partida.

—¿Me chantajeas, Emily? —La retó—. ¿Beso a mi nueva secretaria y ella se venga negándose a concentrarse en lo que digo?

—De ningún modo. Yo también correspondí al beso —admitió temblorosa, mientras el rubor cubría sus mejillas—. Y yo… me concentré en lo que dijiste… ¡la mayoría del tiempo!

—Me alegra oírlo —afirmó, sarcástico.

—Escuché todos los términos técnicos… la… la *brouille*… la *tête du chauffe* y tu explicación del proceso de maduración del coñac, el modo en que el alcohol se evapora y decolora el techo…

Hizo un ademán hacia arriba, desesperada por cambiar de tema.

—Me encantó la hermosa frase con la que describiste el proceso… —agregó.

—*La part des anges*? —Torció la boca, seco—. ¿Te refieres a la parte de los ángeles? ¿Es, esa?

—Sí, me pareció muy poética…

—Sí, quizá lo es. De cualquier modo, Emily, en vista de lo que ocurrió anoche, ¿qué sugerirías?

—¿Sugerir?

—Para que puedas concentrarte en tu trabajo —la voz profunda enronqueció.

—Yo… —pasó saliva de prisa, hundiéndose en la mirada azul que la aterraba. Apartó su mente con violencia de esa intimidad que aumentaba a pasos agigantados—. No sé…

—Si te beso de nuevo —murmuró titubeante, mientras una sonrisa flotaba en sus labios, contemplando la curva generosa de la boca de Emily—. ¿Recibiría el mismo trato que Greg Vernon?

—Deberías —susurró, ante la ola de nostalgia que la invadía sin poderla controlar. Su corazón dio un salto absurdo, después se volteó en su pecho, al mismo tiempo que su estómago se contraía por el deseo.

—Creo que tienes razón —se burló él, para luego inclinarse, ansioso, y besarle los labios entreabiertos.

Capítulo 3

—¿Cuantos años me dijiste que tenías, Emily? —La voz de Christian se convirtió en un gemido en contra de su rubio cabello.

—Veintidós… —murmuró con timidez, parpadeando confusa mientras sus sentidos bailaban por el efecto que ese hombre ejercía sobre ella—. ¿Por qué?

—Porque quiero acostarme contigo, en este mismo instante —la arrogancia de Christian la dejó estupefacta—. A tu edad, no tienes derecho de hacerle sentir a un hombre lo que yo siento, sobre todo, cuando apenas nos conocemos…

Temblando por la reacción al beso, Emily se retorció para liberarse del abrazo, contemplando a su compañero, incrédula.

—¡Allí vas de nuevo! ¡No me *eches* la culpa de lo que te pasa! Me enferma que impliques que tengo la costumbre de atrapar a todos los hombres con los que me encuentro.

—¿Eso impliqué? —Sus facciones poseían una calidad enigmática, medio burlona, medio apasionada.

—¡Sí! Anoche insinuaste que gocé cuando me atacó el patán de Greg Vernon. Ahora, ¿acaso es mi culpa que nosotros… nos sintamos atraídos…?

El rostro sombrío permaneció inmutable, pero la pasión del abrazo borró cualquier duda acerca de la reacción física de Christian. En ella encendió una llama que superaba a cualquier sentimiento que hubiera experimentado alguna vez.

De pronto, supo que hablaba con demasiada honestidad. Se consideraba una novicia en esos asuntos… pero su instinto le susurró que aun al enfrentarse a un ataque tan devastador de deseo físico, no debía exponer sus emociones con tanta franqueza.

—¿En serio? ¿Nos sentimos atraídos el uno por el otro? —Se *burló* de ella.

Emily empezó a temblar, esforzándose por controlar el pozo negro de sus pasiones.

—Mira, creo que esto ha llegado demasiado lejos, ¿tú no? —preguntó, cruzando los brazos a la defensiva, para clavarle su mirada café—. ¿Por qué… por qué no empezamos de nuevo? Finjamos que nada de todo lo que ha pasado ocurrió, finjamos que no vivimos la noche de ayer…

—¿Para evitar cualquier contacto físico en el futuro? —Su sonrisa torcida resultaba muy seductora—. Creo que debería enviarte de regreso a Inglaterra en este mismo instante. ¡Yo no necesito meterme en tantos líos! Buscaré una secretaria temporal con menos atractivo sexual.

—Y yo a un jefe con un poco más de control —lo atacó—. ¡Yo tampoco necesito meterme en tantos líos! No tengo intenciones de

perder un verano involucrándome en una aventura intrascendente y sórdida… ¡de todos modos, gracias!

Christian la contemplaba con un ilegible brillo en sus pupilas.

—Espera un momento —le ordenó, con voz un tanto divertida—. *Intrascendente*… quizá tengas razón, puesto que ninguno trata de iniciar una relación permanente. Pero, ¿sórdida? —Con un gesto elegante la apretó contra sí y la joven, con las rodillas temblorosas, se preparó para un nuevo ataque—. El deseo nunca me ha parecido sórdido. Es tan viejo como el tiempo, Emily. Hacer el amor, según mi experiencia, abarca todo, menos lo sórdido.

Estremeciéndose por la intensidad de sus emociones, la chica encogió los hombros; luego deseó no haberlo hecho. El movimiento levantó sus senos tensos, con los pezones doloridos que se pegaron contra el torso de Christian, sumiéndola en un nuevo grado de conciencia. Su estómago se contraía por la pasión. Considerándose loca, quiso sin embargo, sentir los largos y delgados dedos de Christian sobre su piel desnuda. Una ansiedad casi depravada le exigía que la tocara…

—No sé qué clase de hombre te consideres —replicó en voz baja, constreñida—. Pero ustedes los franceses tienen fama de ser amantes legendarios, ¿verdad? Ustedes catalogan al amor como un juego, ¿correcto?

—Me pareces demasiado inteligente para tragarte esas generalizaciones infantiles y racistas, Emily.

Con un esfuerzo decidido, se apartó de sus brazos. La mirada azul la desconcertaba. Sus ojos la mantenían prisionera, pues sentía que cada prenda de su vestido caía despacio de una manera sensual, para descubrir su cuerpo. Las rodillas se le doblaron.

—Quizá —aceptó con una risita breve y desesperada—. De cualquier modo, lo que sea… lo que sea todo esto, no puedo manejarlo…

—¿Puedes cumplir con un poco de trabajo secretarial, Emily? —La ironía regresó a la voz. La intensidad emocional disminuyó. Recobrando el aliento, la chica se abrazó y se volvió.

—Desde luego.

—En tal caso, limitémonos a escribir cartas y llamar por teléfono, ¿sí?

—Me parece *perfecto*.

Rígida por la ira, giró sobre sus talones consciente de que la mirada azul evaluaba su retirada, mientras se marchaba con tanta dignidad como logró reunir, a su oficina.

Fue una mañana difícil. Encauzar su mente en las tranquilas tareas profesionales requirió casi toda su energía. Christian, en cambio, no parecía sufrir un conflicto de emociones. Su indiferencia se amoldaba

a su temperamento como una segunda naturaleza. Cuando la chica terminó de procesar el trabajo, estaba exhausta.

—Tengo una cita en Royan —anunció su jefe—. ¿Puedes encargarte de la oficina en mi ausencia? Espero que no te enloquezca la actividad frenética que desarrollamos en esta cooperativa. La ironía la obligó a sonreír por primera vez en varias horas.

—Aquí no debería reinar un silencio total, sabes —opinó, fría—. Sólo necesitarías hacer pequeñas inversiones para introducir un restaurante y un área de recepción, organizar visitas guiadas a las cavas, invitar a los turistas a probar tus vinos, enviar anuncios en diferentes idiomas si fuera necesario, planear eventos publicitarios en el verano, como barbacoas…

—Estoy seguro de que tienes razón, Emily —se mofó con un brillo burdo en los ojos—. Sólo desearía estar seguro de que mi destino se centra en el Castillo de Mordin.

Mordiendo la punta de su lápiz, la chica lanzó una rápida mirada a la masa de notas e instrucciones de su libreta de apuntes, luego se reclinó sobre su silla y contempló por la ventana los majestuosos cedros bañados por el sol.

—Entonces, ¿dónde crees que se basa tu destino? —inquirió al fin. Estaba muy confundida. ¿Por qué hablaba Christian con ese dramatismo?

—Tan lejos de este lugar como sea posible. *A toute à l'heure*!

—¿No tienes nada qué hacer esta noche? —La pregunta seca llegó al concluir un día lleno de trabajo, pero solitario, con la única compañía del procesador de palabras. Lisette estuvo ausente; Emily ni siquiera se imaginaba en qué momento había desaparecido. Y aparte de uno o dos empleados del castillo, que pasaron a distancia, no vio a un alma desde que Christian partió esa mañana.

Parpadeó, atónita.

—¿Esta noche? —repitió, incapaz de alejar la ironía de su voz.

—Para que vayamos a cenar.

Debido a que discutieron horas antes, le costó un trabajo inaudito decidir cuál era el motivo que propiciaba esa invitación. ¿Creía que ella *esperaba* que la sacara a cenar cada noche… sin ningún compromiso para ambos?

—Ah, ya entiendo. ¿Que si estoy disponible para que me entretengas? Pues no, lo siento. Tengo un coctel a las seis, un baile de máscaras a las ocho y una fiesta de pijamas de la media noche en adelante. Debes concertar una cita con anticipación, porque…

Christian frunció la boca. Parecía tenso, decidió la chica. Se parecía a un hombre que lucha contra sus demonios secretos…

—¿La vida te resultó insoportable hoy, Emily?

Estudió sus uñas cortas de color durazno, antes de arriesgarse a sonreírle.

—Digamos que el *Château* de Mordin no ha encontrado su verdadera vocación. Debería ser un retiro monacal.

Su sentido del humor provocó un brillo intenso en las pupilas de Christian.

—¿Así que te gustan las fiestas, Emily?

—No mucho —corrigió de prisa, ruborizándose un poco al estudiar la expresión de sus ojos. Empezó a sentir el calor de su propio cuerpo y se removió en la silla—. Sólo bromeaba; pero debo admitir que este lugar se parece mucho a una tumba para encerrar a muertos en vida.

—No olvides que habrá una *fête* y un *grand bal* en dos semanas, con procesiones, fuegos de artificio, música y baile. ¿Eso satisfará tu ansia de actividades? —Se burló.

—Apuesto a que sí —admitió, sin alterarse—. Y no tengo ansia por nada.

—¿Lisette te dio de comer?

Emily titubeo. Si tal había sido el trato, Lisette no lo cumplió con toda intención. Así que la chica se dirigió a la excelente *charcuterie* del pueblo para alimentarse.

—No hubo necesidad. Yo conseguí algo.

No idolatraba a Lisette, pero no quería acusarla de manera directa para que Christian la regañara al día siguiente.

—Entonces, la cena de esta noche debe recompensarte —decidió, frunciendo el ceño.

—No tienes que recompensarme por nada —rió, moviendo la cabeza—. Se supone que estoy aquí para ayudarte, fungiendo como tu secretaria temporal. No es tu deber entretenerme. Estoy segura de que puedo organizar mi vida social a medida que pasen los días. Tengo amigos en Saintes, ya te lo dije; así que quizá no te moleste que los llame para pasar un día con ellos.

—Cuando quieras —repuso, frío—. Pero esta noche me propongo llevarte a conocer los viñedos antes de que cenemos. Partiremos a las siete.

Hubo un momento de silencio mientras Emily asimilaba la nota arrogante que encerraba esa orden. Podía negarse… y no aceptar esa invitación. Sin embargo, Christian Malraux no admitiría un “no” como respuesta, le advirtió una vocecilla en su interior. Y una cena no pasaba de ser una cena. No había razón para sospechar sobre un motivo ulterior.

—De acuerdo encogió los hombros con desdén—. Me encantará acompañarte.

—Y a mí que lo hagas —y sin agregar palabra, se volvió y se fue.

Después de un día caluroso en extremo, la tarde encerraba la promesa de una brisa fresca, que levantaría las hojas secas de los nogales, llevándolas al Atlántico. Emily, recién bañada y con un vestido de noche, estaba sentada a un lado de Christian en el Mercedes deportivo.

Para elevar su ánimo, se roció con su perfume predilecto antes de ponerse su ropa íntima. La suavidad de la tela, al rozar su cuerpo, revivió el deseo quemante, cuando Christian la tocó y la besó.

La molestó que se estremeciera, a la defensiva…

Lucía un vestido elegante… pero no para atraer a ese hombre. Así se preparaba para gozar una velada fuera de casa, acompañada por un amigo o una amiga…

Al terminar de recorrer los viñedos contiguos al castillo ya había anochecido. Christian se estacionó en el centro del pueblo, le abrió la puerta del vehículo y la guió hasta un restaurante con sillas en la terraza.

Al caminar cerca de su anfitrión, Emily sintió que una dulce tibieza la invadía, a pesar de sus reservas acerca de la relación que iniciaba. Sin embargo, no entendía por qué la dominaba esa sensación de pertenecer a alguien en el momento de acompañar a una persona que apenas conocía.

Quizá el francés hizo un esfuerzo por mostrarse agradable de nuevo, pues platicaron como dos viejos amigos a medida que visitaban las viñas. Y no sólo mencionaron el proceso del *pineaucognac,* ella también habló de su vida en Inglaterra, de su familia y de Ben; quien trabajaba con unos abogados en Cheltenham, y a la determinación de imitar a su hermano en términos de independencia y éxito en su carrera.

Hasta descubrieron que compartían ciertos intereses: montar a ca*bal*lo, jugar tenis, viajar y un gusto marcado por la comida exótica, bien condimentada.

—Hay un excelente restaurante mexicano en París que sirve tacos, con una salsa de chiles jalapeños que podría hacer explotar una caja fuerte —bromeó Christian, conduciéndola a la terraza—. Aquí, en el Joubert, preparan un pescado excelente. Vine impulsado por la nostalgia.

—¿Cuántos años estuviste ausente? —La curiosidad la asaltaba de nuevo al aceptar la minuta que le ofrecía un camarero.

—Cinco.

—¿Y nunca regresaste por una corta temporada, para visitar a tu tío o a algunos amigos?

La sonrisa de Christian contuvo de repente esa extraña amargura que lo caracterizaba.

—No regresé ni una sola vez.

Hubo una pausa mientras ordenaba los aperitivos: un martini seco para ella, un Pernod para él.

—Pero, ¿por qué? —persistió la joven, cuando el camarero se fue. Estaba a punto de responderle, pero las sillas de la mesa de atrás, de ambos, crujieron. Una estridente voz femenina cortó su plática con la fuerza de un chirrido de llantas.

—¡Christian Malraux! ¿Tienes la audacia de mostrar tu cara en este pueblo? ¡Pensé que jamás te vería otra vez!

Emily giró en su asiento, atónita. La que hablaba era una mujer gorda, cerca de los sesenta. Usaba un vestido de color tomate y una buena cantidad de joyas. Tenía la piel maltratada por el sol y unos ojos acusadores, que brillaban detrás de sus anteojos, con aros de oro. La acompañaba un hombre vestido de gris, de edad similar, pero con un gesto de disculpa en el rostro. Emily observó a la pareja sin comprender: después se volvió para estudiar la expresión de granito de Christian, la mirada resguardada de sus pupilas, y el estómago se le contrajo por la sorpresa que acababa de recibir.

—Me ve en este momento, *madame* —respondió, con siseante salvajismo.

—Entonces sígueme, Henri —la mujer se engalló con su desaprobación mordaz—. ¡Cenaremos en otra parte!

Asintiendo, su acompañante obedeció. La pareja salió del restaurante perdiéndose de vista.

El silencio que siguió a ese extraordinario intercambio de palabras, vibró con una ira suprimida, que resultaba difícil soportar. Confusa, Emily contempló los ojos de Christian sin hablar. Juzgaba imposible predecir de qué manera esa breve y horrible escena lo había afectado. Sus pupilas, tan frías como un cielo invernal, se mantenían opacas, ilegibles.

—¿Christian?… ¿De qué se trata todo esto?

—De nada importante. Una enemistad entre familias, que surgió hace años, ¿Estás lista para ordenar? ¿O perdiste el apetito?

La voz helada, semejante al acero, parecía negar esas preguntas.

—Yo… —se aclaró la garganta cerrada y contempló a ciegas la minuta, luchando por recuperar la compostura y reunir sus pensamientos desperdigados—. Sí, quiero decir, no… Tomaré el… la crema de espárragos y luego el huachinango, por favor. Siempre prefiero el pescado a la carne… adoro la manera en que los franceses lo prepararan… —barbotó nerviosa. Se dio cuenta de lo que hacía, aspiró y guardó silencio.

Fue la peor cena de su vida. Apenas saboreó lo que comió. Sensible a la atmósfera que la rodeaba, no podía apartar su mente del odio que proyectó la mujer del vestido flojo. ¿Una enemistad entre familias? ¿Qué pudo suceder años atrás, que causara esa explosión vengativa?

¿Qué demonios pensaba esa desconocida que Christian había hecho?

—Emily, tranquilízate —le pidió su anfitrión al fin, con la voz cargada de remordimiento—. ¿Acaso te preguntas si cenas con un asesino?

El rubor le tiñó las mejillas y después palideció. El observó la tez blanquísima, con cierta preocupación.

—¿Emily? ¿Te sientes bien?

—¡Sí! Pero no digas esas cosas —le rogó, con una vocecilla ahogada—… porque no podrían estar más lejos de la verdad.

El rostro oscuro se mostraba impasible, mientras la evaluaba en silencio. Alzó una ceja oscura, inquisitivo, con un sonrisa leve en los labios. Abandonó la langosta que comía con habilidad y aparente gusto y cruzó los brazos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no tienes el… el *aura* de un asesino.

—¿No? ¿Insinúas que *distingues* el aura de una persona? ¿Eres psíquica? —bromeaba con ella, se dio cuenta Emily, pero la chica pasó saliva y no cedió ni un milímetro.

—No, no lo soy. Por lo menos, no creo serlo. Sin embargo, percibo de… de una manera muy intensa detalles como esos.

—Entonces, agradezco al destino estar en tu compañía esta noche —se mofó, ronco, mientras se borraban los últimos rastros de la compostura de la joven—. En la compañía de alguien que cree con firmeza en el buen nombre de su prójimo, sólo porque no proyecta una sombra negra a su alrededor.

—¿Por qué… por qué te muestras tan amargado? —Se maravilló en voz baja, con el corazón acelerado dentro del pecho.

—¿Me consideras un amargado? Quizá porque he vivido ocho años más que tú. He presenciado el modo en que los ideales se desmoronan.

No entendía ni una palabra y él no intentaba confiar en ella.

Emily dejó casi todo el postre, *crème au caramel*, en el plato. Christian paladeó un queso de la localidad y fruta fresca, pues su compostura no se había alterado como la de su invitada. Les sirvieron café negro, fuerte y revitalizador, y después la cena terminó.

Regresaron al castillo, rodeados por un silencio inquieto.

—Bebamos juntos coñac —sugirió, apenas entraron en la residencia.

Emily titubeó. La prudencia la urgía a negarse. Pero esa velada desagradable parecía inconclusa. Presintió que Christian necesitaba su presencia. Así que asintió y lo siguió a través de varias habitaciones, hasta ingresar en su apartamento privado. Observó curiosa, el enorme salón de techo alto y las largas ventanas que daban al patio.

—¿Aquí vivía tu tío antes de que enfermara?

Christian se volvió desde la cantina, deteniéndose en el momento

de verter el licor.

—Sí…

—¿Estos son su muebles, sus pertenencias?

—No… sólo el pesado mobiliario. El mío se quedó en mi apartamento de París. Pero la mayoría de los libros, cuadros y cortinas de *kilim* me pertenecen.

Asintió despacio, acercándose a la ventana para pasar los dedos por la tela tejida de rojo, verde y crema de las cortinas, con sus diseños geométricos orientales; tibia, relajante, invitadora. Provocaba un efecto glorioso, relacionado con otras culturas. Admiró los trofeos de Christian de sus viajes distantes, los cuadros de tonos ocre: hindúes, chinos y. europeos, que colgaban de las paredes. Desperdigadas sobre las mesas de caoba, o entre los libreros, las lámparas proyectaban círculos de luz amarilla, iluminando una colección de estatuas de madera.

Le pareció que entraba en la cueva encantada de Aladino. Un arco nupcial hindú conducía al dormitorio. La puerta estaba entreabierta. Emily vio el enorme lecho con lámparas de tenue luz a los lados… una escena demasiado íntima que no quería contemplar.

—Toma… —Christian le tendió una copa. Ella bebió el coñac agradeciendo sus poderosas cualidades embriagadoras—. Y la cama también es mía —agregó divertido, siguiendo la mirada de Emily. La chica se acomodó en la silla contigua a la ventana, rígida por la vergüenza.

—No hay nada embarazoso en una cama —se burló Christian, suave, echándose sobre un sofá para beber su coñac—. Así que no empieces a sonrojarte de la cabeza a los pies, Emily.

—Me doy cuenta de que no hay nada embarazoso en una cama —replicó permitiendo que esa burla acabara con sus débiles defensas—. Sólo… sólo si te imaginas lo que sucede en ella… la situación se vuelve embarazosa.

—¿En serio? —Estudió las mejillas ruborizadas y el intento de su huésped por evitar su mirada—. Pues, me tienes fascinado. Y… ¿y qué sucede en las camas que tú conoces, Emily?

—¡Basta! —exclamó, poniéndose en pie con rapidez—. Sabes muy bien a lo que me refiero y… y… ¡lo único que se te ocurre es irritarme con tus tontas bromas! Perdóname, pero ya es tiempo de que…

A la mitad del cuarto la interceptó. Tomándola del hombro, la obligó a girar. Le enterró los dedos en la suavidad del brazo y ella frunció el ceño; fulminándolo con los ojos.

—No me salgas con escenas melodramáticas, termina tu bebida —le aconsejó con una risa ronca—. Creo que necesitamos hablar acerca de lo que sucede entre nosotros. De hecho, desde que nos conocimos he recibido señales conflictivas de tu parte. “Tócame, no me toques”.

“Bésame, no me beses”. ¿Por qué no me explica qué desea con exactitud, señorita Gainsborough, antes de que me enferme de frustración?

Capítulo 4

Emily contempló con ira helada la mano que la inmovilizaba. Cada centímetro de su cuerpo temblaba por la urgencia de escapar, pero se sentía pegada al suelo.

—Quítame la mano de encima —le pidió con voz controlada, a pesar de que la furia reprimida relampagueó en sus pupilas.

—¿Detecto acaso una amenaza velada en tu petición? —inquirió, aflojando los dedos, aunque sin soltarla por completo—. ¿Estoy a punto de volar por los aires para aterrizar sobre mi espalda, al igual que el infortunado Greg Vernon?

"La rabia es una emoción extraña", reflexionó la joven perpleja. Podía provocar el deseo de gritar o golpear. Abrió la boca, pero no emitió ni el menor sonido. Su corazón se agitó.

—Nunca en toda mi vida conocí a alguien… a alguien tan *insensible* como tú —logró musitar al fin—. Y si quieres saber lo que pienso, te diré que las señales conflictivas que *tú* emites me molestan tanto como las mías a ti.

—¿En serio? —La voz profunda contenía una nota de diversión—. ¿Te refieres a que ignoro si quiero o no hacerte el amor? Te equivocas Emily. Lamento informarte que en ese punto no existe la menor confusión en mi mente.

Ella se sonrojó al máximo al leer en su mirada el inconfundible mensaje que le enviaba, comunicándole su deseo de poseerla.

—¡Otra vez con lo mismo!—Se quejó ella, alzando la barbilla triunfante—. Acabas de decir que *lamentas* informarme que no existe la menor confusión en tu mente. Quizá te atraigo, pero no *quieres* que te atraiga.

—No entiendo el sentido de esa burda palabra "atraer" —reflexionó, torciendo la boca—. Prefiero el verbo "desear". Me parece más directo, menos inmaduro. Llega hasta el meollo del problema.

—No me llames inmadura. ¡Me importa un bledo lo que prefieras! —Escupió, irritada, soltándose de un tirón—. Y, como me pediste que te explicara con precisión lo que quiero, te lo confesaré… ¡no lo sé! Por lo menos… —se mordió el labio inferior y con un gesto burlón alzó las cejas—. Sé lo que quiero hacer con mi vida, con mi futuro. Pero no entiendo mis sentimientos hacia…

—¿Hacia mí? —sugirió, ayudándola.

—Sí, correcto. ¡Mis sentimientos hacia ti! —Se ruborizó todavía más. ¿En qué líos se estaba metiendo con su torpeza? Pero, por otra parte, no merecía la pena fingir. Algo fuerte, misterioso y agobiante surgía en su interior y Emily siempre actuó con una sinceridad total. Quizá por tal razón siempre se consideró incapaz de resolver los enredos amorosos. Mascullar sus verdaderos sentimientos, por lo

general garantizaba que el hombre que los inspiraba saliera huyendo a todo prisa, para no regresar.

—Continúa —la urgió en un susurro.

—¡No sé cómo! No sé si sea posible sentir algo por… por alguien a quien apenas se le conoce.

—Nos formamos una opinión acerca de las personas que nos presentan en unos segundos. Nos caen bien o mal a primera vista. ¿Nunca habían experimentado algo igual?

—¡Claro que sí! —replicó, caminando hacia la ventana, con movimientos rígidos—. Malinterpretas mis palabras.

—¿Acaso te refieres a sentimientos *especiales?* ¿De atracción sexual?

—¿Te divierte humillarme, hacerme retorcer de vergüenza? —indagó, conteniendo el aliento.

—No —reflexionó Christian, parándose a su lado y destrozando la frágil compostura de la chica con su proximidad—. No, admiro tu franqueza, Emily…

—Mi madre dice que la sinceridad siempre da buenos resultados. Además… —de repente se puso a la defensiva—… me apena ser tan… transparente. Pero aun si cometí un crimen juzgándote… atractivo, hasta cierto punto… y no ocultándolo muy bien… eso no significa que intento permitir que ocurra algo entre nosotros…

—¿Te refieres a que no dormiremos juntos? —Aclaró con crudeza, burlándose de la torpeza con que ella se expresaba—. Yo tampoco me lo proponía. No se recomiendan las relaciones sexuales superficiales en esta época. ¿Y quién sugirió que *yo* pretendo que algo suceda entre nosotros, Emily?

—Entonces… ¿a qué viene este interrogatorio paternalista! —indagó acalorada. Sus entrañas se le anudaban sin remedio.

—A que tampoco soy inmune a tus encantos de adolescente, *ma mignonne*.

Ese murmullo irónico envió pequeños estremecimientos a todo lo largo de la espalda de la joven.

—No me catalogo como un santo, sólo un hombre normal, con sangre en las venas. Si la modestia me permitiera expresarlo, te confesaría que el dominio sobre mis pasiones se ha estado desmoronando bajo la presión de…

—¿Dominio de tus pasiones?

Girando, invadida por una ola de ira, olvidó todas sus inhibiciones. Alzó los puños para golpear a ese arrogante, para empujarlo y alejarlo de su lado, pero de repente la atrapó y la aplastó contra sí aprisionando sus brazos, inmovilizándola.

Retorciéndose furiosa, levantó la barbilla para lanzarle una mirada acusadora.

—Ocupas el primer lugar entre los más… vanidosos, chauvinistas, soberbios, arrogantes y…

Se percató de que se reía de ella, de sus intentos vanos por librarse de sus manos duras como el acero.

—Por fin me das una respuesta emotiva en lugar de una intelectual. Prefiero que saques estos complicados problemas del corazón a la superficie —bromeó, sin mostrar el menor arrepentimiento; sus blancos dientes resaltaban en su rostro bronceado y la cicatriz parecía desvanecerse cuando sonreía.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Para qué te diviertas al máximo? Eres el hombre más odioso que he conocido…

—Para que no haya malas interpretaciones, Emily, porque me gustas. Mucho. No quiero que regreses corriendo a Inglaterra la semana entrante porque nuestra relación se volvió demasiado… compleja. Esas ansiedades sexuales sofocadas empiezan a debilitar mis defensas, y créeme, *ma mignonne*, necesito que esas defensas se mantengan en su sitio con la mayor firmeza.

—No entiendo. ¿Qué me estás diciendo con exactitud?

Hablaba en inglés, pero de repente le pareció que él usaba un lenguaje oscuro que ella desconocía. Se sintió confusa, en parte por la furia que la sacudía, en parte por la nostalgia que le inspiraba ese cuerpo duro y musculoso, pegado de manera tan íntima al suyo.

Era una locura. En sólo cuarenta y ocho horas no podía fundirse en la personalidad de un desconocido, ahogándose en el torrente de sus propias, emociones…

—Te digo que me desgarro en dos direcciones opuestas, Emily —la voz contenía un caudal de ternura, semejante a una ruda caricia—. He descubierto que te deseo, *ma petite*, mucho más de lo que he deseado a una mujer, desde hace tiempo. En este, momento necesito con urgencia llevarte a mi dormitorio, quitarte la ropa y satisfacer los instintos carnales de poseerte… pero algo me indica que eres demasiado joven, demasiado… vulnerable…

—¿Quieres decir que te gustaría acostarte conmigo, pero que eso no significa nada? —Logró decir, con una temblorosa imitación de buen humor—. Realmente no me sorprende. ¡Apenas nos conocemos!

—No. Te equivocas. Si no significara nada lo que siento en este instante, no titubearía… porque entonces tú no representarías una amenaza. ¿Entiendes mi dilema?

Lo contempló sin comprender, moviendo la cabeza despacio. El corazón parecía salírsele del pecho, latiéndole desbocado.

—¿Cómo te sientes ahora? —susurró, estremecida.

—Como si fuera a explotar —admitió, con humor seco.

Ella se movió contra él de manera involuntaria y el calor se expandió por su cuerpo, conjurando una selección perturbadora de

imágenes y posibilidades que la sacudieron con violencia.

—Christian…

—Algunas veces la situación se sale de su cauce, con más rapidez de la que deseamos —persistió en voz baja. Le pasó las manos por la espalda, de arriba abajo, explorando las finas líneas de su figura; la engañosa fragilidad de su cuerpo. Murmuró una maldición y como si intentara convencerse, añadió ronco:

—Escucha, Emily, hay un millón de razones por las que esto es una pésima idea…

—No me digas —pretendió burlarse de él, helada. En lugar de ello las palabras se le escaparon, dejándola vulnerable y más confusa que nunca en su vida.

Su orgullo estaba en el suelo. La intensidad de sus sentimientos, le recorría las venas. Se sintió desprotegida, de manera abrupta y dolorosa.

Pasando saliva, convulsa, observó que la expresión de Christian cambiaba y que una mirada opaca, ciega, transformaba sus gestos. Las pupilas se le dilataron, oscurecidas por el deseo, clavándose en lo más profundo del alma de la joven.

—Emily…

—Yo… sé que es demasiado pronto… —se oyó musitar—. ¡Ni siquiera te conozco! ¡No me conoces a mí! Pero te juro que nunca sentí esto antes…

En su interior moría mil muertes diminutas. Soñaba. ¿Cómo podía ser tan destructiva, tan poderosa una emoción? ¿Qué estaba diciendo? ¿En qué se hundía?

—*Dieu*; Emily, hablas con la verdad. No me conoces… —gruño salvaje, apasionado, con la mirada fija en los labios entreabiertos de su compañera. Bajó la cabeza para besarla y la acarició con la mirada.

El beso lento exploró la boca, moviéndose con un ansia seductora sobre sus labios hasta hacerla perder el control. La tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio, recostándola con suavidad sobre el lecho.

Cuando se acostó a su lado, la apretó contra sí mientras nacía el deseo, explotando con tan feroz intensidad, que Emily sintió que el mundo giraba alrededor de ella. Se aferró a sus hombros, indefensa, tentó los fuertes músculos moviéndose bajo la camisa…

—Christian… —gimió ella, al mismo tiempo que su compañero le besaba las mejillas, los ojos, metiendo sus dedos impacientes en los suaves rizos dorados.

—Calla… —con un dedo le abrió los labios, delineando después la curva del cuello en V del escote de la blusa… Desabotonó las perlitas para descubrir el delicado encaje del sostén. Los pezones rosados eran visibles a través de la tela marfileña…

Introdujo las manos para tocar sus senos henchidos y ella jadeó sin

querer, cerrando los ojos cuando le quitó el sostén. Se sintió subyugada por la timidez; no pudo verle la cara, pero sintió que la miraba y sus pezones respondieron, aun sin que él los tocara. El cosquilleo doloroso se expandió e irradió todo su cuerpo.

Cuando Christian le acunó los senos, alisando los picos tensos con los pulgares, Emily abrió los ojos, impactada por la intensidad del placer. Con un movimiento automático, alzó los brazos para rodearle la espalda y acercarlo a ella.

—Emily, *tu es si belle*… tan hermosa… —inclinó la cabeza para tomar entre sus labios un pezón sensibilizado, rodeándolo con la lengua, hasta humedecerlo. Entonces repitió el deleitoso proceso con el otro.

—Oh, Christian… —suspiró, temblorosa. La pasión crecía, recorriéndola de los senos al estómago, calentándola hasta llegar a sus muslos. Sin pensar, trató de quitarse la falda, impaciente por sentir la piel de su amante.

—Tenemos demasiada ropa —murmuró él, con una risita quebrada. Se apartó un poco, desabotonó su camisa y luego se apoyó en un codo para pasarle la mano por el estómago y apartarle la falda, deslizando los dedos bajo la tela para descubrir el satén de la piel de los muslos.

Estremeciéndose, lo contempló, en una confusión de nostalgia y aprehensión. Los vellos oscuros del pecho manchaban de sombras los músculos de los pectorales, hasta el cinturón del pantalón. Con cada pequeño movimiento, otro conjunto de músculos parecía saltar, formando un relieve impresionante.

—Tú también eres hermoso —le sonrió, incierta, explorando su cuerpo hasta que lo sintió ponerse tenso y contener el aliento.

—*Emily*… —de repente, la urgencia sobrepasó esos lentos descubrimientos. Las suaves caricias con que tocaba sus muslos se volvieron más osadas, más íntimas. Con un gemido de sorpresa, la joven tembló sin control. Después, una emoción oscura la cubrió, al mismo tiempo que Christian la besó. Su lengua ahondó la exploración, exigiendo conocer los secretos de la boca femenina.

La joven apenas sabía qué sucedía. Acalorada, quemándose con emociones desconocidas, se retorcía bajo el cuerpo de Christian, quien, con cada nueva caricia, invadía lugares privados, enviando pequeñas explosiones a lo largo de sus nervios.

Cuando al fin el tiró al suelo la falda, junto con las medias de seda, disponiendo del resto de la ropa con la rapidez de un experto. Ella se quedó desnuda sobre la colcha, bajo el luminoso azul de su mirada, extasiada por el deseo, como para protestar.

—Te quiero, Emily… —esa afirmación comprendía todas las ansias del hombre—. Si tú también me quieres como presiento y no hay

manera de que puedas negarlo, *ma chérie*…

Su mano acarició la parte interna de los muslos, en el húmedo secreto de su intimidad, estremeciéndola, hasta que gimió con suavidad acercándose a él. La piel ardió. Alzando las manos introdujo los dedos en el cabello negro, espeso, sedoso. Entonces con un gruñido gutural de triunfo, él se movió para acomodarse en ella, hundiendo las manos entre las rodillas para elevarle las piernas y separándolas para poseerla, con la audacia del cazador que somete a su presa.

El fin sensual de su rendición la impactó. Emily emergió por unos segundos a la superficie de sus emociones. A través de las capas del deseo y del placer; surgió la pasión… y la necesidad de aclarar un tema que no había mencionado…

—Christian… no… ¡espera!

Con un beso tranquilizador, intoxicador, la silenció. Se estiró para sacar un paquetito discreto del cajón del buró.

—No te preocupes, Emily. No te pasará nada —le prometió con su voz ronca, teñida del buen humor—. Además, *ma mignonne*, soy un hombre sano….

—No… no es… no me refiero a… —indefensa, dejó que el ardor del hombre y su seguridad, sofocaran sus protestas. El mundo real desapareció. Sólo existió ese microcosmos, girando alrededor de ella y de Christian, y ese placer milagroso, deslumbrante y enorme, que creaba para complacerla.

Abrió su suavidad y luego, al fin la penetró, hambriento. Entonces, convulsa, le enterró las uñas en la espalda, apretando con fuerza sus músculos, para después oírse gritar. El gozo que la mareaba quitándole el aliento, la ahogó y le pareció tan sorprendente, tan intenso y completo, que durante cierto tiempo no pudo registrar lo que sucedía… hasta que captó a través de una niebla de sensaciones, que Christian había dejado de moverse.

Con un gemido, suspendió todo impulso y se quedó inmóvil. Respiraba con fuerza, sin ritmo.

—¿Emily? *Qu'est-ce qu'il y a*? ¿Qué pasa, cariño? —preguntó, suspirando cerca de sus labios, estremeciéndola con su voz ronca.

—Yo… —nada, no te preocupes, en serio… —se le atoraron las palabras en la garganta. El calor invadía todo su cuerpo, provocando un cosquilleo tibio en cada uno de los poros de su piel.

—*C'est la premiére fois*… ¿es tu primera vez? —Ese razonamiento se introdujo con lentitud en su propio cerebro. Gimió de incredulidad al erguir el torso, mirando el rostro pálido de la joven. Con mano temblorosa se tomó la cara y luego el cabello negro, apartándolo de los ojos, con expresión atónita—. ¿Por qué, Emily? ¿Por qué me escogiste a mí?

—Porque… porque yo… porque tú… —se retorció en la cama, en

un remolino de frustración y mortificación, con lágrimas derramándose por sus mejillas—. Oh, Christian, no sé… no sé… pero no te detengas… *por favor*, no te detengas en este momento.

—Te siento tan tibia, tan seductoramente tensa que no estoy muy seguro de poder detenerme, Emily… —bromeó tembloroso, inclinándose para besarle la húmeda frente, peinarle los rojos y rubios rizos y abrir un camino de besos tiernos, pacientes, sobre las sienes, las cejas, los párpados, antes de aprisionar la trémula boca, con un ansia que aumentaba—. *Tu es folle, chérie*, estás loca, cariño…

—Sí, debo estarlo… —suspiró, con risa ahogada. Después se enredó en él, agitada por la urgencia de su pasión, pegándose al otro cuerpo como una lapa, con los ojos cerrados con fuerza. La risa murió en el momento en que la tempestad se desató furiosa, con una violencia inexorable, sobre ellos.

La chica se movió en medio de la tibieza oscura de los brazos de su amante, igual que una víctima en estado comatoso, emergiendo del más largo sueño de su vida. Sintió la cabeza pesada; las piernas le temblaban. Un letargo lánguido invadía cada célula de su cuerpo. Llamando en su auxilio a cada gramo de energía que le quedaba, alzó la cabeza y se volvió hacia él.

—¿Duermes? —Era una pregunta innecesaria. La mirada azul la contemplaba, consciente, despierta.

—No.

—¿En qué piensas?

Hubo una breve, pausa. Christian soltó una carcajada ronca; después la oprimió contra él, poseyéndola con su tibieza perezosa. En un momento de su acto amoroso, apasionado e incontrolable, él la cubrió con las colchas. Así que la chica habitó un capullo secreto, cálido, en que nada en el mundo entero le pareció tan apropiado, tan correcto, como el instante que vivía.

—En cosas irrepetibles —le contestó, seco.

—¿Irrepetibles? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Más bien, ¿qué clase de pregunta es esa? —siseó, divertido, acariciándole el cabello para obligarla a apoyar la cabeza contra su pecho, encendiendo cien pequeños impulsos a través del cuerpo femenino, mientras Emily apretaba los senos contra su pecho—. Eres una ingenua encantadora, *ma mignonne*. Mis pensamientos, demasiado lujuriosos y depravados, no deben escucharlos tus oídos.

—¡Christian… por favor! —El suave reproche hizo que la estrechara con sus brazos.

—De acuerdo, te pido disculpas. ¿Quieres saber la verdad? Tengo pensamientos ilógicos, melodramáticos —se burló—. Pensamientos

extrañísimos, como “¿Quién eres?” “¿De dónde vienes?” “¿Dónde has estado?”.

—No te mofes de mí, Christian… —le rogó, poniéndose tensa.

—Desde luego que no —parecía contento, pasando sus manos por las curvas del cuerpo, enviando deliciosas reacciones a lo largo de sus nervios—. Es cierto. Hasta ayer por la noche pensé que conocía todas las respuestas. Ahora vago entre penumbras…

Moviéndose en los brazos de él y frunciendo el ceño, alzó la cabeza para verlo a la cara.

—¿En serio? ¿No te burlas?

—En serio —las pupilas masculinas tenían un brillo impenetrable que la confundió.

—Yo también me pregunto lo mismo —le confió inquieta, con el corazón empezando a golpearle las costillas, ante la maravilla de sentir ese cuerpo cubierto de vellos contra el suyo; reflexionar en la intimidad de esa situación—. Pero Christian, no importa lo que suceda… quiero que sepas que no me arrepiento de lo que… de lo que acabamos de hacer…

—¿No, Emily? —indagó después de un silencio—. Desearía que existiera la manera de garantizarlo.

Una punzada helada, un presentimiento sombrío opacó la luz del corazón de Emily por una fracción de segundo. Luego él, frío, retrocedió y ella rodeó su cuerpo con los brazos, sintiéndose más que feliz, femenina en extremo y satisfecha al máximo.

—No necesitas garantías —replicó con sencillez—. Las relaciones no se construyen sobre una garantía, ¿verdad?

—Tú —murmuró Christian despacio, levantándole la barbilla y contemplando el rostro, solemne—. Eres una persona poco común, Emily Gainsborough. No tengo idea de lo que pasa por tu cabeza.

—Me avergonzaría revelártelo en este momento —le sonrió, con las mejillas ardientes—. Podría escribirle a una de esas revistas de “Confesiones Verdaderas”, un artículo sobre “Cómo mi nuevo jefe me convirtió en una insaciable, en sólo cuarenta y ocho horas”. ¡Qué escándalo!

—Ten cuidado —le advirtió, ronco—. Esas indiscreciones harían que perdieras tu trabajo….

—¿Qué…?

—En lugar de mi secretaria, te convertirás en mi esclava sexual hasta septiembre…

Luchó por sofocar el desaliento que le provocó la mención de esa fecha límite. De hecho, no evitaría el fin de ese romance.

En septiembre se mudaría para trabajar en el Ministerio de Relaciones Exteriores, preocupándose por mantenerse soltera y con el corazón libre de compromisos para que la ascendieran con rapidez.

—¿Esclava sexual? No creo poseer los requisitos indicados.

—¡Yo diría que te sobran, mi dulce Emily! —exclamó. Nunca me había topado con esta multitud de aptitudes instantáneas. ¿Por qué tardaste tanto en descubrir los goces del amor?

—El sexo no te proporciona ningún placer si no lo practicas con la persona indicada —susurró, tímida e insegura de nuevo.

Estuvo a punto de agregar que el sexo carecía de sentido, a menos que representara una demostración física de amor… justo a tiempo detuvo esas palabras impulsivas, considerándolas afirmaciones locas… No podía hablarle a Christian Malraux de *amor*. No podía presionarlo inculcándole una sensación de culpa, responsabilidad o, peor aún, de *lástima*.

—La mayoría de mis amigas perdió la virginidad hace años —continuó con rapidez, apoyando su acalorado rostro contra el fuerte pecho de él, para ocultar su vergüenza—. Pero yo siempre quise encontrar a alguien que me hiciera vivir un momento… un momento muy especial…

—¿Y no te defraudé, Emily? —indagó con voz profunda, que le estremecía el corazón.

—No, me regalaste un momento *bastante* especial —indicó titubeante.

Él le sostuvo la mirada, estudiándola. Luego ella contuvo el aliento, con el corazón desbordante, cuando la apretó con fuerza contra su pecho, acariciándole la espalda, hasta posar sus dedos sobre la curva sedosa de su trasero.

—No puedo evitarlo —gimió, temblando de deseo—. Tenía la buena intención de llevarte a tu cuarto, Emily, de esgrimir cierto control…

—Debo irme —susurró, sintiendo que el calor explotaba entre los dos—. Me parecería muy… muy impropio que Lisette me encontrara aquí por la mañana…

—Como también resultaría muy impropio querer hacerte el amor de nuevo en este instante, Emily.

—¿Debo… debo irme?

—No… —rió—, quédate… quédate conmigo…

Emitió un sonido gutural al abrazarlo, fundiéndose en su tibieza y en la oscuridad de la habitación. La noche los rodeó, silenciosa y llena de misterios, como si el centro del universo de Emily se hubiera alterado en el espacio de unas cuantas horas…

Capítulo 5

—Alguien te llama por teléfono —le dijo Christian, tendiéndole el auricular, por encima del escritorio.

—¿Mi mamá… otra vez? —susurró, disculpándose. Desde que mencionó el incidente de Greg Vernon a su hermano Ben, hacía unos días, su madre le telefoneaba a intervalos regulares para asegurarse de que Emily seguía bien.

—No, una amiga. No me dio su nombre.

La joven tomó el aparato, recibiendo el impacto de la mirada azul con la misma emoción de los días anteriores, una emoción a la que empezaba a acostumbrarse. Dondequiera que estuvieran, sentía que él clavaba sus ojos en ella. En ocasiones detectaba una cierta ternura, como si los motivos por los que le había ofrecido su virginidad lo conmovieran y confundieran a la vez.

Emily también estaba confusa. Durante una semana existió en una especie de limbo, estudiando sus sentimientos en secreto, luchando por entender la fuerza de la atracción que Christian ejercía sobre su ser.

La primera noche, cuando hicieron el amor de nuevo, fue más maravilloso aun. Se despertó temprano por la mañana para observar la figura durmiente de Christian, recordando cada segundo del acto amoroso, con el corazón agitado… La había poseído unas horas antes, con un hambre salvaje, apenas diluida por la tierna dulzura con que la trató. Y ella le pidió que no se detuviera…

En silencio se deslizó fuera de la cama, recogió su ropa y se retiró al santuario de su propio cuarto. Se hundió en un baño perfumado, evaluando el dolor de su cuerpo… los sitios sensibilizados por el amor, que nunca soñó que existieran… y, sin embargo, percibiría la tibieza persistente de una satisfacción completa, que se extendía desde su centro hasta las puntas de los nervios…

No obstante, su propia cautela le impidió repetir la experiencia. No porque no quisiera… al contrario: lo deseaba… muchísimo, Pero entregarse a Christian la dejó con un sentimiento de vulnerabilidad imborrable. Si permitía que creciera, nunca se apartaría de su lado aferrándose a él como un títere, sin voluntad propia.

¡Y lo conocía tan poco! Aunque sabía que ese hombre jamás descubría sus verdaderas emociones y casi ningún detalle de su vida personal. De hecho, la primera vez que la llevó a cenar, ¿no le indicó que evitaba comprometerse en el plano emocional?

No la impulsó a compartir su cama, la trataba con reserva, contentándose con esperar a que ella resolviera el problema de sus relaciones. Pero la joven navegaba en un laberinto emotivo porque carecía de experiencia. No tenía la menor idea de qué seguía a las noches de pasión desenfrenada, e ignoraba si el comportamiento de

Christian era la norma a seguir.
Sólo admitía que la fuerza de sus sentimientos la asustaba.
En ese momento parpadeó y tomó el teléfono. El cosquilleo no cesó; siempre lo sentía cuando estaba a unos pasos de él.
—¿Hola? ¿Emily? —preguntó una voz. en francés—. ¿Me escuchas?
—Sí… ¡sí! —Reconoció a la persona que llamaba, a pesar de que hacía años que no se veían—. ¡Marianne! ¿Recibiste mi recado? ¿Te lo dio tu mamá?
—Sí —hubo una pausa. La chica esperó a que su amiga hablara. A través de la línea percibía una leve tensión—. Emily, debo verte.
—Desde luego. Planeaba que nos encontráramos para comer o algo semejante durante el fin de semana…
—No, mucho antes…
Marianne parecía nerviosa, extraña, casi enojada. Emily frunció el ceño.
—¿Marianne? ¿Qué te pasa? ¿Estás metida en algún problema?
—No podemos platicar por teléfono. Pero dime… ¿el hombre para el que trabajas es… Christian Malraux?
—Pues, sí… ¿por qué?
—Te lo diré cuando te vea —repuso Marianne, con una voz sin modulaciones—. Sin embargo, te aseguro que cuando oigas lo que te voy a contar, querrás buscar otro trabajo.
Emily colgó el auricular para descubrir que Christian la observaba, interrogándola con los ojos.
—¿De qué se trató todo eso? —indagó con pereza. Se apoyaba en su escritorio, con las manos en los bolsillos, tan atractivo que Emily, tuvo que aplastar la urgencia de echarse en sus brazos.
—No sé… ¿no importa si me tomo unas horas para comer con mi amiga mañana?
—Claro que no, Emily. No estás en una cárcel —encogió los hombros.
—¿La… la conoces? —se mordió el labio, dudosa—. Se llama Marianne Colbert.
Christian se quedó inmóvil.
El silencio pareció prolongarse para siempre. La joven distinguió los ruidos distantes del exterior: una carretera que se dirigía a las bodegas, las voces de los obreros. Pero la atmósfera de la oficina vibraba con una carga invisible de electricidad, que los aprisionaba en un vacío indefinible.
—¿Colbert? —repitió al fin—. Sí, conozco a esa familia.
El cinismo del tono la obligó a contemplar a su anfitrión con una confusión que aumentaba a cada momento.
—Christian… ¿hay algo… —pasó saliva para aclararse la garganta,

la cual se le cerraba por un mal presentimiento—… hay algo que deba saber?

—Eso depende del modo en que veas las cosas —respondió cortante, lanzándole una mirada penetrante.

—¿Qué sucedió entre tú y los Colbert? —persistió, nerviosa—. Se relaciona con… con la mujer del restaurante?

—¿Por qué no esperas unas horas? —Sugirió con rudeza, caminando hacia la puerta, sin detenerse—. Entonces oirás lo que tu amiga Marianne Colbert deba decirte.

Tensa por la inquietud, Emily contempló a su amiga por encima de la mesa. Se encontraron en un café, en una calle llena de árboles, de Saintes. Una taza de líquido oscuro humeaba frente a las jóvenes. Emily sorbió la suya, temblorosa.

—Es muy sencillo —repuso Marianne, con un abrupto movimiento para echar hacia atrás su cabello negro—. Trabajas para el más *grand*e bastardo de este lado de los Pirineos. ¡Qué terrible coincidencia! ¡Apenas me parece posible! No he dormido desde que mamá me llamó para comunicarme dónde estabas.

Marianne apenas había cambiado en los últimos seis años. Quizá sólo se había vuelto más elegante, delgada y sofisticada que nunca. Todavía hablaba con las manos, con ademanes rápidos, vibrantes y elocuentes. Descartó la admiración de Emily por su vestido pegado a su cuerpo, de tono azul marino, con una pañoleta de seda alrededor del cuello: el “uniforme” de la agencia de viajes en que laboraba.

Emily pensó que era extraordinario que platicaran como si jamás se hubieran separado, como si la ausencia nunca hubiera ocurrido. Acaso pasar cinco veranos juntas, en la edad formativa de la adolescencia, contribuyó a cimentar una amistad duradera…

Ahora sólo las separaba el misterio que giraba alrededor de Christian, al igual que una nube oscura.

—Tendrás que ser un poco más específica, Marianne —sugirió Emily con forzada cortesía. Por dentro hervía de furia sin dirigirla contra nadie en particular. Por lo tanto, solo destruía a su propia alma con esa confusión. El día anterior, su jefe le anunció en tono seco que asistiría a una cena. Desapareció antes de la comida y no volvió al castillo hasta después de que ella se acostó. Así que cualquier esperanza de que pudiera arrancarle la verdad, desapareció.

—¿Quieres conocer la historia completa? —preguntó Marianne, con un leve asentimiento de cabeza—. De acuerdo, la escucharás. En unas cuantas semanas, Christian Malraux destrozó a nuestra familia… desgarró nuestras vidas…

—¡Espera! —Emily puso con dedos torpes su taza sobre el plato,

provocando un ruido excesivo. Después fulminó a su amiga con una mirada resentida—. Eso me parece demasiado melodramático, Marianne…

—¿Recuerdas a Marie-Claire? ¿A Mathieu?

Desde luego Marie-Claire era la hermana de Marianne, cuatro años mayor; Mathieu su hermano, dos años menor.

—Por culpa de Christian, Marie-Claire trató de suicidarse —susurró Marianne, entrecerrando los ojos al evocar ese recuerdo—. Y también por su culpa, Mathieu pudo morir.

Emily se pasó los dedos por la frente, impaciente; temblaban, notó distraída. Levantando una ceja, trató de sonreír. Sintió que el estómago se le anudaba por el miedo.

—Me cuesta trabajo entenderte.

—De acuerdo. Nuestra familia y la de Malraux eran amigas. Viejas amigas. Marie-Claire se enamoró de Christian, pensando que él sentía lo mismo por ella, en especial cuando le pidió que se casaran. Pero en lugar de corresponderle, la despreció una semana antes de la boda. Mi hermana tomó una sobredosis de tranquilizantes… por fortuna, la encontraron antes de que muriera… y luego, Mathieu…

Emily entrelazó las manos sobre su regazo, apretándolas con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

—Continúa…—logró murmurar.

—Mathieu adoraba a Marie-Claire. Estaba tan indignado que fue a ver a Christian una noche, al castillo. Christian había estado bebiendo y condujo un coche en sentido contrario. Hirieron al chofer del otro vehículo y uno de los pasajeros se desmayó. Mathieu recibió un golpe en la espina dorsal, que le causó un daño irreparable. Ha estado confinado a una silla de ruedas desde ese entonces.

Casi sin darse cuenta, Emily empezó a negar con la cabeza. Una sensación helada, enfermiza, se extendía por su estómago, invadiendo su corazón.

—Marianne, comprendo por qué estás tan… amargada y furiosa. Pero no puedes creer que Christian hiciera tal cosa…

Su amiga la miró impaciente, por encima de la mesa del café.

—¿Por qué no? ¡Te juro que te digo la verdad! Todos, en un radio de diez kilómetros alrededor del *Château* de Mordin, conocen esa tragedia. ¿Por qué no preguntas?

—Porque conozco a Christian y…

—¡Lo conoces desde hace una semana! —Le replicó Marianne, desdeñosa, tamborileando sobre el mantel, con sus elegantes uñas pintadas de color de rosa—. Y… ¿cómo lograste conseguir ese trabajo?

—Por medio de mi maestro de francés, Jean-Paul Bernard, quien me daba clases en la universidad. Conocía a Christian Malraux… creo que me contó que tomaron un curso intensivo en Londres… ya sabes,

en uno de esos institutos en que te enseñan una lengua extranjera a todo vapor. De cualquier modo, le informaron que Christian Malraux necesitaba a una secretaria, mientras él regresaba de viaje, para encargarse de los viñedos del castillo. Y yo necesitaba un trabajo temporal para llenar el tiempo, antes de ingresar en la Embajada Inglesa en París, en septiembre. Así que mi profesor se encargó de hacer todos los trámites… pero escucha, Marianne, conozco a Christian y me parece imposible creer que…

—No lo estás defendiendo, ¿verdad? —La interrogó Marianne. Sus atónitos ojos café se estrellaron contra el rostro sonrojado de Emily. Un brillo de incredulidad iluminó las pupilas… y ahora fue el turno de que la francesa se sonrojara; una mancha roja pintó sus mejillas—. ¿Emily? ¿Qué te pasa? ¿Te gusta ese tipo? ¿Lo encuentras atractivo? ¿Ya iniciaste una *relación* con él?

Con un esfuerzo sobrehumano, la aludida le devolvió la mirada a Marianne. Siempre se había sentido menos sofisticada que su amiga, y nunca más inepta que en ese instante. El examen a que la sometió la otra muchacha la hizo encogerse en su interior.

—Eso no te importa, Marianne —replicó con callada dignidad, aunque su voz temblaba un poco al hablar.

—¡Ya la iniciaste! *Mais, c'est pas vrai! C'est pas possible*! —exclamó Marianne, contemplándola horrorizada, como si fuera un monstruo—. Reconozco que es muy guapo y que en el plano físico las mujeres lo consideran muy, muy atractivo, pero… vamos, Emily, escucha mis advertencias. No te conviene. No confíes en él, en ese mauvais caractère, en ese malvado. ¿Entiendes?

—No… no te imaginas cuánto siento oír lo que le sucedió a Mathieu —repuso Emily, evadiendo la interrogación directa de su amiga—. Y desde luego también a Marie-Claire. ¿Qué… quiero decir, cómo está ahora?

—Se casó con un banquero millonario —respondió Marianne, con sequedad, enojada por esa evasión intencional—. Viven en Jersey…

—Me alegra que sea feliz…

—¡Pero no gracias a Christian Malraux!

—¿Y Mathieu? ¿De qué manera se las arregla? —Se obligó a preguntar con calma, aunque por dentro se sentía devastada.

—Vive en casa, con papá y mamá —escupió Marianne, amarga—. ¡Imagínate! Cumplió veinte años y nunca será capaz de vivir como otros jóvenes. Durante dos años se le atrofió la mente… apenas podía hablar… —Marianne se inclinó hacia adelante, con la mirada conmovida—: Lo peor fue que Mathieu *idolatraba* a Christian… lo convirtió en su héroe: el aventurero, el viajero que explora lugares peligrosos y hace cosas excitantes. Quería ser igual a ese hombre cuando creciera; por tal razón, lo impactó la manera en que Christian

trató a nuestra hermana. Mathieu tuvo que aceptar que su ídolo tenía los pies de barro… el accidente automovilístico.

—Me pides que me lo imagine —afirmó Emily despacio con dolor —. Puedo imaginarme la amargura que sientes, pero los noviazgos se rompen, las relaciones te desilusionan por diferentes razones… los accidentes ocurren… sin que alguien sea culpable por el resto de su vida…

—¿Ah, sí? *Ecoute*, Emily, los Malraux siempre fueron más ricos que nosotros. Sin embargo, con todo ese dinero, el bastardo de Christian jamás nos ofreció pagar una compensación, ayudar a Mathieu económicamente… no le importó esa desgracia. Se mudó a París y viajó al extranjero para que nadie lo molestara… ¡hasta hoy! No puedo creer que haya tenido la desvergüenza de regresar a St-Pierre-de-Mordin. Y no puedo creer que tú estés sentada frente a mí… ¡defendiendo a ese hombre!

Emily no podía seguir oyendo ese torrente de frases acusadoras. Sentía que culpaban a un extraño, a un completo desconocido. Marianne calificaba a Christian Malraux como a la peor especie de bruto egoísta, vano, cruel…

No obstante, confiaba en él por instinto, con tanta profundidad que se le entregó, en el plano físico y en el emotivo, a las cuarenta y ocho horas de conocerlo…

No sólo se le entregó, casi se echó en su cama…

¿El amor la cegaba y la obligaba a malinterpretar la realidad? Por lo general, juzgaba de manera correcta a las personas guiándose por la primera impresión. Presentía si eran buenas o malas… Pero jamás cayó de manera tan radical bajo la influencia de un hombre. Nunca se le movió el tapete bajo los pies, olvidando sus valores morales en una sola noche. Nunca se le contrajo el corazón con una pasión devastadora en toda su vida…

Quizá debía achacárselo a la suerte… Christian dijo que su destino se encontraba muy lejos de esa parte de Francia. Esas fueron sus palabras la mañana que pasaron en la oficina… ¿acaso por la tragedia que ocurrió con los Colbert? ¿Por tal razón se mostraba tan ambivalente acerca de su futuro, de sus planes respecto al castillo y al hecho de permanecer en él.

Girando el volante para evitar chocar contra otro coche, Se sobresaltó con la bocina que bramó furiosa, dándose cuenta, con un estremecimiento de horror, de que había estado conduciendo por el lado equivocado del camino. Apartando de su mente esos pensamientos, se concentró en regresar a salvo al pueblito de St-Pierre de Mordin. Una vez en la plaza, estacionó el Renault y se bajó del vehículo, dirigiéndose hacia un pequeño café con mesas rojas. Necesitaba tiempo para recobrar la compostura antes de enfrentarse

ante Christian de nuevo…

Después de ordenar una limonada, se limpió las palmas de las manos en su falda y luego contempló los ramos de flores que crecían por doquier.

Una figura se acercó, cruzando la plaza. Se trataba de un hombre de cabello castaño que cargaba una mochila en la espalda. Al reconocerlo se sobresaltó y la preocupación la hizo olvidarse de todo. Greg Vernon se dirigía hacia ella. Una sonrisa quebró su rostro al ver a la chica. Emily no estaba segura de si la provocaba la diversión o la ira…

—¡Hola! —Le gritó, abriéndose paso entre las mesas—. ¿Te molestaría si me siento contigo?

—¿Acaso tengo otra opción?

—¡Claro que sí! No me gustaría aterrizar en el suelo de nuevo. Pero, gracias de todos modos.

Tomó asiento con cautela en una silla y le lanzó una mirada de duda.

—Estarás a salvo si te comportas como se debe —rió la chica.

—No hay problema. Te doy mi palabra de honor. ¿Amigos?

La chica encogió los hombros y asintió.

—Con una condición. No puedo pretender que te he perdonado por completo, pero estoy dispuesta a tratarte con educación si tú correspondes de la misma manera. ¿Encontraste otro trabajo en el pueblo?

—Sí. Ayudo en una granja en las afueras del poblado. Hay mucho que hacer con la fiesta que se aproxima… —sus ojos se clavaron en los, delgados brazos que mostraba la blusa sin mangas y movió la cabeza, azorado—. Todavía no puedo creer que me lanzaste por los aires. ¿No necesitas poseer *grand*es músculos para eso? ¡Pareces una pluma que se llevará el viento!

—Se requiere técnica, no fuerza. Yo creo que las mujeres deben saber defenderse.

—De acuerdo. Punto aceptado. ¿Qué haces aquí, tan sola? ¿Tomas un descanso para que no acabe contigo el "Gran Dictador"?

—Si te refieres a Christian Malraux, no le queda el calificativo.

—¿No? —El cabello castaño de Greg Vernon y su tez rubicunda le daban tan aire de inocencia, que le costó trabajo recordar que la había asustado, causándole miedo—. Oh, pues, supongo que las damas piensan de manera distinta.

Emily se quedó inmóvil. Indiferente, estudió el rostro de Greg a través de sus lentes contra él sol.

—¿A qué te refieres con eso? —indagó.

—Tengo informantes —le confió, torciendo la boca con travesura —. También pensé que Lisette me daría la oportunidad de… —se

detuvo para ordenarle una cerveza a la camarera, quien de repente apareció al lado de la mesa.

—¿Dónde conociste a Lisette?

—Aquí, en este mismo café. Buscaba trabajo y de pronto empecé a platicar con ella, igual que ahora platico contigo —soltó una risita lujuriosa que dejó helada a Emily—. Supuse que la había conquistado cuando me ofreció un empleo en el castillo. Pero me equivoqué; Parece que se enamoró de su jefe.

Emily comenzó a pensar que un duende malévolo la seguía ese día, desperdigando chismes crueles. Con el estómago contraído, bebió un poco de refresco y contempló a Greg con sus ojos de color avellana.

—¿Qué se enamoró…? —repitió con voz ahogada.

—Ella y Malraux son amantes. Debí adivinarlo. Una ama de llaves que vive en el castillo… quiero decir, ese trabajo es una farsa.

—¿Quién te dijo todo eso? —Le preguntó con mayor sequedad de la que planeó. No pudo evitarlo, como tampoco fingir una fría indiferencia.

—Lisette… ¿quién más? —El gesto de Greg cambió, convirtiéndose en una expresión especulativa—. ¿Qué te pasa, linda? —Se inclinó para pasarle un brazo por los hombros, haciéndola encogerse de indignación—. ¿Tú también sufres por él? Sigue mi consejo, bonita, y te ahorrarás muchas lágrimas: olvida a ese tipo. ¿Bebemos una copa juntos esta noche?

Casi ciega por el líquido que le humedecía los ojos, se puso en pie, quitándole el brazo de su hombro.

—¡No, gracias!

—¡Qué pena! Apuesto a que formaríamos la pareja perfecta.

Corrió a través de la plaza hasta su auto. La aterraba que las emociones la dominaran frente a Greg Vernon, que se regocijaba.

De regreso al castillo, al dirigirse desesperada a su cuarto, se topó con Christian, quien emergía de su apartamento. Ella todavía se protegía con los anteojos contra el sol.

La tomó por los hombros, interrumpiendo su huida y después de una larga pausa, le quitó los anteojos de la nariz para escudriñar los ojos enrojecidos por las lágrimas y la expresión de desesperanza. Su propio rostro era una máscara cínica, áspera.

—¿Algo te molesta, Emily? —inquirió con suavidad—. Permíteme adivinar lo que te ha desilusionado, convirtiendo tus sueños ingenuos en cenizas. ¿Ya oíste la historia del malvado y desalmado ricachón que condenó a Mathieu Colbert a vivir en una silla de ruedas?

Abrió la boca para replicar, pero contuvo el aliento cuando la puerta entreabierta del cuarto de Christian se abrió todavía más, para dejar que Lisette brincoteara por el corredor. Sonreía. Tenía el cabello despeinado, el lápiz labial le manchaba la cara y la sombra de sus ojos

verdes resaltaba contra la palidez de su rostro. Su vestido negro estaba desabotonado y el brillo divertido de sus ojos resultaba imposible de ignorar.

—*Bonsoir*, Emily —ronroneó, posando una mano sobre el hombro de Christian, de manera posesiva—. ¿Pasaste un buen rato en Saintes con tu gran amiga?

Emily sintió que todo su mundo se cubría de oscuridad y dolor Los últimos vestigios de color desaparecieron de modo abrupto de su cara al estudiar a Christian. Se volvió para irse, pero él le tomó el brazo, enterrando sus dedos en la suavidad de su piel.

—Emily, debemos hablar…

—¡Suéltame! —susurró, con la voz demasiado ahogada para descargar su furia confusa.

—¡Emily! —Su cara morena se transformó en una máscara feroz de emociones reprimidas.

—¡No me *toques*! —Su sufrimiento explotó en ira, al librarse de la mano que la detenía, temblando como hoja—. Dijiste que no te conocía… ¡es cierto! No te conocía… ¡no te conozco! ¡No quiero hablar contigo; ni siquiera quiero verte de nuevo! Debí estar *loca* al confiar en ti como confié, Christian…

Capítulo 6

Antes de que pudiera dar un portazo en las narices de Christian y poner el cerrojo, su anfitrión metió el hombro por la abertura y forzó su entrada, cerrando la puerta con un estruendo brutal.

Grave, observó la apariencia temblorosa de la chica. Avanzó un paso y ella preparó su defensa.

—No te acerques… —le advirtió con amargura, midiéndolo con los ojos brillantes por las lágrimas.

—No seas tonta, Emily. Sólo quiero hablar contigo —declaró, reduciendo el espacio que había entre ambos. Apretando los dientes, la joven lo tomó de la muñeca; la furia y la frustración la indujeron a tratar de aplicarle una llave de judo.

De pronto, descubrió que la dominaba. La obligó a girar sobre sí misma y le dobló el brazo por detrás de la espalda, colocándolo entre sus hombros. Después la apretó contra sí, manteniéndola en la misma posición para inmovilizarla. Esa confianza en su fuerza masculina la irritó al máximo.

—Te dije que conocía las artes marciales —murmuró Christian al oído de la chica. La suave voz estaba llena de burla— Ahora, ¿te calmaras?

—¿Calmarme? ¿Después del modo en que… en que me traicionaste? —Logró escupir. La proximidad de ese hombre, la tibieza de su cuerpo, causaban el caos acostumbrado en los sentidos Emily.

—Los acontecimientos ocurridos hace cinco años no pueden borrarse porque te hice el amor hace una semana, Emily.

Había un desagradable sarcasmo en su voz. Aflojó la presión que ejercía su brazo, pero la mantenía prisionera.

Se puso tensa y se retorció para librarse de esas manos. Retrocedió unos pasos y luego fijó su mirada en los ojos oscuros… con sólo eso su pulso se desbocó…

—No es… —a punto de expresar la conclusión a la que había llegado, se mordió un labio. De repente no supo a dónde se dirigían sus sentimientos. Asimiló la historia trágica y desagradable de Marianne, se sintió impactada, horrorizada, desilusionada… no obstante, retenía el presentimiento necio, absurdo de que, de alguna manera Christian no podía ser como lo pintaban; de alguna manera no podía ser la persona despreciable que indicaban los Colbert.

Sintió que se abría paso en un campo ver*bal* minado. Si mascullaba todo lo que contenía su corazón en ese momento, ¿no se exponía a sufrir más angustias y desilusiones? ¿No se pondría a una posición demasiado vulnerable?

—¿No es qué? —indagó, en un tono calculador. La mirada azul estaba cargada de un brillo que la joven no pudo descifrar. Se volvió para apartarse de él con toda intención, acercándose a la ventana

desde donde contempló el patio rodeado por los muros cubiertos de enredaderas—. Quizá podrías mostrarte un poco más específica —sugirió burlón.

—Necesito tiempo para pensar en lo que Marianne me contó —musitó al fin, con una vocecilla dura—. Me pareció… una historia muy triste… y que tú debías poseer tus razones para… para actuar del modo en que lo hiciste. Nunca juzgaré a nadie, pero… lo que ocurrió no varía un hecho. Lo siento me comporté como una… ingenua aquí. No me di cuenta de que iba a formar parte de un… ¡de un *menage à trois!*

—¿.De que ibas a formar parte de un triangulo amoroso? —Esa interrogación ahogada la obligó a girar para observarlo. La cara de Christian mostraba ironía—. ¿De qué hablas, Emily?

—De nada. No te preocupes, no tienes que darme por mi lado o burlarte de mí —logró mantener su voz bajo control, en un tono bastante agradable. Si dejaba que sus sentimientos la dominaran, ignoraba a qué profundidades la arrastrarían—. No me importa, de cualquier modo…

Un silencio tenso se prolongó entre ambos. La chica tuvo la impresión de que atrás de esos sarcasmos, Christian también sofocaba su irritación, o por lo menos restringía sus verdaderas emociones.

—¿*Qué* no te importa? —Las pupilas azules se clavaron en ella, mientras se le acercaba con precaución, como el cazador a su presa. Le pareció que la acechaba una pantera y que esperaba que ella huyera, igual que un animalillo asustado—. Contéstame, Emily. Lo que dices no tiene mucho sentido.

—Te involucraste con Lisette —asentó al fin, con una voz que no reconoció como suya, porque estaba impregnada de una delicada cortesía.

—Ah, así que es *eso* —sus ojos fijos la perturbaban—. ¿Celosa? ¿Posesiva? ¿A estas alturas del juego?

La muchacha le lanzó una sonrisa irónica.

—¿Celosa? No precisamente. Sólo que pisoteaste una serie de valores que tú, como resulta obvio, no tomas en cuenta. Pero, te repito, ya no me importa.

El rostro sombrío de Christian se le acercó. El extendió la mano para levantarle la barbilla con un dedo y Emily tuvo que apretar los dientes para disminuir la nostalgia que despertó con ese contacto.

—El veredicto que tienes sobre mi carácter me condena, ¿verdad, Emily? —inquirió con voz cínica—. Quizá te sobren las razones. Además, escuchar a Marianne, actuando de fiscal no debió ser muy agradable. Y por supuesto, a un hombre de mi calaña, culpable de crímenes contra la humanidad, no le preocupa una pequeña infidelidad, ¿no es cierto?

El suave salvajismo de esa voz varonil la hizo temblar.

—¡Claro que no! —repuso temblorosa, mientras algo moría dentro de ella—. Verlos juntos ahora… después de oír lo que Greg Vernon me cuchicheó al regresar de Saintes…

—Me preguntaba cuándo me referirías esa aventura —se burló con tranquilidad.

—¿Qué aventura?

—Conduje por el pueblo hace una hora y tú y Vernon platicaban con mucha intimidad en el café de la plaza. Te puso un brazo sobre los hombros, ¿no? Y en ningún momento se te ocurrió practicar tus artes marciales.

Emily se puso rígida. Sus ojos se fijaron en los de Christian, despidiendo un brillo amargo. Incrédula, se dio cuenta de que había cambiado la situación a favor de él. ¿Realmente la acusaba de mantener una relación con Greg Vernon a sus espaldas?

—No puedo creerlo —logró musitar, con aliento entrecortado—. Debemos poner punto final a este asunto. ¿Sospechas y… y celos y… y Dios sabe qué más… después de una semana de conocernos? No lo soporto.

—Te advertí que no compartieras tu corazón con nadie, Emily —la aguijoneó y esa pulla envenenada la hirió hasta lo más profundo de su ser. Para colmo, las lágrimas parecían quemar sus pupilas.

—No te vanaglories. Tampoco te lo di a ti —exclamó, con frialdad.

—Quizá no tu corazón —sin prevenirla y sin ninguna ca*bal*lerosidad, cerró el espacio que los separaba y le acarició la base del cuello; sus dedos dejaron unas marcas pequeñas y delicadas, un estremecimiento dorado recorrió la espalda de la joven—. En respuesta, pero me entregaste algo más… ¿más peligroso?

—Christian, no te comportas con justicia —el temblor la consumía Los sentimientos que él provocaba, nublaban su cerebro, impidiéndole pensar con claridad.

—¿Por qué debo ser justo —siseó, sujetándola, deslizando sus manos por debajo del fino algodón de la blusa—, cuando resulta mucho más efectivo jugar sucio?

—Me pareces despreciable… —protestó, orgullosa.

—¿En serio? —Ironizó sin arrepentirse, gruñendo contra la boca de la joven, antes de cubrirle los labios con los suyos.

El beso, profundo, explorador, irresistible, la estremeció. Él tocó los pequeños senos erguidos, que acunaba en sus manos, apartando la protección de encaje del sostén para volverlos más vulnerables.

—En cambio tú me pareces… deseable.

—Christian… —jadeó el nombre mientras la cargaba, echándola sin ninguna ceremonia sobre la cama. Se recostó a su lado—. ¡Detente en este instante…!

—Me aseguraste que jamás te arrepentirías de haberme ofrecido tu virginidad, Emily —se arrancó la camisa, pasándola por encima de su cabeza. Después aplastó a la chica con su torso musculoso, con tanto engreimiento, que le cortó el aliento—.Entonces, ¿por qué te sorprende que ansió repetir esa experiencia? ¿Que quiera más?

—No hay nada más —le dijo, con voz ahogada y furiosa, poniéndose tensa al mismo tiempo que los dedos expertos de Christian abrían un camino para explorarle los senos desnudos. Después levantó la falda hasta las caderas, con la osadía de un pirata—. Por favor…

Todo su cuerpo se derretía. Su cerebro gritaba de furia, pero su cuerpo traicionero se fundía, se quemaba, ardía bajo el fuego de esas caricias. Lo miró a los ojos, leyó el mensaje oscuro, peligroso del deseo y la sacudió una combinación letal dé ira y pasión.

No podía pensar, mucho menos razonar. La única realidad que existía era esa emoción pantanosa en la que se hundía. Para evitarlo le enlazó el cuello, sumiéndose en las profundidades de los ojos de él, intentando controlar esas sensaciones.

—¿Por qué te molestas en rogarme? —siseó, suave, burlándose de sí mismo—. ¿No te explicó Marianne Colbert que no tenso conciencia, que no debes confiar en mí?

—Me explicó muchas cosas… —Emily se arqueó de manera involuntaria, conteniendo el aliento, mientras las manos exploradoras se volvían más exigentes, descubriendo la humillante intensidad de la excitación de la chica, en las tibias y secretas cavidades de su cuerpo —. ¡Ay, Christian, esto no está bien…!

—¿No? Y sin embargo, se siente tan bien… ¿verdad, Emily?

La pasión la doblegó sin previo aviso. Cerró los ojos y cayó en el pozo interminable de un deseo oscuro, de emociones desenfrenadas y una gran nostalgia…

Su boca se fundió en la de él, sus curvas se enredaron en los duros y ágiles músculos de Christian. Dejó de luchar y lo apresó en sus brazos, escuchando los ruiditos que ella misma emitía, al mismo tiempo que las sensaciones se tornaban irresistibles, a lo largo de su cuerpo.

—Ah, sí… ¡sí! —La aceptación escapó de sus labios, arrancándole un gemido de triunfo a su amante.

—Repítelo —le susurró, ronco—. Dime que me deseas, Emily, que confías en mí lo suficiente como para permitir que te haga el amor, *ma mignonne*…

—Te deseo —jadeó, con la mente en un caos y el corazón estallando en su pecho—. ¡Qué Dios me ayude, Christian, quiero que me ames!…

El susurro pareció flotar en el doloroso silencio que siguió. Estremeciéndose y temblando en la prisión de los brazos de él, empezó

a captar, de manera vaga y distante, que parte de la violencia y la agresión habían desaparecido, que Christian sofocaba con toda intención el calor salvaje que ambos generaban.

—*Merci*, Emily… —murmuró con palabras entrecortadas. Una ola de rubor le bañó la cara al percatarse de que él retrocedía… de que a pesar de la evidencia avasalladora de su excitación física, se frenaba para no llevar a cabo el acto de posesión por excelencia. Parpadeó, atónita.

El sudor perlaba la frente de Christian y la tensión marcaba los músculos en los hombros y brazos, al separarse de la joven.

—¿Hiciste esto a propósito? ¿Lo planeaste con el fin de… de *humillarme*? —musitó, indignada. Temblaba de la cabeza a los pies, encogiéndose a la defensiva mientras él se apartaba decidido, recostándose boca abajo. Respiraba agitado; posó su frente sobre los antebrazos, luchando por recobrar el control de la situación.

—No —alzó la cara y se apoyó sobre un costado, estudiando el rostro desesperado de su compañera. De repente una sonrisa brillante distendió sus facciones y estiró una mano temblorosa para acariciarle la mejilla con el dorso de los dedos. El corazón de Emily se contrajo, a pesar de su agudo resentimiento y frustración—. Pero no me digas que no quieres verme de nuevo porque explotas como un volcán cada vez que te toco…

—Una buena relación no se basa en la *lujuria*.

—Si deseamos tener cualquier clase de relación, Emily, necesitamos hablar y no podemos hablar mientras tú me lanzas acusaciones.

—No puedo hablar sobre nada hasta que me vista —replicó, con las mejillas ardiendo de vergüenza, mientras buscaba algo con que cubrirse.

Su bata estaba colgada detrás de la puerta. Con un resto de dignidad logró levantarse de la cama para correr a tomarla. Al ponerse la prenda de seda, color salmón, sintió que recobraba un mínimo de respeto.

—¿Y qué demonios te hace suponer que podemos hablar, sólo porque acabas de demostrarme otra vez tus técnicas de Casanova? —Estaba a punto de llorar… ¿acaso porque despreciaba su propia vulnerabilidad? ¿O porque a Christian no pareció aplastar el deseo, a tal grado que debiera dejar que las cosas llegaran a su conclusión natural? No sabía qué le dolía más, qué la confundía o molestaba con mayor agudeza.

Y, además de todo, él ni siquiera había negado su relación con Lisette, ¿verdad? Sólo aceptó que era capaz de cualquier bajeza…

—Por lo menos no tratas de arrojarme a través del cuarto —sonrió, con aspereza.

—Cierto. Pero sólo porque *también* en eso me superas —replicó con amargura. Sin pensar, permitió que sus ojos recorrieran la figura viril. Pasando saliva, lo miró a los ojos. Se burlaba de ella en silencio, sin preocuparse por su total desnudez—. No quiero hablar contigo —recalcó, temblando por dentro—. Así que te pido que salgas de mi habitación y me concedas un poco de privacía. ¿Acaso exijo demasiado?

Encogiendo los hombros, su anfitrión se puso en pie, recogió su ropa y empezó a vestirse, sin ninguna prisa.

—Haz lo mismo, Emily, para que nos vayamos a un sitio en que podamos concentrarnos en la plática.

—¡No en frente de ti! ¡Lárgate!

—A mí me parece que no hay mucha diferencia entre darme permiso de que te quite la ropa y en que te la ponga, *ma mignonne*.

Antes de que entendiera lo que él intentaba, la agarró de la mano y la acercó a su torso. Bajándole la bata por los hombros, la echó sobre la cama, apresando su boca y callándola con un beso profundo, erótico.

Emily empezó a patalear con violencia, defendiéndose; pero dejó de moverse cuando la oprimió contra sí, pues no importaba cuánto lo odiara, ese contacto íntimo volvía a encenderle los sentimientos apenas dominados hacía unos cuantos minutos.

—Mucho mejor —murmuró con un seco sentido del humor, tranquilizando a la joven con extraordinaria facilidad—. Retorcerte de esa manera garantizaba que hiciéramos el amor…

—¡Eres detestable! Si crees que me quedaré aquí para que me trates de ese modo…

—Calla… no te trato tan mal —bromeó con voz ronca—. Además, tu francés mejora, conoces esta, región y, si juegas tus cartas con habilidad, hasta lograrás que tu jefe te conceda ciertos privilegios…

—O podría exponer mi caso ante una corte judicial por… por acoso sexual…

—¿Y qué tal si contestó la demanda y te acuso de lo mismo?

Furiosa, observó cómo él pasaba su braga de encaje por los tobillos, subiéndola. Después la obligó a ponerse en pie, para abrocharle el sostén con hábil rapidez. Temblando sin control, descubrió que el poder de luchar contra ese hombre la había abandonado.

El comportamiento de Christian era el resumen desvergonzado del machismo, pero al mismo tiempo lo exhibía con una soberbia innata, agobiadora, que desplegaba ese ritual íntimo, incitándola a contemplarlo pasmada, con la boca abierta. Lo deseaba y… lo deseaba de nuevo.

—Necesitamos hablar, pero no aquí. Necesitamos cambiar de

escenario. Las camas constituyen un peligro mortal cada vez que estamos juntos —afirmó él con voz titubeante, demostrándole con sus pupilas dilatadas que también lo embargaba esa pasión renovada. Tomando la blusa y la falda se las tendió de manera abrupta, antes de volverle la espalda—. Desde que te conocí, tengo la impresión desagradable de que ya no manejo mi propia vida —y agregó, con una nota más firme—: Siento que debo abrirte el alma, Emily, por algo más que una mera atracción sexual.

—¡Una *mera* atracción sexual! —¿Así catalogaba ese caos emotivo, que descendía a profundidades sin fondo? En cambio ella… ¡tenía la psique destrozada por la fuerza de la última explosión sensual!

Una vez vestida, se miró en el espejo y la invadió una leve vergüenza. Contempló su cabello despeinado, sus labios hinchados y las ojeras que resaltaban contra la palidez de su rostro. Igual que Lisette hacía un rato… Una punzada de dolor la tomó por sorpresa: casi gritó de desilusión.

—Necesito lavarme la cara y peinarme —anunció, cortante—. Te… te buscaré abajo, en la oficina.

—*D'accord* —asintió, midiéndola con dureza. Salió del cuarto y a Emily se le doblaron las rodillas por el alivio. La presencia de Christian representaba una fuerza potente; ahora que se había ido le pareció que acababan de llevarse a un generador eléctrico.

Con furia se echo agua en la cara y levantó los ojos hasta el espejo, temiendo lo que vería. ¿Se había enamorado de Christian Malraux? ¿Era posible enamorarse de alguien en una semana? Muchas personas afirmaban que se enamoraban a primera vista. Recordó la sensación que la invadió al sentarse en el auto, al lado del francés, aquella primera noche… el ansia de que fuera su primer amante… como si no le importara morir por él, como si el mundo fuera a cesar de girar si no pasaba cada minuto de su existencia con ese hombre.

Contuvo el aliento al morderse un labio, con la mente confusa. No pudo ser tan idiota, ¿verdad? Pero…

Si estaba enamorada, no podía quedarse allí; no después de todo lo que había sucedido. Sin embargo, no huiría para no sentir que fracasaba en todos los sentidos. Además, no encontraría de inmediato otro trabajo temporal en Francia, y debía mantenerse durante el resto del verano…

Si regresaba a su hogar, su padre y Ben la acogerían con brazos protectores, diciéndole que era una niñita y que no debía soñar con iniciar una carrera internacional…

Ese último pensamiento reforzó su determinación. Se quedaría. Encontraría la fuerza necesaria para aplastar la humillante obsesión que Christian le inspiraba… clavó los ojos en el espejo… ¿a quién engañaba? Aun si alguien le amenazara con un cuchillo, ordenándole

que se fuera, no le obedecería. En ese momento sus sentimientos semejaban a una polilla atraída por la luz de una vela. Existían demasiados misterios, demasiadas incógnitas que su corazón necesitaba analizar.

Se quedaría.

Christian telefoneaba cuando al fin entró en la oficina. Su rostro lívido mostraba la cicatriz de la mejilla. Colgó justo en el momento en que la joven penetró en el cuarto.

—Viajaré a París —le indicó abrupto enderezándose—. ¿Crees que puedas encargarte del castillo durante mi ausencia?

—Pues… —titubeó unos segundos. Después suspiró, impaciente—. Sí… sí, claro que sí. ¿Por qué te vas?

—Le dispararon a uno de mis amigos. Lo internaron en el hospital y está muy grave.

—Lo siento… —¿a qué podía achacar ese vacío en su estómago? ¿A la ausencia de Christian?—. ¿Qué sucedió? —Le inquirió.

—Cubría una noticia en Colombia, una historia que yo empecé antes de venir acá —repuso, con voz baja. Se pasó una mano cansada por el cabello que caía sobre su frente—. ¡Merde! Me siento responsable de ese accidente —le lanzó una mirada angustiada a Emily—. Marc tiene esposa, un bebé… Hubiera sido mucho mejor que a mí me hubiera tocado esa *bal*a.

—¡No digas eso! —Le ordenó, disgustada. Todas sus esperanzas de controlar sus emociones se desvanecieron en el aire. Se le acercó impulsiva y le tocó el brazo—. Tu vida vale tanto como la de tu amigo.

—¿Así lo crees?

—¡Christian!

—Algunas veces pienso que tengo la suerte del demonio —le confesó. El dolor que reflejaban sus ojos azules le contrajo el corazón —. Me imagino que al final pagaré el precio de escapar sin un rasguño, de tantas tragedias. Quizá pierda el paraíso como cuando se cometió el pecado original.

—Deja de mascullar tonterías —le pidió con suavidad, rodeándole el cuello con sus brazos y acercándose a él. Un instinto poderoso desataba un torrente de emociones dentro de su ser—. Tu amigo se repondrá, lo presiento. Y tú… ¡no te consideres un gato con nueve vidas!

Christian inclinó la cabeza para contemplarle la cara. La enmarcó con sus manos, acariciándole las mejillas con sus hambrientos dedos hasta llegar a los lóbulos de las orejas.

—Ven conmigo, Emily —susurró, conmovido.

—¿A París? —Lo observó sin comprender y luego negó con la cabeza, vehemente—. ¡No! ¡Oh, no! —Trató de seguir negando, pero

la fuerza de esas manos seductoras la doblegaban. Requirió cada gramo de voluntad para oponerse.

—Te aseguro que respetaré las bases platónicas que sentemos —le ofreció una mala imitación de una sonrisa— Hay cuatro dormitorios en mi apartamento. Puedes dormir sola… en cualquiera de ellos… si así lo deseas.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que te acompañe? —susurró, ronca.

—Porqué me agrada tu compañía… porque me gustaría conocerte mejor.

La chica se aclaró la garganta. De repente, ansió confesarle que sentía lo mismo que él, pero los acontecimientos ocurridos en las últimas doce horas la volvieron cauta.

—No podría. No puedo —contestó, rígida, sofocando el temblor que la estremecía por dentro—. Necesito tiempo… tiempo para entender lo que me pasa.

La soltó con lentitud, clavando su mirada en el rostro sonrojado de la joven.

—*Bien sûr. Entendu*, Emily. Te llamaré mañana desde París —se volvió y caminó hacia la puerta; la posición de sus hombros indicaba que no lo atormentaba ni la desilusión, ni la emoción—. Cuídate —agregó, con una sonrisa sarcástica.

—Sí, cerraré la puerta con llave cuando tome un baño —ese intento de bromear cayó como una piedra en medio de esa atmósfera tensa.

—Hazlo —le aconsejó, endureciendo el tono de voz. El brillo de desaprobación glacial que le lanzó, envió un estremecimiento de aprensión a lo largo de la espina dorsal de la chica.

Con las manos apretadas, contempló la puerta cerrada durante largo tiempo después de que él se había ido.

Capítulo 7

—¡No puedo creer que sigas trabajando con ese tipo! Toda mi familia está azorada —la voz de Marianne contenía una nota acusadora que le llegó por la línea telefónica—. La tía Minie lo vio en el restaurante del pueblo. Ella y mi tío se levantaron de la mesa y salieron de ese lugar…

Emily sintió que la paciencia se le acababa. Cuando Marianne la llamó para lanzarle una barricada de protestas recién acuñadas, trató de mantener la calma, pero sus buenas intenciones empezaban a desvanecerse. Aspiró hondo, controlando su ira y contempló por la ventana, sin fijarse en algo en particular.

La tía Mirrie. Eso aclaraba el misterio de la matrona robusta, enfundada en un vestido rojo, reflexionó, apretando el auricular con más fuerza. Decidió no contarle a Marianne que había presenciado la partida de la tía Mirrie en asiento de primera fila.

En lugar de ello, escuchó a su amiga escupir su amargura, frunciendo el ceño en silencio mientras observaba el patio. La paz habitual del castillo se había roto con los preparativos del baile al aire libre que pronto tendría limar. Un ahilera de foquitos colgaba de las paredes y Greg Vernon le ayudaba al carpintero de la localidad a supervisar la construcción de un estrado para la orquesta. Como la mala moneda, el inglés aparecía donde menos se le esperaba.

—¿Emily? ¿Sigues allí? —La voz de Marianne adquirió un tono más agudo.

—Sí, aquí estoy. Escúchame, Marianne. No importa quién cometió tal o cual error, la tragedia de Mathieu ya ocurrió y nada puede cambiarla. Aun si Christian es culpable, como tu pretendes, ¿no preferirías olvidar tanta amargura? ¡Lo tratas como a un leproso!

—Y tú… parece que no lo consideras *culpable*.

—No me ha dicho nada de este asunto. Está en París…

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Fue a visitar a un amigo al hospital —repuso Emily, sofocando su enojo.

Hacía varios días que Christian estaba ausente. Le telefoneó apenas llegó, para informarle que su colega, el periodista, todavía seguía en Cuidados Intensivos, pero sanaría. Se aseguró que a la esposa y al hijo de su amigo no les faltara nada y prosiguió con los negocios que debía resolver en París. Desde entonces no volvieron a hablar.

A pesar de que esa plática poco emotiva tocaba el pasado oscuro de Christian y de que todavía no aclarara la relación que él sostenía con Lisette, Emily no podía aceptar la versión de Marianne sobre la moralidad de su jefe. Parecía que un bloqueo mental le impedía tomar tales acusaciones como ciertas. La sorprendía su propia terquedad… nunca pensó que le encantaba sufrir…

Asqueada, Marianne soltó una expresión francesa inconfundible.

—¿Crees que te contará lo que sucedió… toda esa tenebrosa historia? ¡Qué ingenua! Te convertirás en arcilla en sus manos. *Ecouté, ma pauvre petite*, escúchame. Si pudieras ver a Mathieu… Desde que oyó que Christian había regresado, casi no ha podido dormir. Su presencia ha despertado terribles recuerdos… antes, se sobreponía a su enfermedad bastante bien… hasta se consiguió una novia. Jeanne, su prometida, lo adora. Pero ahora ya no quiere hablarnos, ni quiere probar bocado. Se encerró en un mundo propio. Tiene la mirada extraviada. Quizá Marie-Claire rehízo su vida; pero, ¿qué posibilidad tiene Mathieu de lograrlo?

—Mira, Marianne… —Emily se mordió un labio desesperada, con el estómago contraído—. ¿Por qué… por qué no traes a Mathieu aquí? De hecho, ¿por qué no asisten al gran baile del sábado por la noche? Todos ustedes, tus padres, Mathieu…

—¿Estás loca o qué? —masculló Marianne, furiosa.

—No, no estoy loca. Habrá mucha gente y tú tienes la excusa de que quieres renovar nuestra amistad para venir. Quizá exista la oportunidad de que se reconcilien…

—¿*Reconciliarse*? ¿para qué querríamos reconciliarnos con Christian Malraux, Emily?

—Para no sufrir con el odio y la amargura que llena sus vidas, con la hostilidad que sofocan, con sus rencores enterrados. Todo eso me parece malsano. Deben sacarlo a la superficie y resolver el problema de una vez por todas. No me gusta que las personas que aprecio se destruyan…

Hubo una larga pausa. Al fin, Marianne preguntó, despacio:

—¿A qué personas aprecias? ¿A Christian? ¿A *él*?

—Yo… —Emily sintió que su corazón se hundía al enfrentarse a la verdad. Sí, admitió en silencio. No sólo lo apreciaba, lo amaba… También lo admitió, aunque esa emoción se desvaneciera en el futuro. Ese deseo mutuo era demasiado ardiente para durar…

—¿Habrá mucha gente en el *grand bal*? —inquirió Marianne, con voz dura—. Yo no estaría tan segura. Cuando la tía Mirrie termine de hablar con los buenos habitantes de St-Pierre-de-Mordin, me sorprendería mucho si asistieran más de diez personas, Emily.

—Por favor, ven —insistió Emily, con dulzura—. Me encantará verlos a todos de nuevo…

Otra exclamación de asco anunció que Marianne colgaría el auricular con fuerza. Despacio, Emily hizo lo mismo, contemplando el teléfono durante largo tiempo, antes de fijar su atención en el procesador de palabras.

Trabajaba en el archivo cuando Greg Vernon irrumpió en la oficina. Estaba lleno de polvo, vestido tan sólo con pantalón corto de

mezclilla, que dejaba ver los respetables músculos de su torso. Se acomodó en la orilla del escritorio, deslizando los ojos sobre la figura femenina.

—¡Hola, preciosa! Estoy por ir a tomarme una cerveza fría al pueblo. ¿Quieres acompañarme?

—Lo siento. Tengo mucho trabajo —replicó con aspereza, pasando frente a él para sentarse en una silla—. Además, me parece recordar que Christian Malraux te corrió del castillo y te ordenó que no regresaras.

—Soy empleado del carpintero de la localidad, no del poderoso Malraux —se mofó Greg, sin arrepentirse de nada—. También quiero aclararte que no puedes mandarme como a un lacayo, corazón —sonrió de buen humor—. Vago por Europa para divertirme durante el verano, pero en nuestra patria estudio sociología. Poseo tanta materia gris como tú; así que trátame con más respeto.

El teléfono sonó. Lanzándole una mirada asesina a Greg, la joven alzó el auricular. La voz profunda de Christian la obligó a enderezarse en su silla. Había pensado en él con tanta nostalgia que se preguntó si lo conjuró por telepatía.

—¿Emily? ¿Todo está bien?

—Sí… pues… ¡no! —Con un movimiento involuntario metió los dedos en sus rizos despeinados, para después deslizar su mano temblorosa por el rostro. Una ridícula mezcla de excitación y placer, rencor y aprensión la invadía al oír esa voz. Intentó controlar la confusión que la ahogaba, mientras su corazón saltaba como un loco.

—Vamos, Emily, ven conmigo para que tomemos una copa, linda —repuso Greg, casi a gritos, colgándose detrás de la joven. Le rodeó la cintura con los brazos, oliéndole el cuello. Ella, con un chillido sofocado, se levantó y lo empujó, furiosa.

—¿Quién demonios está allí? —indagó Christian, en un tono más duro que el acero.

—Greg… ayuda en los preparativos para el *grand bal* —repuso de prisa, disparando un golpe a la mandíbula del aludido, y sintiendo que lo conectaba con una punzada de triunfo. La protesta de angustia fingida del intruso la molestó demasiado.

—Apuesto a que ayuda muchísimo —ironizó Christian—. Sólo recuerda que te pago para que mecanografíes mis cartas y hagas llamadas telefónicas, no para que pierdas el tiempo coqueteando en la oficina o saliendo a tomar una copa durante las horas de trabajo. ¿Entiendes, Emily?

—No, no del todo —respondió, rígida por la ola de furia que la cubría—. Tenía la impresión de que mis deberes abarcaban algo más que mecanografiar y llamar por teléfono, señor Malraux.

—¿Quién le dio esa idea, *mademoiselle* Gainsborough?

Ese sarcasmo helado la hirió hasta el fondo del alma.

—¿*Christian*…? —Furiosa escuchó el corte del otro lado de la línea. ¡Era la segunda persona que le colgaba en menos de una hora! Puso el auricular en su lugar con mucha violencia y se volvió hacia Greg para descargar su ira. Su visitante se recargaba en la puerta, alzando las manos en señal de rendición.

—Lo siento. ¿Provoqué una riña?

—¡Lárgate! —Le ordenó, temblorosa—. Y no te acerques aquí, por favor.

—Lo que tú digas, Emily —se burló. Lo observó salir al sol que iluminaba el patio y caminar en línea recta hacia Lisette, quien bebía una limonada, dirigiendo a los obreros con un aire insoportable de superioridad. Greg Vernon se había vuelto más irritante que una patada en el trasero, pensó Emily, hundiéndose en la silla. Pero Christian no se quedaba atrás, comportándose de esa manera arrogante, insufrible y egoísta.

¡Y ni siquiera le dijo cuándo regresaría!

Poco después, Lisette le anunció que iría con Greg al pueblo. Emily se refugió en su cuarto y después de bañarse, se puso una bata y empezó a escribir tarjetas postales a sus padres y amigos.

Pero no podía concentrarse. Pensaba sin cesar en su relación con Christian en el baile del sábado… y en Mathieu, Marianne y el resto de la familia Colbert…

Inquieta y hambrienta, se puso un pantalón de mezclilla y una blusa sin mangas para bajar a la cocina. Como no había señales del regreso de Lisette, sacó una costilla de ternera del refrigerador y la puso en una sartén para asarla.

Empezaba a comer su ensalada, cuando escuchó un chirrido de llantas en el patio. El corazón se le detuvo en el pecho: había reconocido ese sonido. ¡Christian había regresado!

Apareció en el quicio de la puerta unos segundos después, contemplando la escena en medio de un silencio sarcástico. Para tal razón, Emily tuvo que aplastar el tonto placer que la invadió al verlo.

—¡Hola…! —Lo saludó, manteniendo la voz fría por cautela.

—Me atrajo el olor de tu cena —murmuró, sin sonreír—. ¿Hay para dos?

—Sí… desde luego —agitada, pero decidida a no demostrarlo, agregó una segunda chuleta a la sartén—. Aunque no estoy segura de que me pague por prepararle su comida, *monsieur* Malraux.

—Y yo ni siquiera estoy seguro de qué pago el sueldo que recibes —repuso, dejándose caer en una silla cerca de la mesa. La contempló con una mirada dura, con un aire de fatiga que la conmovió—. ¿Dónde está tu amante, el inglés? Supuse que le estarías preparando la cena en este momento.

—Quizá lo hubiera hecho —afirmó—. Pero estaba exhausta después de las orgías en las que he participado desde que te fuiste a París. Así que, para variar, Greg salió con una de mis substitutas, Lisette.

Aunque trató de agobiarlo con sus sarcasmos, no fue capaz de ocultar la amargura que se filtraba en su voz.

—Por lo menos aclaremos una cosa —murmuró Christian, lacónico, entrecerrando sus ojos azules—. No duermo con Lisette, ni tengo deseos de dormir con ella.

—Entonces, ¿qué hacía en tu apartamento aquella noche, cuando regresé de Saintes?

Al cabo de una pausa pequeñísima, Christian comento, con aspereza;

—No dije que Lisette no tuviera deseos de dormir conmigo.

Emily sintió que la furia le enrojecía el rostro.

—¿Insinúas acaso que se echó en tus brazos, impulsada por una pasión no correspondida?

—¿No es lo que sucedió, más o menos, entre tú y Vernon?

No podía soportar el brillo despectivo de sus pupilas azules. No la consideraba *inocente* por haber descubierto que hablaba con Greg en la oficina. Pues bien, también tenía su orgullo y no le rogaría que le creyera…

Escucharon un chisporroteo que provenía de la sartén. Agradeciendo esa distracción, Emily volteó las costillas, calentó un poco de pasta y sirvió la ensalada *Nicoise* en un platón. Después llevó todo a la mesa.

—¿Cómo te fue en París? —preguntó con dulzura, decidida a disminuir la tensión que aumentaba por momentos.

—Marc vivirá… se pondrá bien. Tuve pesadillas pensando que se convertiría en un lisiado de por vida, como Mathieu Colbert. ¡Otro peso sobre mi conciencia! Pero gracias a Dios, algunas de mis supersticiones no se llevaron a cabo —sirvió vino en un par de copas y bebió la suya de un trago. La mirada que le lanzó a la chica hizo que el pulso se le acelerara.

—¿Supersticiones? —repitió, débil—, ¿A qué te refieres con eso, Christian?

—A la sensación de que quizá… estoy maldito por los dioses… que le traigo mala suerte a las personas —le confió, con voz indiferente, cínica, casi aburrida. Pero había algo en sus ojos que la estremeció.

Lo contempló en silencio. La tensión era tan espesa que parecía que se podía cortar como una rebanada de pastel. Dejó caer su tenedor sobre el plato y se hundió a medias en la oscuridad azul de la mirada de Christian.

—Explícamelo, por favor. Háblame —susurró, con un temblor tan

intenso que la sorprendió—. *Por favor…*

—¿Qué? —Tomó un bocado de ensalada y una pieza de pan, con ademanes ilegibles.

—Lo que pasó con Mathieu y… Marie-Claire—. No sé nada de eso.

—Las supersticiones nacen más atrás —sonrió, burlándose de sí mismo—, en el momento de la muerte de mis padres. Siempre presentí que ellos morirían, no yo.

—¿Porqué?

—No sé… por ninguna razón lógica. Hasta que no ocurrió el episodio con la familia Colbert no le presté atención a ese presentimiento…

—Christian… —Emily picó una aceituna con su tenedor y observó la cara morena, sin comprender. Afuera, la luz del atardecer empezaba a espesarse. Las sombras se acentuaban en los rincones de la cocina—. Me dijiste que tus padres murieron en un incendio, en un hotel de la India, cuando eras muy pequeño.

—Cierto.

—Entonces, ¿de dónde demonios sacas esos ridículos presentimientos?

—No surgieron en aquel entonces. Ni tampoco cuando Marie.-Claire trató de suicidarse, ni en el accidente automovilístico de Mathieu, pues yo ya era un hombre maduro que creía que sabía todo —su sonrisa irónica ahondó las comisuras de su boca. Jugó con su ensalada y luego la apartó sin probarla—. ¿Quieres que te diga cuándo empecé a especular sobre las maldiciones de los dioses, Emily? Cuando te conocí. La coincidencia resultaba demasiado fuerte, ¿no crees? De todas las mujeres que podían haberme atraído, de todas las personas que pude amar en el mundo, escojo a una vieja amiga de mis peores enemigos, los Colbert. Se trata de una venganza final, ¿no te parece?

¿Insinuó que le parecía muy atractiva? ¿Que la amaba? Emily tembló por dentro. La urgente necesidad de acercarse a ese hombre, de cerrar el espacio de frialdad y dolor que los separaba terminó con el orgullo, la ira y la precaución.

—Christian…—la voz se le rompió, tomó aliento y continuó—. Exageras lo ocurrido con los Colbert y lo conviertes en una obsesión de enormes proporciones. Aun, si la versión de Marianne de lo que ocurrió es cierta, eso no te hace un monstruo. Tú… parece que la culpa te atormenta… o la amargura… o ambas… En el momento en que te enteraste de que Marianne me había contado su parte de la historia, me borraste de tu presencia.

—¿Eso hice? —Había una nota de humor en alguna parte, escondida detrás de su expresión impenetrable—. Creo recordar que te llevé a rastras a la cama.

—Me borraste de tu mente —se corrigió nerviosa. Su estómago se contraía por la emoción y la aprensión—. Me das la impresión de que el sexo es tu respuesta y tu solución para todo.

—Lo considero un acto poco complicado —señaló, torciendo la boca—. O al menos, puede serlo…

—Lo mismo que la verdad —agregó presurosa, dándole énfasis a sus palabras;—. Lo mismo que tener… tener fe en ti mismo que enfrentar tus errores… que *perdonarte*. Yo tengo fe en ti… ¿por qué tú no puedes confiar en ti mismo?

—¿Por qué habría de hacerlo? —indagó, abrupto. La cicatriz de la mejilla aumentó en intensidad—. ¿Qué demonios sabes de mí, Emily?

—No mucho, quizá —aceptó en voz baja, mientras la desesperación la invadía—. Pero sé que me siento… cerca de ti… que me sentí cerca de ti desde el primer momento en que nos conocimos. De una manera que no puedo explicártelo, así que no me interrogues… no sería capaz de contestarte.

—*Bon sang,* Emily… —movió la cabeza impaciente, con un brillo juguetón en los ojos—. ¿No sólo me lanzas una invitación en el plano físico, sino también en el espiritual?

El rubor bañó la cara de la muchacha y después desapareció.

—No me insultes —le pidió.

—*Je m'excuse* —estiró una mano para tocarla, enviando una descarga eléctrica por el sistema nervioso de la chica. De repente, notó que la oscuridad invadía el cuarto. Christian también lo percibió, así que, ignorando la luz eléctrica, agarró una vela y buscó unos cerillos. El halo luminoso cubrió la mesa con un círculo dorado.

—Ya está. Un escenario romántico para una plática hogareña —se mofó—. La carne está deliciosa —agregó, saboreando un bocado—. ¿También sabes cocinar… además de tus otros talentos?

—Bastante —la comida le cerraba la garganta, igual que un bocado de arena. ¿Por qué la humillaba con sus insinuaciones? ¿Sospechaba que sostenía una relación temporal con Greg? ¿Qué habiéndola iniciado en los placeres sensuales, desarrolló un apetito insaciable por la variedad?—. Bastante bien. Mi… mi madre es una cocinera excelente —se obligó a agregar con calma—. Crea platillos que hacen agua la boca en las cenas elegantes que ofrece a sus invitados…

—Entonces vale la pena conocerla.

—Seguro. Deberías ir a mi casa. Me encantaría presentarte a mi familia —habló sin pensar y después se mordió un labio.

—*Merci*, Emily —repuso con aspereza, pero la chica creyó distinguir cierta ternura en el fondo de sus pupilas, mientras la miraba avergonzado. Un segundo más tarde, el corazón se le contrajo cuando su jefe agregó—: Aunque dudo que sea el hombre adecuado para que me presentes a tus padres. Un hombre al que consideras capaz de

dormir con dos mujeres a un tiempo y, peor aún, que ha cometido crímenes contra la familia que conoces desde niña.

—¿Cometido crímenes? —repitió, angustiada—. ¿De ese modo catalogas un compromiso roto, un accidente automovilístico? ¡Reaccionas igual que un paranoico por lo que sucedió con los Colbert!

—Calculé que lo había olvidado, que había quedado atrás. Pero, regresar al pueblo ha revivido el pasado de nuevo. Estaba comprometido con Marie-Claire. Cuando rompí la relación, mi novia tomó una sobredosis de aspirinas y casi se muere. Mathieu se sintió muy perturbado, me hizo una escena terrible una noche. Tuvimos un accidente en mi coche, y él resultó herido de gravedad. En cuanto a los Colbert, cometí una doble traición…

—Y en cuanto a ti concierne, significa que nunca más te involucrarás con otra persona, ¿verdad?

—Quizá —respondió, endureciendo la mirada—. De acuerdo con mi experiencia, no merece la pena.

La crueldad de esas palabras fue como una bofetada en la mitad del rostro. Pálida, humillada, empuñó las manos.

—Tienes razón —logró musitar—. Ahora comprendo por qué… por qué me lanzaste esa advertencia cínica, aquella primera noche. Pero si no merece la pena comprometerse con alguien, es primordial arreglar tus cuentas con los Colbert. Los invité al *grand bal* del sábado en la noche…

Christian se quedó inmóvil. Permaneció callado durante mucho tiempo, que ella imaginó que se había convertido en piedra.

—¿Estás loca? —Escupió al fin. La suavidad de su tono la alarmó más que un insulto directo.

—Eso mismo me dijo Marianne —repuso convulsa, pasando saliva.

—Por lo tanto, no vendrán —sentenció Christian, torciendo la boca —. Ni todos los demonios del infierno lograrían que los Colbert visiten el *Château* de Mordin. De hecho, ahora que regresó la oveja negra del pueblo, la comunidad entera se estará preguntando si deben boicotear el baile.

—¡Una tontería y tú lo sabes! Aunque los Colbert te odien, para el resto del mundo fuiste víctima de las circunstancias. ¡Deja de sentirte culpable! Ese sentimiento te destruirá, Christian. Te volverás loco, encerrado en tu amargura y en tus propios reproches.

—¿Posees un diploma de psicología entre tus muchos títulos?

Se puso en pie, incapaz de enfrentarse a esos sarcasmos por más tiempo.

—Discúlpame. Estoy cansada, me iré a la cama…

—¿Sola? —Christian también se puso en pie—. ¿No te parece conveniente mudarte a la otra ala del castillo, Emily? Para estar más

accesible a ciertos visitantes nocturnos.

Una nube roja la sofocó. A ciegas, alzó la mano y lo golpeó en la mejilla. Casi al instante, le sujetó el brazo, apretándoselo con tanta fuerza, que lágrimas de dolor llenaron los ojos de Emily.

—Eres detestable. Te odio.

—Mucho mejor que tener fe y confianza en mí —se mofó con rudeza, aplastándola contra su cuerpo y manteniéndola allí— Quizá al fin me ves como realmente soy.

—Quizá —casi sollozó esa palabra, retorciéndose para zafarse del abrazo que la apresaba—. Tienes una mente baja y despreciable. ¡Y eres un hipócrita! Esperas que crea que no te involucraste con Lisette, pero estás decidido a opinar lo peor de mí, basándote en pruebas circunstanciales…

—Soy un hombre suspicaz —replicó, soltando una risa amarga—. Podría ir tras Greg Vernon y romperle el cráneo, pero no me molestaré. Tú puedes defenderte sin mi ayuda, ¿verdad, Emily?

—Depende de quién sea mi oponente —susurró con dolor, frotándose el brazo para borrar las huellas de los dedos de él—. Y también depende si merece la pena el esfuerzo.

—Me quitaste las palabras de la boca —se mofó con suavidad—. Nuestra breve relación me ha hecho olvidar mi cautela acostumbrada, pero sólo sirvió para confirmar lo que ya sabía desde hace mucho…

Pálida y temblorosa, reunió toda su fuerza de voluntad para apartarse de él cuando la soltó. Parpadeando para tragarse sus lágrimas que le anegaban los ojos, lo contempló a la cara.

—Ignoro de qué tienes tanto… miedo. No voy a tratar de atraparte para que inicies un compromiso que te desagrada, ¡pero no intentes enlodar lo que creamos, sólo para librarte de mí! ¿Acaso debes convencerte a ti mismo de que dormí con Greg Vernon para justificarte por… por hacerme a un lado? Actúa como se te antoje, pero con honestidad… y no te vanaglories pensando que no me recobraré de tu abandono.

Volviéndose con rapidez para ocultar las lágrimas que la delatarían, se abrazó, pasando saliva para disipar el nudo de emoción que le cerraba la garganta. Quería escapar, correr a su cuarto; sin embargo tenía las rodillas tan débiles que no se podía mover.

En lugar de ello, deseó que él se fuera de allí para dejarla en libertad de llorar sin límites.

—Emily…

La voz profunda contenía una nota cargada de pasión, que le cortó el aliento, llenándola de pánico.

—Por favor, déjame en paz… —susurró, con una súplica entrecortada—. Vete, Christian… vete.

La invadió un alivio agridulce cuando, después de un corto y tenso

silencio, la puerta se cerró con un ruido final. Volvió la cabeza y a través de sus lágrimas, se dio cuenta de que él la había obedecido.

Capítulo8

—¿Emily? Levántate…

Parpadeó con la luz de la mañana y volvió la cabeza sobre la almohada. Christian estaba parado cerca de la cama, llevando una bandeja con el desayuno. Despeinada e inquieta, luchó por sentarse.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Me maravilla que duermas con esa profundidad —murmuró, con aspereza, consultando la hora. Alarmada, miró el reloj sobre la mesita de noche y luego exclamó, desesperada:

—¡Oh! Dormí demasiado. Lo siento… yo…

—¿Pasaste una mala noche? —inquirió Christian, colocando la bandeja sobre el regazo de la joven y acercando una silla. Sus ojos se movieron con rapidez, evaluando el declive tierno de los senos, por debajo del camisón de algodón. Se puso tensa. Le había traído café y pan caliente, además de zumo de naranja. Los aromas del desayuno le cosquillaron la nariz, despertando su apetito a pesar del nerviosismo.

—Yo soy el que debe disculparse —agregó, sin expresión en la voz —. Anoche regresé de París con pésimo humor, Emily. No es justo que me desquite contigo.

—¿Así que decidiste cambiar de táctica y provocar mi compasión esta mañana? —se aventuró, burlándose de sí misma con amargura—. No hay necesidad. Pensé mucho anoche… este… este lío es culpa mía. Dijiste que te parecía una pésima idea que nos… que nos comprometiéramos en el plano sentimental. Yo no debí dejar que mi… mi tonto enamoramiento se descubriera, en primer lugar. De esa manera, la situación no se hubiera complicado tanto.

Christian no dijo nada durante largo tiempo. Ella lo miró y lo consideró tan atractivo que se derritió por dentro. Impaciente, se pasó una mano por los rubios rizos, temiendo verse en un espejo. La noche anterior lloró a tal grado, que sus lágrimas humedecieron la almohada. Así que debía tener los ojos enrojecidos e hinchados.

—No vengo a provocar tu piedad, como dices —rectificó al fin—. Pero, me siento… responsable. No tenía derecho de aprovecharme de una joven a mi servicio, Emily. Debí ser más cauto, ejercer un mayor control sobre mis pasiones…

—Entiendo… —su voz se quebró, irritándola porque trataba de dominar sus emociones—. ¿Podrías salir de mi habitación, por favor? Bajaré a la oficina en media hora…

Una sonrisa distendió la boca de Christian. Negó con la cabeza, despacio.

—Puesto que dormiste demasiado, he renunciado a trabajar el día de hoy —anunció—. Vine para invitarte a pasear…

—Prefiero trabajar —lo contempló azorada, con incredulidad rencorosa—. Gracias de todos modos.

—Lo bueno de ser el jefe es que tú mandas. Hoy no trabajaremos. Así que termina el desayuno y prepara un maletín con tu ropa de playa.

Sintió que se sonrojaba ante ese arrogante que le lanzaba órdenes.

—Christian, ¿qué te hace pensar que iré contigo a la playa?

—¿Qué te hace pensar que puedes oponerte, *ma mignonne*?

—¿Qué *quieres* de mí? —masculló enfureciéndose—. ¿Deseas que me arrastre de rodillas para que me humilles…?

—Quiero aclarar las cosas entre nosotros. Dije tonterías de las que me arrepiento —asentó Christian con serena firmeza—. Tonterías que nunca debí mencionar. Y me gustaría saber qué sientes…

—Siento *ira*… ¡eso siento! ¡Me traicionaste!

—¿De qué manera te he traicionado? —indagó con voz tranquila, intensa y, sin embargo, inexpresiva. El corazón de la chica saltó en su pecho—. Contesta, Emily. ¿De qué manera? ¿Por no ser la persona que tú imaginaste en tu ingenuidad?

—Me traicionaste al no confiar en mí. Al creer que te podía cambiar por otro, después de compartir contigo… lo que compartí. Y no me consideres ingenua. Te entiendo más de lo que supones.

—¿En serio? Explícate.

—Lo que sucedió en tu pasado te ha… amargado, obsesionándote. Esa actitud negativa empaña tu vida, te impide optar por la oportunidad de ser feliz…

—¿Y tú no has experimentado nada en tu vida para temer ser feliz, Emily? —repuso, contemplándola impasible.

—No, no lo creo. Además, no te considero muy inteligente por permitir que te domine la amargura y el sufrimiento.

—No, no lo soy —asintió despacio, con una leve sonrisa en sus pupilas—. Dime, Emily, ¿tienes una receta infalible para que yo sea dichoso?

Un rubor intenso la bañó, después desapareció dejándola débil y temblorosa.

—¡No… claro que no! —Deseó que su voz no sonara tan ronca—. Eso es algo que debe… que debe salir de tu alma…

Se inclinó, tomó la bandeja y la puso en el suelo. Entonces, sin previo aviso, la abrazó, deslizando sus manos por la espalda de la joven, tocando la tibieza de su piel sedosa, en los espacios que descubrían las mangas del camisón.

Con un estremecimiento involuntario, Emily se entregó. Christian cerró el abrazo, aprisionándola. Un mar de sensaciones agobiadoras la bañó. Los senos se aplastaron contra el pecho masculino y sintió que la quemaba con el calor de su cuerpo. Su mente luchaba contra la arrogancia de ese hombre, contra su desvergonzado despliegue de fuerza viril… pero el estómago se le contrajo, derritiéndose de

nostalgia.

—Hueles a musgo y flores —gimió, ronco, mientras sus pupilas se oscurecían con un gesto que acabó con la compostura de su compañera—. No sé si la felicidad deba salir de mi espíritu… pero quiero penetrar en tu alma, Emily, en tu cuerpo en este momento…

Con esas osadas palabras se recostó en la cama, demoliendo la débil defensa de ella, delineando la curva de los senos, hasta los pezones que se endurecieron al contacto con su mano. Después apartó las colchas y pasó su palma depredadora por los delgados muslos.

—Basta… ¡Christian, por favor…!

—¿Por qué? ¿Me ruegas que me detenga o me suplicas que te recuerde lo que ocurrió entre nosotros, mi sensual Emily?

Ese murmullo acariciador acompañó el movimiento de los dedos que subían el camisón hasta la cadera, para después meterlos entre sus piernas. Gritó, poniéndose tensa al arquearse, con una mezcla de enojo y deseo, mientras él buscaba y encontraba el cálido y húmedo secreto que ella escondía; investigó audaz hasta que la hizo temblar, convulsa, bajo sus expertas caricias.

No merecía la pena luchar contra él. Sus movimientos agitados empeoraban la situación. Le cubrió la boca con un beso profundo, ardiente, para luego aplastarla con su peso, levantándole la cadera con una mano, moldeándola contra su cuerpo. Resultaba imposible ignorar el impulso duro de él, que se incrustaba en su vientre suave. Nunca se sintió más vulnerable, agónica o confusa…

—¡Christian, por el amor del cielo…!—musitó, afiebrada.

—Quiero sumirme en ti, igual que en el océano, *ma mignonne* —bromeó implacable, con la voz ronca por la emoción, levantando la cabeza para observar el rostro ruborizado de la chica. El hambre depredadora de sus pupilas las convirtió en un azul de co*bal*to, rico y oscuro, con sombras negras—. Sumirme tan hondo que no seas capaz de olvidar lo que sientas cuando te posea.

—¡No… *no*!—siseo sin aliento. El color le manchaba las mejillas de rojo. Con un inmenso esfuerzo de voluntad, logró librarse un poco de esos brazos, respirando apenas, mientras lo fulminaba con los ojos. Temblaba de furia—. Todo esto te parece un juego ¿verdad?, un juego físico… no puedo creer que haya sido tan tonta para… para dejar que mi corazón controlara a mi cabeza. No puedo creer que deseara que fueras mi primer amante…

—¿Por qué? —La retó, burlón—. Siempre nos atrajimos en el plano sexual. Todavía lo hacemos. Sé sincera; practica lo que predicas. Te gustó lo que sucedió entre ambos. Entonces, ¿qué ha cambiado? ¿Esperabas que el deseo sexual muriera sólo porque ya no opinas lo mismo sobre mi carácter moral, Emily?

—¿Quieres dejar de hablar como si te condenara de antemano? —

repuso indignada.

—¿Aunque creas que me aproveché de tu ausencia, el día que visitaste Saintes, para hacerle el amor a Lisette? —persistió, suave.

—De acuerdo. Si dices que no lo hiciste, te creo. Sin embargo, tú me consideras capaz de dormir con *Greg Vernon* —explicó, descartando cualquier precaución—. Si amas a una persona, no pienses lo peor de ella. La confianza y la fe son requisitos indispensables en una relación… sin ellos, no merece la pena seguir adelante… —estaba convencida de lo ilógico de esa afirmación, en tales circunstancias, pero estaba demasiado confusa para rectificarla.

Christian se quedó inmóvil; ni un músculo se movió en su cara mientras observaba a su compañera con intensidad.

—¿Si amas a una persona, Emily? —repitió al fin. La voz profunda le arrojó un reto brutal—. Asumo que hablamos de manera hipotética en este instante, ¿verdad?

—¡Sí! ¿De qué otra manera podríamos hablar? —espetó—. Empujándolo con mano titubeante—. ¿Te imaginaste que me refería a *ti*? —El pánico le agudizó la voz, pero prosiguió—: El amor requiere tiempo para crecer, ¿no te parece? No nace de la noche a la mañana. Yo no puedo amar a alguien que no confía en mí, que no comparte su vida, que no se eleva sobre… sobre los bajos instintos y no busca otra cosa que el sexo. Yo no te amo. Te *detesto*.

—Emily… —su tono contenía arrepentimiento, pero también algo más, algo que le llegó hasta el corazón—. Sé justa. Me acusas de no desear algo más qué el sexo. Sin embargo, te ofrecí pasear y te quejaste.

Se estremeció cuando la acarició a todo lo largo de su cuerpo con ademán posesivo, para luego voltearla con rudeza, de manera que pudiera apoyar los pies sobre el suelo.

—¿Ves? Sólo para demostrarte que puedo elevarme sobre mis bajos instintos —se mofó con suavidad, a pesar de que la oscura dilatación de sus pupilas traicionaba su deseo—. Te dejaré en paz. Relájate, *chérie*. Ambos conocíamos los obstáculos que propiciaba esta relación. Por lo tanto, ¿no podemos separarnos como amigos?

La chica lo contempló, devastada, incapaz de pronunciar una palabra.

¿Separarse como amigos? Ni siquiera entendía el significado de esa proposición. Entonces captó la dolorosa finalidad de ese adiós. Le decía que habían terminado, de un modo lógico, aterradoramente práctico. Todo se había vuelto demasiado complicado; ahora le aclaraba que desde un principio no se especializaba en los enredos emocionales.

Pero hasta ese momento se avergonzó de admitir que se aferraba a un romanticismo absurdo, terco… u optimista. Acariciaba una

esperanza secreta. Las afirmaciones abruptas y sinceras de Christian la golpeaban, provocándole un dolor cruel, tenaz, después de que la excitó conduciéndola a esa cima humillante del deseo… sin embargo, también le demostraba el interés que despertaba en ese hombre.

Se mordió un labio distraída para después soltar el aliento. Un abismo de sufrimiento se abría dentro de ella, y la asustaba más que nada en su vida…

Enferma, descubrió que asentía, encogiéndose de hombros con calma y le cuestionó.

—¿Así que quieres llevarme a pasear para tranquilizar tu conciencia? Tienes razón, comportémonos como personas civilizadas con respecto a esta situación. ¿Te importaría darme cierta privacía por esta vez, para que me vista.

—*Bien sûr*, Emily —su voz, convertida en caricia de terciopelo le destrozó el corazón. Con una irritante sonrisa de triunfo, colocó la bandeja sobre las rodillas de la joven y añadió—: *A toute à l'heure*. Nos vemos al rato. No olvides terminar tu desayuno…

Cuarenta minutos después, atontada y tensa, se sentaba al lado de su jefe para dirigirse a la costa. El mar quedaba tan sólo a veinte kilómetros de camino. Emily, rodeada de un silencio incómodo, contempló el paisaje por la ventanilla, consciente de la brisa que la despeinaba, refrescándole la cara.

—Sabes —musitó por fin—. Me parece que el rasgo más fuerte de tu carácter es tener… una conciencia culpable. ¿Estás de acuerdo?

—No me considero un gran estudioso de mi carácter.

—¡Qué lástima! Creo que te fascinaría el tema. Te sientes culpable por "aprovecharte de mí", como dices —emitió una risita temblorosa —.Y al mismo tiempo te corre la culpabilidad por lo sucedió con los Colbert hace cinco años. ¡Hasta tienes sentimientos de culpabilidad por lo que ocurrió en tu niñez! ¡Te sientes culpable porque a uno de tus colegas lo hirieron reporteando una de tus noticias! ¡Te sientes culpable porque *existes*! ¡Temes causar un terrible sufrimiento a los demás sólo porque respiras!

—Si tú lo dices —repuso, sarcástico. Si tales palabras rompieron sus defensas, no lo demostró.

Se metieron en un camino rodeado por pinos, que amortiguaban la cálida luz del sol. El aire olía a resina. Christian aplastó el freno con fuerza y se volvió para atrapar el rostro de Emily con sus dos manos, inclinando su cabeza morena para besarla con brutalidad en la boca. Al soltarla y ver la expresión deslumbrada de la chica, soltó una carcajada breve.

—¡A ti sí que te he hecho infeliz, Emily! —afirmó, con sorna—. En un corto espacio de tiempo he logrado transformar a una joven extrovertida, optimista y alegre, en una quejumbrosa que no cesa de

regañarme. ¿Qué opinarían tus padres o tu hermano si vieran el estado en que te encuentras?

—Eres un arrogante que se adjudica todo lo que sucede —refunfuñó, intentando aplastarlo con su ironía. Después gritó un poco cuando la besó de nuevo, ahondando la caricia, hasta que el sabor y el olor a él fue lo único que existió durante unos momentos. Le costó un esfuerzo muy *grand*e no entrelazarle el cuello, no pasar los dedos por esa mata de cabellos oscuros, no apretarse contra ese hombre para intentar cerrar el abismo de amargura que se abría entre ambos…

—Seguiremos nuestro camino —propuso, volviendo a alzar la cabeza y contemplando el rostro sonrojado de la chica, con las pupilas dilatadas por el deseo—. De lo contrario me arrestarán por hacer lo que quiero hacer en este instante…

—¡Oh, Christian…! —Exhaló con rencor—. Desearía nunca haberte conocido.

—*Attention*, Emily —su sonrisa se convirtió en un gesto amargo—. Ten cuidado. Mi *ego* ya está bastante humillado…

Lo contempló en silencio. Los grillos cantaban en el bosque de pinos y nada se movía en medio de ese calor sofocante. Allá, en alguna parte, se oía el estruendo del Atlántico.

Con una maldición, Christian se apartó de la joven y encendió el motor. Lágrimas le quemaban los ojos y Emily parpadeó para hacerlas desaparecer.

El camino desembocaba en una reja de madera, con un letrero mohoso que indicaba que se trataba de una propiedad privada. Un poco confusa, la chica observó que su compañero se bajaba a abrir la reja. Los recibió un edificio de tres pisos, de estilo gótico, coronado de tejas. En la distancia se distinguía un girón de arena, con forma de luna creciente, por donde se adentraba un mar color turquesa.

—¿En dónde estamos? —Logró preguntar, frotándose los ojos impaciente y sonándose la nariz—. Pensé que iríamos a la playa.

—Aquí tienes una a tu disposición. *Mi* playa —interceptando la mirada vacía de su invitada, agregó—: Esta propiedad me pertenece desde hace años. No te preocupes. Una pareja que vive en el pueblo viene tres veces por semana a limpiar la casa. No la infestan las arañas, ni la humedad…

Tenía razón. La casa era preciosa, fresca y ventilada, pintada de blanco, de estilo rústico. En el exterior había una enorme terraza cubierta por la sombra de una pérgola. La retama crecía por doquier y su pesado aroma se mezclaba con el perfume de los pinos y el olor salobre del mar.

—*Et voilà,* lo necesario para un día de campo —Christian le mostró una enorme canasta, con un ademán de mago. La habían dejado en la cocina, lista para darles la bienvenida—. Llamé a mis sirvientes esta

mañana —le explicó, al verla confusa.

Emily examinó el contenido, moviendo la cabeza incrédula. La experiencia agridulce de estar con él, tan cerca en apariencia y tan lejos en la realidad, empezaba a marearla.

—Langostinos frescos, pollo rostizado, duraznos, fresas… y un pan recién horneado que huele exquisito, ¿Tan seguro estabas de que vendría?

—Si me hubieras golpeado con un derechazo para correr hacia el aeropuerto, quizá habría venido solo —se mofó, con pereza—. Deseaba relajarme…

La chica encogió los hombros, incapaz de seguir esa sugerencia y reírse con él.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora?

—¿Ahora? Vamos a velear.

—¿Bromeas? Nunca he veleado en mi vida…

—Forma parte de la cultura francesa. Todo el mundo velea aquí. Yo te enseñaré.

Emily conocía a Christian lo suficiente como para saber que una discusión no la llevaría a ninguna parte.

—De acuerdo —aceptó, con el fantasma de una sonrisa en los labios—. Eres un hombre valiente.

—No te costará el menor trabajo —le aseguró, evaluando el cuerpo delgado y musculoso, debajo del pantalón corto y la sudadera.

Dos horas después, exaltada porque había logrado mantenerse sobre la tabla diez metros, cayó una vez más al agua y emergió escupiendo. Maldijo de una manera muy poco femenina y tiró con impaciencia de la cuerda que la conectaba con el velero.

—Lo haces de maravilla —le gritó Christian* quien se deslizaba sobre las olas, a velocidad tenebrosa, con habilidad increíble. Ella le lanzó una mirada malévola.

—Espera a que domine esto para que dejes de tratarme con tanta condescendencia —le respondió, desafiándolo.

—Es divertidísimo, ¿no? —Le sonrió, cerrando la distancia que los separaba y observando los intentos de la joven por encaramarse en la tabla sin soltar una carcajada—. ¿Siempre actúas a la defensiva cuando alguien intenta enseñarte algo?

—Achácaselo a las bromas crueles de mi hermano mayor, quien me atormentó durante veintidós años —repuso, apretando los dientes. Cada uno de los músculos de su cuerpo estaban tensos por el esfuerzo. Logró mantenerse sobre sus pies, tambaleante, pero sin perder el equilibrio. Endureciendo las piernas, inició el proceso lento y fatigante de elevar la vela. Su bikini, lamentablemente, no estaba diseñado para los deportes acuáticos. Con cada tirón se le subía o se le bajaba por el cuerpo, ante la mirada divertida de Christian. Y eso terminó por

resquebrajar su compostura.

—¡Bravo! —la miró él cuando ella perdió el equilibrio de nuevo y cayó al agua. Por fortuna, la exclamación arra*bal*era de Emily fue sofocada por el ruido del Atlántico. Al salir a la superficie, ya se había controlado.

—Hora de comer —anunció su anfitrión, dirigiendo su vela hacia la costa—. Seguiremos practicando después.

—Si hay algo que no puedo soportar es que alguien se vanaglorie de sus habilidades —le advirtió, con una risita traviesa.

—Eso pienso —le confesó Christian, mientras se dirigían a la terraza—. ¿Tu hermano tiene una leve idea de cómo ha deformado tu personalidad, Emily?

—No lo creo —admitió con ligereza, echándose sobre una silla para ajustarse el bikini—. De cualquier modo exageras un poso. Yo sólo te dije que se burlaba de mí, igual que todos los hermanos mayores.

Un hambre tenaz, la acuciaba después del ejercicio entre las olas frías e implacables. Metió la mano en la canasta y sacó un pedazo de pan y un jugoso muslo de pollo. Christian la observaba, al mismo tiempo que abría una botella de vino.

—Pareces una ninfa famélica —murmuró, tendiéndole una copa llena de líquido dorado—. El agua cae de tu cara y moja tu comida que devoras como si fuera tu última cena…

Un ligero rubor le calentó la cara. Bajó el muslo de pollo a medio comer y contempló a su anfitrión.

—No te detengas —le pidió él, saboreando un sorbo de vino—. Te ves adorable. Nunca había pasado tanto tiempo con una muchacha para descubrir que, lejos de alterarme los nervios, me encantan sus costumbres y ademanes…

—Por el amor del cielo…

—Hasta me divierten tus métodos de defensa propia; tus maldiciones, que amplían tu vocabulario con su frescura, cuando pierdes la paciencia contigo misma, tu valor y decisión, tu saludable apetito…

—¿En serio? —Lo atacó, tratando de suprimir los latidos súbitos que le aceleraban el corazón—. ¿Extrañarás mi presencia cuando me vaya?

—*Sans doute*, Emily. Sin la menor duda. Pero tú ya tienes planeado tu futuro, ¿verdad?

Muda, continuó comiendo aunque ahora esos manjares habían perdido su tentadora suculencia.

—¿Acaso te ofendí? —inquirió, suave. Pelaba un langostino con la velocidad y la elegancia que sólo posee un francés. Reacia, Emily admiró el cabello oscuro, el cuerpo bronceado enfundado en un

minúsculo calzoncillo de baño, que exudaba masculinidad. Él alzó la vista y captó la expresión sombría de la joven, agregando de modo inesperado—. ¿O quizá ya no quieras seguir con esos planes que tanto deseabas lograr?

—Lo que decida hacer con el resto de mi vida no te incumbe Christian.

—Has pasado esa vida probándote que puedes ser tan ambiciosa y responsable como tu hermano —musitó, ignorando ese insulto—. Has evitado introducirte en el mundo inquietante de las relaciones emotivas… Te atormenta un miedo irracional por resignarte a convertirte en un ama de casa feliz, sin ambición o poder al igual que tu madre.

—Tienes razón… ¡y presiento que yo misma te dije todo eso Sin embargo, no hay nada malo con esas cosas. ¿Qué pretendes al mencionarlas?

Se metió un trozo de langostino a la boca y se lo comió, saboreándolo antes de contestar.

—Pretendo entender lo que ha sucedido entre nosotros.

—¿Examinándolo con la clara luz del día?—ironizó con una carcajada irritante—. Yo… nos atrajimos en el plano sexual y allí concluye todo —afirmó, con aspereza—. Tengo veintidós años Acéptalo, debía ocurrir en algún momento… sólo que sucedió cuando tú estabas cerca.

—Yo tengo treinta años. Me ha sucedido muchas veces, Emily.

Temblando por dentro, la chica apartó su plato tomando una fresa del tazón.

—Como si no supiera —repuso al fin, evitando mirarlo a los ojos —. Nunca te consideré un inexperto, Christian, pero no hay necesidad de que me presumas tus hazañas.

—No lo intentaba, Emily —parecía pensativo, paciente—. Aunque la atracción sexual ha adoptado varios disfraces interesantes en mi vida, jamás había abarcado tantas emociones perturbadoras…

—Estabas comprometido, a punto de casarte, ¿recuerdas? —replicó, frunciendo el ceño—. ¿Acaso insinúas que esa relación *carecía* de emociones?

—Te has propuesto no entenderme —asentó, con un tono áspero en la voz—. Para los hombres hay un diferencia marcada entre un deseo sexual instantáneo y sentimientos de naturaleza… más duradera.

—¡Ah, ya veo! ¿Te refieres a que las muchachas demasiado ansiosas por tener relaciones sexuales no se transforman en buenas esposas? ¿Separas a las mujeres en *dos* categorías? ¿La que educa a los hijos y la que hace pasar noches de pasión, fuera del matrimonio? ¿Así son las cosas en tu país? ¿Rige el doble juego?

—*Arrête*, Emily! ¡Basta! —había logrado provocarlo. La ira brillaba en la mirada azul—. Deja de torcer el significado de mis palabras. *Bon sang*! Calculé que podía platicar de una manera más racional hoy… relajados, sin presiones… intercambiando frases civilizadas.

—Quizá no sostenemos una relación *civilizada* y nunca lo lograremos.

—Quizá.

Hubo un largo silencio. Confusa y enojada, Emily contempló el mar. Al fin, el silencio amenazó con extenderse hasta el infinito, así que reunió valor para preguntar:

—¿Qué sucedió entre tú y Marie-Claire?

—Nos comprometimos por equivocación.

—¿Cuál equivocación? —Se burló con amargura—. ¿Ese es el resumen de tu habilidad para contestar una pregunta? Te sacas cero sobre diez, Christian.

—*Bon, d'accord*!—exclamó con ternura—. Te diré mi versión de los hechos, que no te gustará oírla. Nuestras familias eran amigas. Nos presionaron para que nos casáramos. Marie-Claire estaba dispuesta a posesionarse de la riqueza de los Malraux, pero por desgracia amaba a otro hombre, un hombre que no tenía dinero…

Cuando se detuvo, la chica se inclinó, hambrienta de información, ansiando captar algo que iluminara el tortuoso pasado de Christian.

—Adelante —le pidió, deseando sacudirlo.

—¿Necesito continuar? Mi *ego* no soportó la idea de que mi futura esposa prefiriera a otro. Al descubrirlos juntos y conocer la verdad, rompí él compromiso…

—Pero… pensé que Marie-Claire intentó suicidarse —afirmó Emily, contemplándolo sin comprender—. Si no te amaba, ¿por qué…?

—Su amante también la dejó. Sólo le interesaba tener una fuente de ingresos mediante una aventura con la esposa de un millonario…

El gesto de la boca torcida le producía dolor al contemplarlo. Emily negó con la cabeza, despacio, tratando de asimilar lo que escuchaba.

—Si eso sucedió, ¿por qué eres el villano del drama, Christian? Tú no cometiste ningún pecado. ¿De qué te culpan?

Encogió los hombros, peló otro langostino y se inclinó hacia adelante, con el rostro sin expresión. Colocó el marisco en los labios entreabiertos de la joven, quien lo mordió, para arrepentirse un segundo después. Se irritó con él, sonrojándose un poco, inquietador esa intimidad que los rodeaba.

—Todos necesitan un chivo expiatorio —sentenció Christian sin titubear—. Además, Marie-Claire me rogó que no rompiera nuestro compromiso. Me juró que me amaba, que nunca más vería al otro.

Pero yo era demasiado arrogante para perdonarla. No le creí. En el fondo, sospecho que me agradaba esa excusa para recobrar mi libertad. Admitir lo que sentía no me disculpa, desde luego; además de que en aquellos momentos se preparaba una tragedia griega. Después del accidente, ya nadie pensó con claridad…

—¿Así que Marie-Claire te odió por descubrir su secreto, por destruir su oportunidad de ser tu esposa? Mathieu se desilusionó de su héroe y te hizo responsable del intento de suicidio de su hermana. Fue a arreglar cuentas contigo —resumió Emily en voz baja—. Entonces, ¿qué sucedió?

Christian se apoyó en el respaldo de la silla y tomó un buen sobro de vino. Mantenía la mirada fija, desconcertando a la chica.

—Sucedió que un muchacho de quince años, demasiado emotivo, bebió media botella de *cognac*, me lanzó toda clase de insultos, acusándome de crueldad mental, hasta que decidí llevarlo a su casa —contesto, sin alzar la voz. Sus ojos parecían pedacitos de cielo, mientras su rostro se ensombrecía por los recuerdos.

—Después nos estrellamos contra un árbol… y ese muchacho nunca volvió a caminar. Esto… —se tocó por un momento la mejilla lívida contra el bronceado de la piel— es lo que yo recibí… además de mi complejo de culpa. Me siento responsable… me fui, recuperé mi libertad, sin importarme haber destruido las vidas de las personas que me rodeaban. ¿Tú no te sentirías responsable de lo ocurrido, Emily?

—Christian, fue un accidente…

—Nada en esta vida se reduce a un accidente —le reprochó con tanta amargura, que el estómago se le contrajo—.Quizá me disculpan ciertas circunstancias mitigantes; pero a causa de mis actos, de mi orgullo, de mi arrogancia con respectó a Marie-Claire, provoqué una secuencia trágica. ¿Quién no se sentiría culpable y responsable de todo eso?

Capítulo 9

El gran baile estaba en su mejor momento. El suelo del castillo se cimbraba con el peso de los invitados. Las voces y las risas flotaban en el aire tibio y aromático de la noche… En la distancia, la orquesta del pueblo tocaba canciones de los “Beatles”, con acento gálico.

—Baila conmigo, Emily.

Desde su escondite, detrás de un viejo cedro, la joven se volvió al oír el sonido de la voz de Christian. Su tono contenía una leve amenaza, en contraste con la ligereza de sus palabras. La intimidó con su estatura y la devastadora atracción de su cuerpo con traje de etiqueta. Sintió que se ahogaba…

—No estoy de humor para bailar.

—Yo sí. Y también para escuchar una explicación de por qué demonios te desapareciste anoche y la mayor parte de este día —repuso, con aspereza. Estaba enojadísimo, decidió la joven mientras su estómago se sobresaltaba.

Pálida y tensa, a pesar de su vestido de seda color de durazno, que fue el más alegre que encontró en su recorrido por las tiendas esa mañana. Lo contempló en silencio.

—Te llamé. ¿No te dio Lisette mi recado? —Se defendió con calma.

—Me dio un mensaje enigmático.

—Fui a Saintes —estaba inquieta, cuando una nueva ola de aprensión la bañó.

—Fuiste a ver a tus amigos, los Colbert.

Lo miró, asintiendo apenas, para después parpadear de manera involuntaria, acobardada por la mirada furiosa de Christian.

—Adiviné que irías allí cuando no te encontré.

—Acertaste, ahora lo sabes. Así que no tienes que comportarte con educación y pedirme que baile contigo —le indicó, con suave ironía—. No es tu estilo…

—Ven acá… —sin dejarle otra opción, la tomó de la mano y la arrastró hasta el patio. Allí, Emily se enfrentó a la disyuntiva de recobrar la compostura o luchar contra el calor que emanaba del cuerpo de Christian mientras la apretaba contra sí.

Pegarse a ese hombre, en la minúscula pista de baile, le provocó un efecto perturbador. Apresada en sus brazos, obligada a moverse al ritmo de una melodía romántica, recordó que su mente había preparado para despedirse a la mañana siguiente. Por lo tanto, no le convenía pasar su última noche de esa manera…

—Lo siento, ¿me necesitabas para algo, ayer? —indagó, con aire frío y provocativo.

—Me hubiera gustado saber dónde estabas —refunfuñó, sofocando su mal humor a duras penas—. ¡Pero preferiste desaparecer!

—Perdona mi falta de delicadeza por no mantenerte informado de

lo que hago —le pidió con dulzura—. Pensé que impedirías que llevara a cabo mis planes.

—¡En nombre de Dios!, ¿por qué hubiera querido impedirlo? —exhaló, furioso.

—No, claro que no lo habrías intentado. ¡Qué estúpida soy! Te hubiera *encantado* librarte de mí por unas horas —miró por encima del hombro de su compañero, ordenándose conservar la calma, negándose a responder a la presión de esas manos sobre su nuca. El escote de la espalda, permitía que él pasara los dedos por la piel, desde la cintura hasta las axilas, con tanta insistencia que deseó haber escogido un modelo de matrona para pasar esa última noche al lado de Christian Malraux.

—Necesitaba irme por un rato, eso es todo —escapó porque la aterraba la intensidad de sus emociones y la posibilidad de invertir más tiempo en la compañía de su jefe.

A pesar del episodio de aprender a velear y la relajación que les proporcionaron el sol y la arena, regresaron al castillo sin resolver sus problemas. Si acaso, ese breve descanso, las bromas y el placer del día de campo, la hicieron percatarse con mayor profundidad del abismo que se abría entre ambos.

La confesión de Christian, sobre los acontecimientos ocurridos hacía cinco años, tampoco los unió, ni propició que se despidieran como amigos.

De regreso al castillo, la consumió la urgencia de huir. Saltó en su Renault, le telefoneó a Marianne desde el pueblo y se dirigió al apartamento de su amiga, en Saintes…

Pero ahora, el mal humor de su anfitrión durante el baile justificaba su escapada. ¡Era un *bastardo* arrogante y egoísta! A ese tipo le molestaba haber permitido que esa relación se iniciara y deseaba terminar con la ardiente aventurilla de un verano bajo sus condiciones, cuando a él se le antojara. Si ella empezaba a actuar por su cuenta, a *desaparecer* sin pedirle permiso, se enfadaba y maldecía.

Así que no le quedaba otro remedio que terminar con esa situación. No aceptaría que la castigaran en el plano emotivo. Debía escabullirse. Su única razón para asistir a la fiesta era que deseaba presenciar la reconciliación de Christian con los Colbert, porque ellos asistirían al baile. Después de visitarlos la noche anterior, casi podía asegurarlo.

—Me quedé con Marianne —le confió, evitando verlo de frente—. Ella me llevó a casa de sus padres, así que también platiqué con Mathieu y con su prometida— Me pareció una chica muy agradable.

Christian logró mantener su ira bajo control.

—Me alegro. Me alegro de que Mathieu tenga a alguien que lo quiera —afirmo cortante—. Emily, anoche deseaba…

—De hecho, ha recobrado mucho de sus movimientos —lo atajó con rapidez, preparándose para defenderse. Si Christian empezaba con su cantaleta de “partir como buenos amigos”, sabía que se desmoronaría, que derramaría un torrente de lágrimas humillantes, que se convertiría en el hazmerreír de la concurrencia—. Se desplaza con eficiencia en su silla de ruedas electrónica. ¿Recuerdas que pintaba muy bonito? Pues consiguió un trabajo en una fábrica de cerámica. Ayuda a decorar los floreros. Me encantó verlo de nuevo, aunque me costó trabajo creer que ya tiene veinte años. La última vez que hablamos acababa de cumplir catorce…

—Emily, ¿quieres callarte? —Gruñó Christian, agachando la cabeza para tomarla desprevenida y silenciarla con sus labios. La irrupción de su lengua exigente, dentro de la tibia boca de la joven, la obligó a cerrar los ojos en contra de su voluntad, a deslizar sus dedos convulsos por los fuertes hombros, detrás del cuello.

Se perdió en el dolor amargo de ese abrazo, incapaz de apagar la nostalgia quemante que despertaba en ella. Un estremecimiento le sacudió el cuerpo cuando él la oprimió con pasión. La apretaba tanto, que casi se imaginó que jamás la dejaría partir…

—¿Christian? Discúlpame —la voz de Lisette los separó. Emily se liberó para volverse a ver a la francesa, sonriendo con desdén, evaluando la apariencia sonrojada de su rival y el ceño fruncido de Christian, con admirable, compostura—. Alguien te busca.

—*Merci*, Lisette —la respuesta del aludido contenía un caudal de burla. Mantuvo el brazo sobre los hombros de Emily, posesivo—. Espero que sea alguien muy importante.

Lisette, sensual y curvilínea en su vestido negro, le lanzó una mirada de reproche antes de volverse y señalar un punto más allá de la pista de baile. Mathieu Colbert se acomodaba allí, en su silla de ruedas. Su prometida, Jeanne, una bella muchacha, con un vestido floreado, estaba a su lado.

Christian se puso tenso, con el brazo rígido sobre los hombros de Emily. Soltándola de pronto, bajó la cabeza para estudiarle los ojos.

—¿Tú hiciste esto?—inquirió con furia sofocada.

—Ve y habla con Mathieu.

La observó con incredulidad, mientras se abría paso entre la gente, despacio.

—Si me linchan, tú tendrás la culpa —pretendió bromear.

—No seas tan pesimista. El tiempo todo lo cura —se oyó replicar, como una idiota. Él la premió con una mirada oblicua; la del adulto que le da por su lado a un niño molesto.

Se quedó sola, entre las parejas que bailaban, contemplando la escena a distancia, igual que una pantomima. Christian, alto, moreno y decidido, se preparó para el combate, metiendo las manos en los

bolsillos de su pantalón oscuro. Mathieu, pálido y rubio, con un aire soñador, lo aguardó. Ambos se midieron con un silencio, al parecer eterno. Después, el inválido tendió su diestra y Christian se movió al fin, inclinándose para estrechar la mano. Un segundo después abrazaba al joven, con el orgulloso estilo gálico que le cerró la garganta a Emily.

Los tres, Mathieu, Jeanne y Christian se volvieron y empezaron a dirigirse al castillo, lejos de la vista de los demás.

Saliendo de su ensimismamiento, Emily se dio cuenta de que estaba parada sola, como una tonta, en la mitad de la pista de baile. Se alejó despacio, con el corazón inquieto por una especie de felicidad, al pensar que Christian al fin se enfrentaría a los fantasmas del pasado, hablando con Mathieu. Si nada más resultaba de esa breve relación con su jefe, se dijo, por lo menos habría intentado algo positivo: una reconciliación. Y algo bueno saldría de todo eso…

Lisette la alcanzó, pescándola de un brazo.

—Espera —le ordenó—. Quiero hablar contigo.

—¿Ah, sí?

Emily contempló a la muchacha francesa con suspicacia. La enemistad entre ambas nunca desapareció por completo. Así que no la sorprendió que Lisette continuara con una vocecilla llena de desprecio:

—Te comportas de una manera indigna con Christian. ¿Te das cuenta de ello?

—No quiero discutir ese tema contigo…

—¿No? Pues eres una tonta. ¡Aprenderías algo! A él no lo conmueve tu estúpido *enamoramiento*. No le interesan tus patéticos valores *burgueses*, ni el modo inepto y aburrido de hacerle el amor…

—Cállate, por favor… —el odio de su rival la enfermaba.

—¡Él me lo dijo! ¿Sabes que se ríe de ti, a tus espaldas? Vi que hiciste parte de tu equipaje. Dejaste tu maleta en el cuarto. Entonces, ¿regresarás a Inglaterra hoy mismo, antes de que todo el pueblo se burle de tus tonterías?

Los ojos verdes se clavaron en la delgada figura de Emily, evaluando los rubios rizos, recién lavados, que enmarcaban con suavidad el rostro ovalado, de pómulos altos, y el brillo incierto, revelador, de las vulnerables pupilas cafés.

—¿Quieres ser el hazmerreír del pueblo? —persistió Lisette, venenosa.

—Quizá se reirían de ti —contraatacó Emily, sin alzar la voz, haciendo un esfuerzo por defenderse—. Quizá deberías confinar tus insultos a las pláticas que sostienes con Greg Vernon. Mira, allí está. Te confieso que es la única persona que conozco que aprecia tus comentarios…

Soltándose de la mano de su enemiga, se alejó caminando de prisa, con la cabeza erguida. Ya en su cuarto, sin embargo, su orgullo se disolvió en pánico y desesperación. Lisette buscaba causarle problemas, pero en esencia tenía razón. Sus palabras insultantes, vengativas, ¿no traducían los sentimientos de Christian…? ¿La opinión de que existían dos tipos de muchachas, las que hacían el amor de una manera sensacional y otras, las decentes, con quienes un hombre se podía casar?

Casi sin pensar descubrió que acomodaba el resto de sus pertenencias, echándolas con precipitada urgencia en bolsas de plástico.

Limpiándose las cálidas lágrimas de humillación que bañaban su rostro, Emily sacó un montón de vestidos del guardarropa y los metió en su maleta, sin doblarlos.

Ahora ya no podría vanagloriarse de que nunca huía de un problema. Era suficiente. ¡No estaba hecha de piedra! Quizá le daría a Lisette una victoria que merecía, al escapar como ella sugería. Pero había dejado de importarle. No soportaba esa situación ni un segundo más. Sentirse encerrada en ese horno de pasión y celos con una incertidumbre que la agobiaba, la destrozaba no sólo en el plano mental, sino también en el emocional.

Por suerte nadie la vio guardar su maleta en el coche. Aunque tampoco le hubiera importado. Tan pronto como se atrevió, con la cara pálida, temblando de incertidumbre, condujo el Renault hacia la salida del castillo, por el camino de grava.

Los poderosos faros del auto que venía detrás de ella la deslumbraron, pero no fue sino hasta que la rebasó por el pasto, cerrándole el camino de manera agresiva para que no pudiera pasar, cuando se dio cuenta de que Christian conducía ese Mercedes.

El corazón se le estrelló contra las costillas. Lo observó saltar del coche y correr hacia ella, con la chaqueta de etiqueta abierta, brillando con la luz de los faros. Ciega de furia porque la obligó a detenerse, puso su mano sobre la bocina y la oprimió. El estruendo rompió la paz de la noche.

—Vaya, vaya, qué coincidencia encontrarme con *Mademoiselle* Gainsborough escabullándose de nuevo a la luz de la luna —murmuró, con aspereza, inclinándose sobre la ventana abierta y apartando la mano femenina de la bocina con un movimiento decidido. Por un momento lucharon como dos enemigos feroces, hasta que la fuerza del hombre la derrotó con facilidad. En el abrupto contraste del silencio que reinaba, sólo se escuchó la respiración entrecortada de la joven. Él le lanzó una mirada penetrante, inquisitiva, auscultando el rostro en sombras.

—Por fortuna, Emily, esta vez te agarré…

—No me estoy *escabullendo* a la luz de la luna —le replicó temblando de ira—. Regreso a Inglaterra. No te robé ni un centavo. Ni siquiera toque la plata del castillo. Así que aléjate de mi coche o te lo echo encima.

Soltando un juramento corto y sumamente grosero Christian abrió de golpe la puerta, tirando a Emily para obligarla a salir del auto.

—¡No te irás a ninguna parte! —siseó—. Volverás al castillo conmigo…

—¡*No!* ¡Suéltame! Te lo advierto, Christian…

—¿Qué me adviertes? ¿Por qué no dejas de luchar y admites que estás derrotada?

Ante esas palabras arrogantes, una nube de rabia la envolvió. Cada detalle de sus lecciones de judo volvieron a su mente. Con reflejos surgidos de la histeria y la furia, se retorció y a pesar de que Christian no voló por los aires, perdió el equilibrio de manera abrupta. Para sorpresa de la chica, cayó al suelo, con un ruido pesado, al lado del auto. Se quedó inmóvil sobre la hierba, al parecer inconsciente.

Azorada y respirando de prisa, lo contempló. Seguía sin moverse. No respiraba…

El miedo la invadió de modo tan inesperado que sintió que se desvanecía. Se quedó clavada en el mismo sitio, con los ojos fijos en el rostro moreno, en el cuerpo inerte.

—¿Christian? ¿*Christian*…? —Llena de miedo, sofocando sollozos de miedo y angustia, se hincó. ¿Se había golpeado la cabeza contra una piedra, al caer? ¿Acaso se golpeó con la salpicadera del auto? Emily se mordió un labio, distraída, reuniendo los pensamientos caóticos que vagaban por su mente. Temblaba. Sintió frío, un frío terrible provocado por el pánico que le paralizó las entrañas. ¿Qué le había *hecho*? Si lo hirió de gravedad, nunca se lo perdonaría…

A pesar de los sonidos festivos que se filtraban en el aire de la noche, a causa del gran baile, no había un alma en los alrededores.

Se suponía que el pueblo entero asistía a la fiesta, concentrándose en el patio del castillo, en espera de los juegos de artificio que se encenderían a la medianoche.

El viento agitó los árboles y las sombras negras susurraron por encima de la cabeza de Emily. Los murciélagos volaban… ¿Debía interpretarlo como un mal augurio?

Estremeciéndose, pasó las manos sobre el pecho tibio y musculoso de Christian, para tentar los pectorales, rozando los vellos por encima de la fina seda de la camisa. Localizó el corazón del herido, comprobando que latía a un ritmo tranquilo e incesante. Menos tensa, se inclinó un poco más, inhalando el aroma familiar, intoxicante, de esa loción sutil cara que evocaba al musgo.

—¡Christian, por favor… oh, *por favor*, despierta…!

Le tocaba la tez del rostro moreno, pasando sus dedos por la cicatriz, a lo largo de la mandíbula, cuando una mano la capturó sin previo aviso.

Gritó por la sorpresa, antes de que la echara sobre el pasto, para aprisionarla allí, con una velocidad que descartaba una supuesta herida. Aplastada contra la hierba, lo fulminó con una mirada de rencor mientras él sonreía travieso.

—¿Fingiste que te lastimé? —indagó, atónita—. ¿Cómo fuiste capaz de engañarme? Me sentía enferma de preocupación; pensé que te había *matado*, ¡animal…!

—Me agrada que te preocupes por mí. Necesitarás llaves de judo más efectivas para matarme, Emily.

—Déjame ponerme en pie —le ordenó, dando puntapiés y retorciéndose bajo el peso del hombre, pero sin lograr su propósito.

—Cuando prometas comportarte —le advirtió—. Cuando me prometas regresar como una buena niña, sin rabietas, al castillo…

—¿Para qué? ¿Para que puedas seguir burlándote a mi costa? ¿Por qué no me dejas en paz? —Lágrimas de furia y frustración corrieron por sus sienes, mojando su cabello. Se las tragó, detestándose por esa muestra despreciable de debilidad.

—Es imposible —le confesó ronco, enmarcando su cara llorosa y contemplando sus ojos sin parpadear.

—¿Qué es imposible? —susurró iracunda, retorciéndose otra vez para liberarse, y sólo consiguiendo que sus cuerpos se estrecharan mas, aumentando ese contacto que la hacía agonizar.

La aplasto con su peso para aprisionarla con mayor efectividad poniéndole los brazos por encima de la cabeza e inmovilizándole las piernas con las suyas. De pronto, la batalla cesó. Emily sintió que su agresividad desaparecía.

—Para mí es imposible dejarte en paz. Y, además, ¿cuándo me he burlado a tu costa?

—Cuando observabas a la inglesita, sufriendo como una condenada por enamorarme de ti —se ahogó, amarga—.¡Y no me digas que no te divertiste en *grand*e! ¿No entiendes que es mejor que me vaya en este momento? Quiero regresar a mi patria, para que tu vida… deje de tener las complicaciones que he provocado…

—Ya no me gusta esa vida sin complicaciones —se mofó con suavidad, apartándose para soltarla y empezando a ayudarla a ponerse en pie—. Si mi vida no era complicada cuando te conocí, Emily, entonces deseo que se complique.

—Christian… —se detuvo, apenas registrando lo que él le decía—. Estoy harta de hablar con acertijos. ¡No entiendo nada! —Sollozó de repente. Él hizo que ambos recobraran el equilibrio y luego la rodeó con sus brazos.

—Yo tampoco estoy muy seguro de comprender —afirmó en un murmullo, sin la menor burla en la voz. Se contentó con mirarla a los ojos, con las pupilas muy brillantes, desconcertándola—. Sólo sé, Emily, que no puedo dejar que te vayas.

—¿El secuestro no es ilegal en Francia?

—Creo que sí —sonrió, recorriéndola con la mirada de arriba abajo —. ¿Ibas a subirte al avión con ese vestido de fiesta?

Bajó la mirada. En su prisa ciega por, escapar, después del venenoso ataque de Lisette, había olvidado mudarse de ropa.

—No tenía tiempo qué perder —dijo ella mientras él sofocaba esa explicación inconclusa, aplastando a la joven contra su pecho, riendo rudamente.

Su boca, tibia y posesiva, la besó. Levantó la cara, precavida, todavía ignorando a dónde conducía todo eso, pero entreabrió los labios, permitiendo la hambrienta posesión de Christian.

—Dulce, adorable Emily… —pronunció las palabras con énfasis ronco, abriendo un camino de intensos besitos a lo largo de la mandíbula de la chica, recorriéndole el suave cuello, para llegar al frágil lóbulo de una oreja—. ¿Realmente no tienes idea de cuánto te amo?

Se quedó inmóvil en sus brazos. El corazón le latió más aprisa que las alas de los murciélagos que revoloteaban sobre sus cabezas. Mirándolo a la cara, incrédula, negó con un ademán.

—No tenía ni la menor idea —aceptó, insegura, con la garganta cerrada—. Christian, no digas eso… si no lo sientes… no podría soportarlo.

—*Quelle espèce d'idiot!* —Refunfuñó, apretándola de nuevo, hasta que la obligó a corresponder de la misma manera, acercándose con tanta fuerza contra su pecho que pudo oír el murmullo de su corazón —. ¡Tonta! ¿Crees que diría algo semejante sin sentirlo? Emily, *ma mignonne*… te amo. *Je t'aime. Je t'aime beaucoup*! *C'est vrai!* Créeme, *ma petite*. ¡Es verdad!

Parpadeó, para despejar las lágrimas que le nublaban la mirada.

—¿En serio? —Se aventuró, temblorosa. Se reía a medias, lloraba a medias, temblando de la cabeza a los pies, con tal fuerza que tuvo miedo de caer al suelo—. ¡Oh, Christian, abrázame, por favor…!

—Te estoy abrazando, Emily —musitó, con ternura, conmovida.

—Siento mucho ser tan ridícula… tan emotiva —continuó, casi desmayándose—. Es que… yo también te amo. Y pensé que nunca me amarías…

—*Et voilà!* —Inclinó la cabeza al sonreírle; ese victorioso gesto la obligó a recordar la arrogancia monumental de su jefe. Bromeando un poco, intentó empujarlo para que se apartara.

—No necesitas verte tan satisfecho —susurró, correspondiendo a

esa sonrisa, con tanta alegría que a él se le entrecortó el aliento—. Y por lo menos deberías tener la ca*ball*erosidad de fingir una cierta… sorpresa.

La sacudió, impaciente.

—No luches contra mí de nuevo, Emily. Esperaba… tenía la esperanza de que quizá me quisieras un poco.

—¡Mentiroso! Te regodeaste con mi amor desde que llegué a tu casa.

Su rostro moreno se puso serio al devolverle la mirada.

—No, te equivocas. He sufrido como un condenado, preguntándome si realmente pertenecías a este mundo, si alguna vez te quedarías a mi lado, si mi suerte duraría lo bastante para que lo nuestro perdurara…

—¡Oh, Christian…! —No merecía la pena contenerse. Se disolvió en lágrimas que se desbordaron a borbotones. Riéndose un poquito, apoyó la cara contra el rostro de su compañero. Se asió fuertemente a él, invadida por una felicidad tan *grand*e, que no fue capaz de pensar con lógica.

Así se quedaron durante largo tiempo, abrazados. Al fin, Christian se liberó de los brazos de Emily, con suavidad, pasándole un brazo protector sobre los hombros para conducirla al Mercedes.

Sintiéndose demasiado débil para moverse sin ayuda, tomó asiento en el lugar de los pasajeros mientras Christian maniobraba para dejar el Renault a un lado del camino. Lo cerró y luego regresaron al castillo.

En el apartamento de su jefe, iluminado por la luz de una lámpara, con las cortinas cerradas para impedir que los invitados que atestaban el patio, los espiaran, se contemplaron a los ojos, con vaga incredulidad.

—Tienes briznas de pasto en tu chaqueta —le indicó la joven, mordiéndose un labio mientras procedió a sacudirlas. Después echó la prenda en un rincón de la habitación.

—Te enviaré la cuenta de la tintorería —la amenazó en broma.

Christian empezó a deshacer el nudo de su corbata, para luego detenerse a la mitad de la tarea. Titubeó, le lanzó una mirada cálida e impaciente a la chica y se dirigió a la cantina, para servir coñac en un par de vasos.

Una sonrisa irresistible distendió los labios femeninos al observar ese control, tan poco característico del francés. Casi podía leerle la mente. La oía de amor que sintió, se convirtió en un espasmo físico, en alguna región, alrededor del plexo solar. Nunca se había dado cuenta de que las emociones podían estrujarla con tal intensidad.

—*Dieu* Emily. ¡No me mires así! Si te llevo a la cama en este instante, sólo confirmaré tus sospechas. No sólo me interesa el sexo…

—le sonrió, travieso; el brillo oscuro de sus ojos le descubrió cuáles eran sus intenciones para después…

—¿En serio? —indagó, inocente—. Creí que eso tratabas de explicarme en tu casa, cerca de la playa.

Las pupilas azules se ensombrecieron. Se pasó un dedo tembloroso por el cuello de su camisa de noche, abriendo el botón superior.

—No, no trataba de explicarte eso, Emily. Si me hubieras escuchado, recordarías que afirmé que la atracción sexual nunca había comprendido tantas emociones en mi alma.

Su suave tono contenía un hilo de acero, debajo del terciopelo. Ella parpadeó, sosteniéndole la mirada burlona. Sintió que la garganta se le cerraba al formar una unión mágica con él.

Hubo una pausa cargada de pasión. Christian relajó los hombros, agregando:

—Aclárame algo, ¿a qué se debió tu prisa por huir esta noche?

La pregunta, expresada con precisión indiferente, la tomó por sorpresa.

—Pues… a una combinación de circunstancias…

—De casualidad, ¿no se trata de algo relacionado con Lisette?

—En parte… pero ya había decidido irme desde antes, Christian. Ayer me insinuaste que todo había terminado… Lisette sólo… sólo apresuró mi decisión…

—Adiviné que esa intrigante provocaría problemas. Así que la despedí —sentenció, con frialdad—. Ahora que yo me quedo, ella se irá. Si se no comporta de manera correcta le costará trabajo encontrar un puesto similar.

Emily asintió despacio. A pesar de todo, un estremecimiento de simpatía por su antigua rival la sacudió.

—Y te equivocaste, acerca de lo que dijiste ayer…

Christian se pasó una mano temblorosa por su cabellera negra, exhalando con pesadez, mientras respondía a la mirada incierta de su compañera.

—¡No estaba seguro de nada! Me aclaraste que sentías algo por mí, pero temí que Marianne hubiera destruido para siempre mi reputación… Después, te vi en el café con ese… con ése patán de Vernon…

—Y yo vi a Lisette saliendo de tu cuarto —interrumpió Emily sin alterarse.

—Dios es testigo de que nada pasó, Emily.

—¡Te creo!

—Sin embargo, te negaste a acompañarme a París.

—Porque descubrí que me había enamorado de ti. No me atrevía a profundizar en ese sentimiento, ya que no existía la menor oportunidad de que fuéramos felices…

—No obstante, cuando trataba de confesarte lo que sentía, cambiabas de tema, a una velocidad mayor que la de la luz…

—Me dijiste que el amor era una emoción destructiva.

—Me equivoqué.

—Sí…

Hubo otra breve pausa, cargada de silencio. Tomando un trago de coñac, Christian agregó en voz baja:

—¿Sabes lo que Mathieu me contó? ¿O él te lo comentó ya?

Ella negó con la cabeza, aceptando el vaso que le ofrecía.

—No me comentó nada. Pero yo sé a lo que vino. Esperaba que se presentara en el castillo desde que Marianne me confió lo alterado que estaba cuando oyó que habías regresado. Adivino que tenía tanta necesidad de aclarar lo pasado como tú…

—También se sentía culpable —resumió Christian, pensativo, sentándose cerca de ella en el sofá. Un estremecimiento de placer le recorrió los hombros en el momento en que él descansó su brazo sobre el respaldo del mueble, rozándola—. Mathieu suprimió todos los recuerdos del accidente. Cuando yo regresé, despertando una ola de odio y hostilidad en su familia, recordó que él tomó el volante aquella noche…

Lo contempló en silencio. Los ojos de un azul brillante de su compañero le devolvieron la mirada.

—¡Ya veo! Entonces, eso fue lo que sucedió.

—Sí. Eso fue.

—Pero… ¿tú no lo sabías? ¿Lo olvidaste!

Negó con la cabeza, despacio, con expresión ilegible.

—¿Qué importa? Mathieu jamás volverá a caminar. Señalarle su culpa no cambiaba nada…

—Pero, tú aceptaste todos los insultos… ¡Marianne te acusaba de borracho!

—Y Mathieu fue el que se emborrachó —afirmó Christian, sin alterarse—. Sin embargo, en esencia, la tragedia sigue siendo culpa mía…

—¡No! —al dejar el vaso sobre la mesa, resonó contra la madera. Le quitó a Christian el suyo y lo depositó en el mismo sitio. Con un ademán agresivo lo sujetó de los hombros y lo sacudió con violencia —. No empieces a culparte de nuevo, te lo advierto.

Él movió la cabeza, con risa en los ojos mientras le ponía las manos sobre la cintura; después le acarició los senos con los dedos.

—No te preocupes, Emily. Contigo como mi pequeño ángel guardián para protegerme, los sentimientos de culpa son cosa del pasado…

—¿Estás seguro? ¿Crees lo que dices?

—Lo creo. ¿Te casarías conmigo?

Tomada por sorpresa ante esa abrupta proposición, pasó saliva, contemplándolo impactada.

—¿Casarme?, ¿contigo? —repitió, como una estúpida.

—Sí, vuélvete mi esposa —le explicó con paciencia, con la voz ronca por la emoción, cuando vio que ella se ruborizaba—. Olvídate de los demás, *ma petite*. ¿Aceptarías mi sortija de matrimonio? ¿Llevaras mi apellido… *madame* Malraux?

Aplastó la idiota danza de alegría que surgió en su corazón. Pretendió considerar el asunto con solemnidad y lo observó grave sin parpadear.

—¿Quieres que abandone mi carrera en la diplomacia? —Frunció el ceño, meditabunda—. ¿Para volverme su esclava sexual, *monsieur* Malraux?

Con un gemido de angustia, la oprimió contra sí, hasta quitarle la respiración.

—Emily, no me tortures, *ma mignonne*. Prosigue con la carrera que escojas. Proponte para primer ministro, si se te antoja. Pero, por favor, *je t'en prie, chérie*, ¡quédate conmigo! Te lo ruego.

—Pues, supongo que podría considerar reformar a un pecador como una carrera alternativa…

El rostro de Christian palideció por la tensión. La emoción iluminó sus ojos oscuros. Un hoyuelo en la mejilla traicionó a la joven que soltó una carcajada al espiar la expresión seria de su jefe. Se estremeció de deleite al enredarse en él y sintió que Christian temblaba. El calor que surgió entre ambos los quemó.

—¡Emily…!

—Está bien —susurró sin aliento, pasándole los dedos por el cabello y cubriéndole la boca con un montón de besos suaves y amorosos—. Acepto; pero deberás recordarme los otros deberes que debo cumplir en este trabajo…

—¡Desvergonzada! —siseó contra su cabello. Se puso en pie y la obligó a levantarse. Sus ojos brillaban de triunfo al estudiar el rostro sonrojado y risueño de la joven—. Incontenible…

La volvió con firmeza para desabrocharle el botón que cerraba el escote del traje.

—Empecemos: primero, este vestido deberá desaparecer. Hay manchas de pasto en la seda, *ma mignonne*…

—No te preocupes, tú te encargarás de pagar la cuenta de la tintorería. Ya te la pasaré.

Cuando el vestido de color durazno bajó hasta su cintura, los juegos de artificio iluminaron las cortinas, seguidos de los gritos de aprobación de la gente en la fiesta.

—Siento que me desnudo para una audiencia invisible —rió la chica, ahogándose. Giró en redondo, lo abrazó con fuerza y él se vio

obligado a cargarla para llevarla al dormitorio.

—Contigo como la estrella de la obra, *ma petite*…

—Quiero que me ames en este instante —susurró, trémula—. En este instante, Christian…

Oyeron el sonido de otros cohetes, los aplausos de los invitados en el patio, y sus ojos se encontraron. Ambos soltaron una carcajada.

—Por lo menos alguien aprueba tu petición de matrimonio. Después, ya harás de mí una mujer decente —murmuró, sonriendo para enardecerlo.

—Pecadora… —gimió con suavidad, tendiéndola sobre la cama. Su sonrisa se volvió devastadora, al contemplar a su trofeo.

—Feliz —lo corrigió, con un leve rubor en las mejillas. Lo atrajo hacia sí—. Amarte del modo que te amo, jamás puede ser un pecado, Christian.

Fin